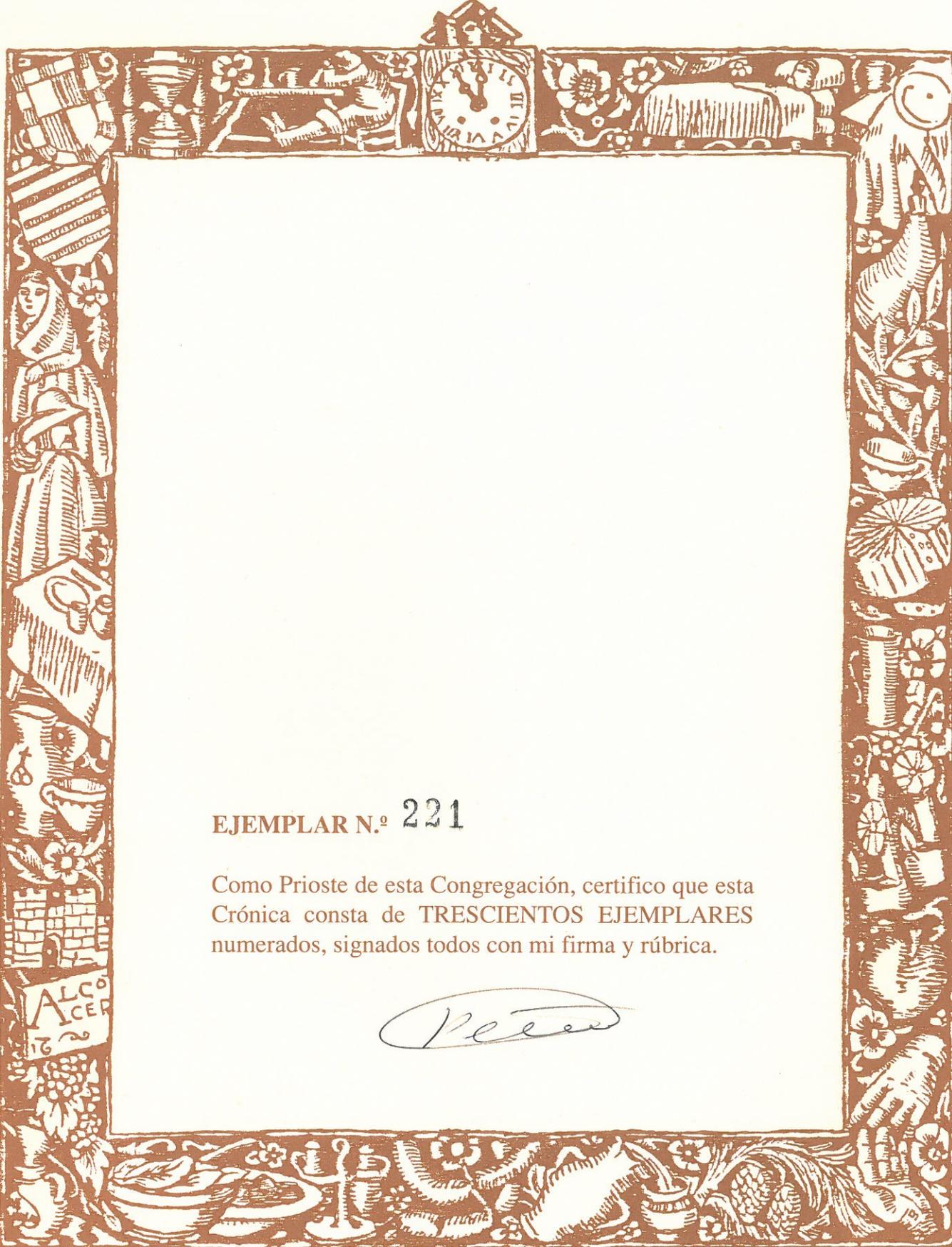


CRÓNICA DE LA
«CENA JOCOSA»
DE 1997



AMIGOS DE SAN ANTÓN
JAÉN



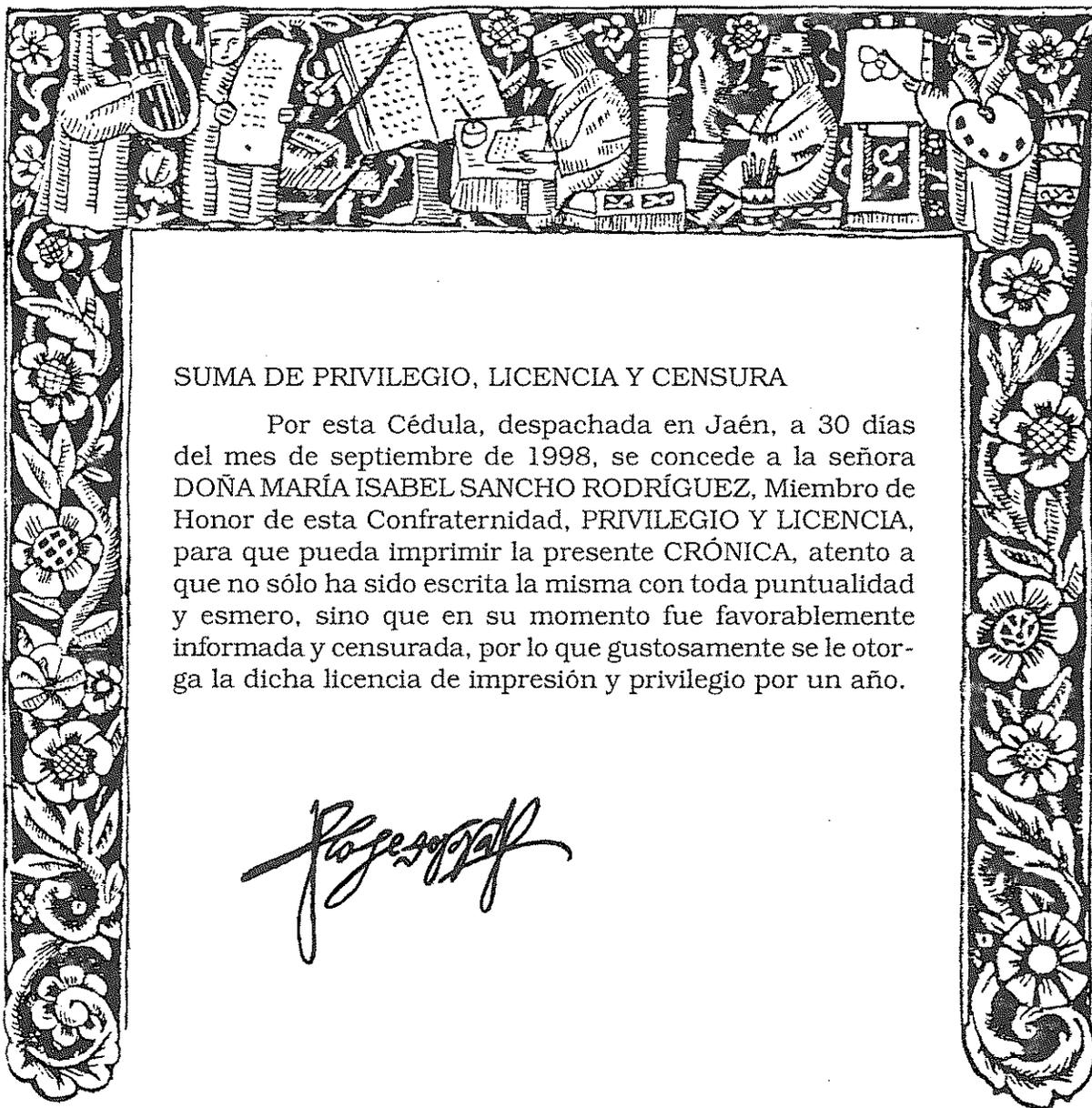
EJEMPLAR N.º 221

Como Prioste de esta Congregación, certifico que esta Crónica consta de TRESCIENTOS EJEMPLARES numerados, signados todos con mi firma y rúbrica.

Peter



CRÓNICA DE UNA MUY FAMOSA CENA
QUE LOS AMIGOS DE SAN ANTÓN CELEBRARON
EN LA NOCHE DEL VEINTIDÓS DE
NOVIEMBRE DEL AÑO MIL NOVECIENTOS
NOVENTA Y SIETE, EN ESTANCIAS
PRINCIPALES DEL OTRORA
HOSPITAL DE SAN JUAN DE DIOS,
HOGAÑO LUGAR DE ESTUDIO Y CULTURA DE LA
DIPUTACIÓN PROVINCIAL.



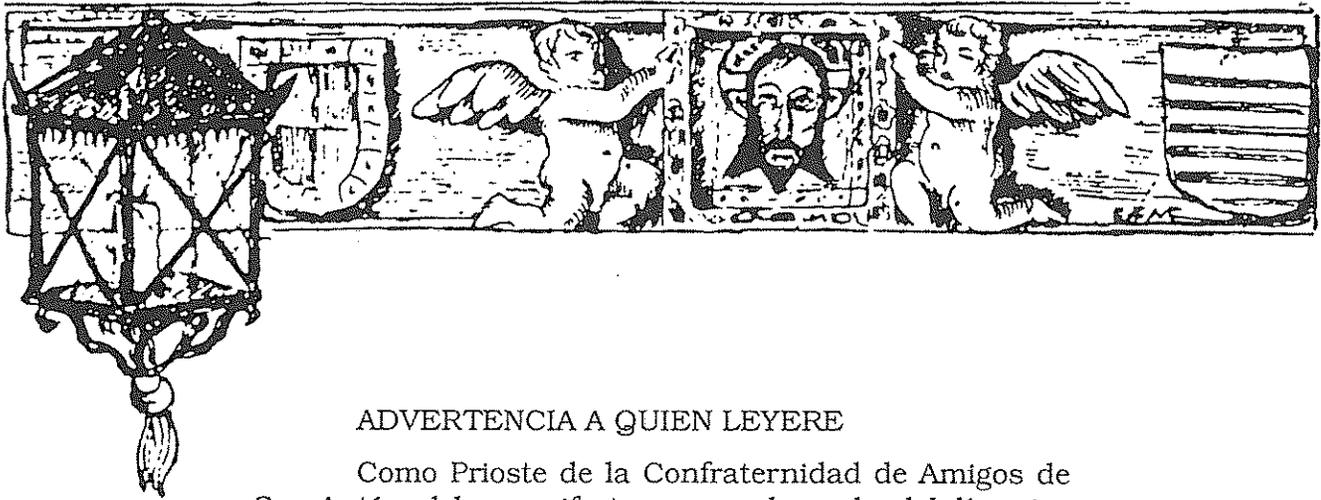
SUMA DE PRIVILEGIO, LICENCIA Y CENSURA

Por esta Cédula, despachada en Jaén, a 30 días del mes de septiembre de 1998, se concede a la señora DOÑA MARÍA ISABEL SANCHO RODRÍGUEZ, Miembro de Honor de esta Confraternidad, PRIVILEGIO Y LICENCIA, para que pueda imprimir la presente CRÓNICA, atento a que no sólo ha sido escrita la misma con toda puntualidad y esmero, sino que en su momento fue favorablemente informada y censurada, por lo que gustosamente se le otorga la dicha licencia de impresión y privilegio por un año.

A handwritten signature in black ink, appearing to read 'F. J. S. S. R.', is centered below the text.

SUMA DE TASA

Tasaron los señores de la Confraternidad esta CRÓNICA en.....reales por página, lo que hace.....reales de vellón por ejemplar, según más largamente consta por certificación expedida por el Sr. Administrador de Caudales de la dicha Confraternidad de «Amigos de San Antón», el día cuatro de octubre de 1998.



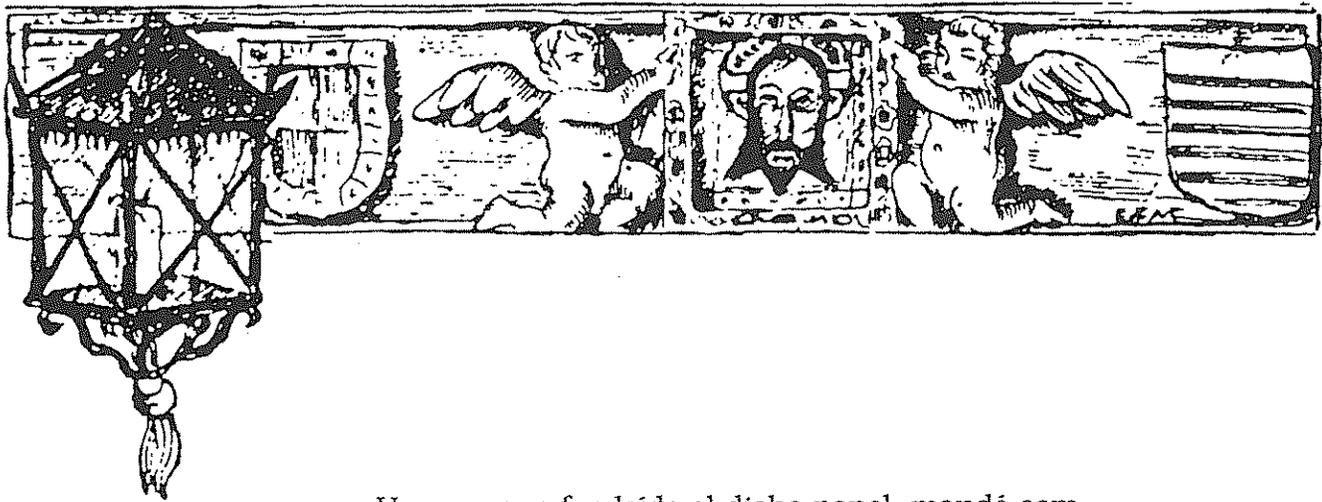
ADVERTENCIA A QUIEN LEYERE

Como Prioste de la Confraternidad de Amigos de San Antón, debo manifestar, que en la noche del día veintidós de noviembre de mil novecientos noventa y siete, pasado que había sido el toque de ánimas y estando reunida la dicha Confraternidad, así de Miembros de Número como de Honor, en estancias principales del otrora Hospital de San Juan de Dios, hogaño lugar de estudio y cultura de la Diputación Provincial, leí cierto papel cuyo tenor es el siguiente:

«Notorio y manifiesto sea a los aquí presentes cómo la Asociación de Amigos de San Antón, estando junta y congregada, como lo hace de uso y costumbre para tratar y conferir de las cosas tocantes a la utilidad de la Confraternidad, el día veinticinco de septiembre de 1997 en la estancia alta del Arco de San Lorenzo de Jaén, entre otros acuerdos se adoptó el siguiente:

Vistas y examinadas las circunstancias que concurren en la muy honorable señora, Miembro de Honor de esta Asociación, DOÑA MARÍA ISABEL SANCHO RODRÍGUEZ, se conviene por unanimidad que le sea comunicado el deseo de que sea la Cronista o Relatora del desarrollo y pormenores de nuestra Cena Jocosa o Cena de Santa Catalina de 1997, que ha de tener lugar en la noche del día veintidós de noviembre que vendrá, debiendo ser esta Crónica un fiel y exacto reflejo de todo cuanto en ella aconteciere, para su constancia a la posteridad.»

Dado en Jaén a 25 del mes de octubre de 1997.



Una vez que fue leído el dicho papel, mandé comparecer a la dicha DOÑA MARÍA ISABEL SANCHO RODRÍGUEZ, a quien hice con la solemnidad debida las preguntas de rigor:

—Muy honorable señora DOÑA MARÍA ISABEL SANCHO RODRÍGUEZ, ¿sois conforme en redactar fiel y cumplida CRÓNICA de todas cuantas cosas viereis y oyeis en el desarrollo de esta Cena de Santa Catalina de 1997?

A lo cual atentamente respondió la referida DOÑA MARÍA ISABEL SANCHO RODRÍGUEZ:

—Sí, lo soy.

A lo cual yo como Prioste manifestéle:

—Complacidos agradecemos esta aceptación, y os encarecemos y exhortamos a que sin demora ni dilación alguna comencéis en el encargo, entregándoos para ello el correspondiente recado de escribir.

Aceptó la tal DOÑA MARÍA ISABEL SANCHO RODRÍGUEZ el recado del mejor grado, recibiendo con él las noragüenas y parabienes de todos los presentes.

Y por ser de utilidad, yo, el Prioste, pongo aquí testimonio para conocimiento de quien leyere.



ASISTENTES A LA CENA DE 1997

Juan Antonio López Cordero, Juan Eslava Galán, Juan Cuevas Mata, Ángel Aponte Marín, Luis Berges Roldán, José Casañas Llagostera, Manuel López Pérez, Luis Armenteros Basterrechea, Ignacio Ahumada Lara, Julio Puga Romero, Luis Coronas Tejada, Antonio Martos García, María Isabel Sancho Rodríguez, Antonio Casañas Llagostera, Pedro Jiménez Cavallé, Pilar Sicilia de Miguel, Juan Higuera Maldonado, Fernando Lorite García, Vicente Oya Rodríguez, Antonio Martínez Lombardo, Miguel Calvo Morillo, José María Pardo Crespo, Alfonso Parras Vilchez, Pedro Casañas Llagostera, León Herrera Esteban, Juan Castellano de Dios y Ángel Viedma Guzmán que hacía de fotógrafo.



El «San Antón» atribuido a Giovanni Bellini

Crónica de la Cena Jocosa o de Santa Catalina de 1997

De cómo en este año del Señor de mil e novecientos e noventa e siete, una muger osa ocupar el cargo de Coronista de la muy noble e digna e reconocida Confraternidad de Amigos de San Antón.

Sepan cuantos estas páginas leyeren de qué manera una mujer como yo se encontró en circunstancia tan comprometida como la de recoger en una crónica bien compuesta todo lo que aconteció en la noche del 22 de noviembre del año próximo pasado. Pues verán: estaba yo cierto día sentada ante ese maldito artefacto que hemos dado en llamar ordenador, y que en efecto ordena nuestras vidas, trabajos y haciendas –sobre todo haciendas–, y andaba ocupada en desentrañar ciertos misterios de nuestro idioma que se me resistían, cuando súbitamente un sonido agudo y desagradable reclamó mi atención y me obligó a salir del ensimismamiento en que me encontraba. Otro artilugio moderno invadía la soledad y el silencio de mi despacho. El teléfono, informador de penas y alegrías, estaba sonando. El inicial malestar que me causó el susodicho sonido se disipó enseguida, pues, a través del auricular, reconocí la voz juvenil, vigorosa y bien timbrada de mi buen amigo Pedro Casañas. Me alegró su llamada: apenas hacía unos días que había recibido, pergamino en letra gótica convenientemente lacrado, la invitación para la Cena del año 1997 y supuse que iba a informarme de alguna cuestión de última hora. ¡Y qué cuestión, madre mía!

Mi estado de ánimo se modificó bruscamente cuando, tras unas palabras de preámbulo, me soltó de sopetón, como quien no quiere la cosa, que los Amigos de Número de la Confraternidad de San Antón habían tenido a bien –yo diría a mal– considerarme apta para ser testigo fiel de todo cuanto sucediera en la Cena de Santa Catalina y de encargarme después de redactar una cumplida Crónica con cuantas cosas yo observara en ella.

¡Cuánto honor me hacían esos nobles caballeros! y, a la vez, ¡qué gran responsabilidad!

Cumplidas e bien pasadas que son las fiestas del señor San Lucas e guiado por el deber en que me constituye el menester de munidor por la persona de mi señor Don Lope de Sosa e obedeciendo con el acatamiento debido su mandato, plácame participar a V.M. la cercana celebranza de la Cena Jocosá o Cena de Santa Catalina, que en cada un año convoca en la ciudad de Jaén la bien llamada Asociación Amigos de San Antón.

Grande pesadumbre e affligimiento descubría el semblante de mi señor, por la ha por siempre ausencia del notable caballero e preclaro poeta Don Felipe Molina Verdejo, persona que tan memorable e destacada presencia ha tenido en estos nacimientos, por lo que mucho insistióme que hacérsese debe señalada memoria e significativa recordación.

Dijome asimesmo, porque es de conveniencia que de hacer no se dejase, que la Cena Jocosá de estas calendas ha de tener lugar el día veintidós de noviembre que vendrá, pasado que sea el toque de ánimas, en estancias principales del recientemente restaurado e bien remozado edificio, Hospital de San Juan de Dios que en sus días fue, por acogimiento que se hace con beneplácito del Ilmo. Sr. Diputado Provincial de Cultura, don Juan Fernández Gutiérrez, e por la amable disposición mostrada en ello por Dña. Dolores Barberán Villar, Gerente del Instituto de Estudios Giennenses.

Ruego a V.M. luego que viérede esta carta, provease e acopie tiempo de sus obligaciones, a fin de que fagades e cumplades asistencia a la mesa de mi señor don Lope, que tan grande gozo tiene en ello a la que de conveniencia es ir cumplido de prudentes ayunos, para un mejor dar cuenta del gaudeamus que al efecto se apareja, e con espíritu abierto copioso de buen humor.

Quede pues V.M. enterado de cuanto antecede, que es recado de aviso e recordación que le hago en la ciudad de Jaén, a veintidós días del mes de octubre del año de gracia de Nacimiento de Nuestro Salvador Jesucristo de mil e novecientos e noventa e siete.

El Criado Portugués.

Mi corazón en ese momento no me respondía, se había convertido en un sonajero de un niño travieso, en un tambor de repiqueteo insistente y juguetón. Al levantar la vista, los libros de mi despacho giraban a mi alrededor siniestros y amenazantes, me querían advertir de que no debía aceptar tal honor; que yo no podría nunca emular a mis ilustres predecesores –de feliz memoria– y me trasmitían todos los adverbios de negación, que atormentados se agolpaban entre mis labios; mientras tanto, yo buscaba disculpas, excusas que suavizaran el rechazo a la invitación. En estos pensamientos estaba, cuando, de pronto, mis ojos se detuvieron en una fotografía a la altura del segundo estante y observé que aquella imagen que había mirado tantas veces tenía ahora una mueca de reprobación y, a la vez, una leve sonrisa de estímulo. Miré y remiré, y, en efecto, ese cambio podía percibirlo; desde el otro lado del cristal un amigo de San Antón, para mí el más querido y que ya no está entre nosotros, me animaba a recoger ese testigo que el Prioste me ofrecía. De pronto, mis temores se desvanecieron y, sin pensarlo más, acepté.

No sé si el Criado portugués, Don Lope de Sosa y Baltasar del Alcázar podrán perdonarme alguna vez por los innumerables defectos que en esta crónica, a buen seguro, puedan encontrarse, pero me he visto obligada por un mandato superior. No he podido negarme.

Soy de natural medroso, mas por elevado mandato tornéme atrevida. Empero, pasados algunos días, di en pensar de qué manera podía salir airosa de semejante aprieto.

Después de la conversación con Pedro Casañas quede yo un tanto contrariada y preocupada. No podía apartar mis pensamientos del compromiso en que me hallaba embarcada. Todo eran preguntas y más preguntas de cómo podía salvar el encargo con cierta dignidad. En estas cavilaciones estaba, cuando, leyendo detenidamente el pergamino de invitación a la Cena de este año que se reproduce más abajo, se me ocurrió una idea: ya que el Criado Portugués escribe con tal soltura, facilidad y sutileza las invitaciones que nos envía a nuestras casas, podía yo pedirle que me auxiliara este año al redactar la crónica, para que, de esta forma, mejor llegara a las manos de los Amigos de San Antón. Cuando lo busqué y pedí información de dónde podía hallarlo, no lo encontré en parte alguna, pero me indicaron que, con toda seguridad, no volvería a Jaén hasta bien concluido el verano, pues había aprovechado las vacaciones que su señor don Lope de Sosa le había dado, para ir a su país a recorrer la

Exposición Universal de Lisboa. Conoció la de Sevilla y quería comprobar si, como tenía oído, la de su tierra era diferente, que no mejor. De paso, según me contaron, pensaba regalar sus oídos con la dulce, silbante y pegadiza lengua portuguesa y leer a Camoens, Pessoa o Saramago, que hacía tiempo tenía algo olvidados.

No contando, pues, con el concurso del Criado Portugués, para relatar la verdad poca elocuencia basta –dijo Séneca– y, como creo conveniente con Azorín que mejor es contar las cosas una detrás de otra para no enredar con marañas innecesarias el hilo de los acontecimientos, dejemos que sean los hechos mismos los que nos vayan relatando lo que ocurrió en la Cena de 1997.



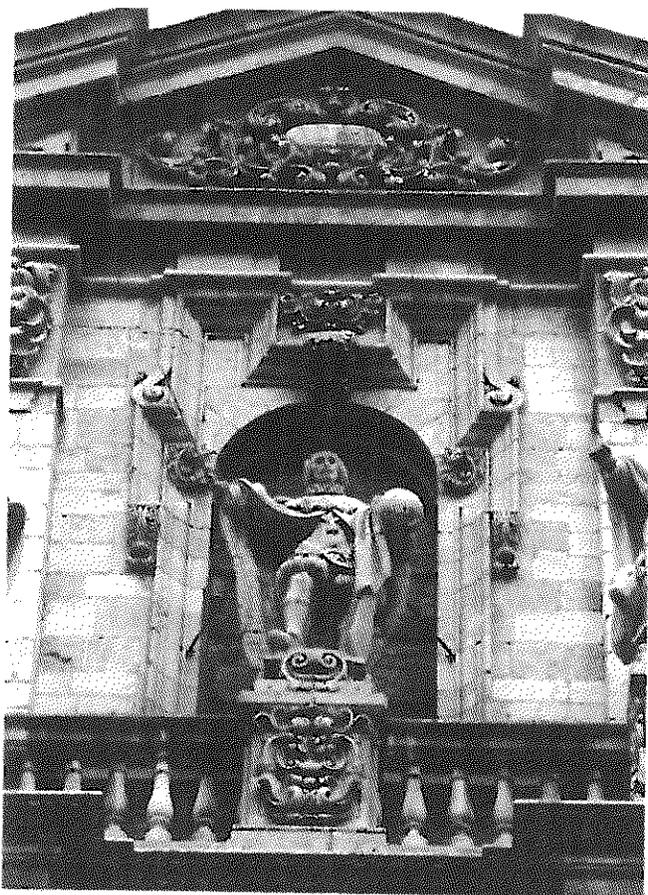
De lo que la cronista recogió y anotó el día 22 de noviembre de 1997, en el transcurso de la Cena de Santa Catalina celebrada por los Amigos de San Antón en el antiguo Hospital de San Juan de Dios.



Por la tarde, muy temprano, con una constante incertidumbre rondándome la cabeza, me arreglé pacientemente y me preparé para salir. Quería disponer mi ánimo para cumplir acertadamente mi cometido de aquella noche. La tarde se presentaba serena. La atmósfera aparecía limpia, trasparente. El cielo, azul intenso después de días de aguaceros violentos; ese azul brillante, casi cegador, de los días de otoño y que sólo en Jaén he podido ver.

Para meterme en ambiente, tenía que compenetrarme con el entorno de la Cena, tenía que conquistar el paisaje, como dijo Faulkner, con la suela de los zapatos. Comencé mi recorrido por la plaza de Santa María, cabeza del monstruo, de la sierpe, del lagarto; podía advertir la mirada de la Catedral, nuestra catedral. San Fernando y Santa Catalina me contemplaban con una mueca burlona,

como diciéndome: ¡buena te ha caído!, o eso me parecía, al menos. Yo caminaba despacio, quería observarlo todo. A mi izquierda dejé el viejo edificio modernista de las Heras, «aspecto de juguete por los pinaculillos medievalizantes» se ha dicho de él. Me encomendé al Cristo del Amparo – siempre se acuerda uno de Santa Bárbara cuando truena–. Pausadamente recorrí el largo cuello del lagarto, calle Maestra, calle comercial desde tiempos antiguos, de las platerías, de los maestros joyeros, eje de la vida ciudadana durante años. Frente por frente, casas de hermandad de Nuestro Padre Jesús y del Cristo de la Buena Muerte, bullicio y trabajo en época de Cuaresma, nervios y piadosa oración en Semana Santa. Me detuve unos instantes para contemplar la vieja casona de los Sáenz que tantos recuerdos familiares me traía y tan ligada a la pequeña historia de Jaén: banca Matías Sáenz, tienda de «Los Niños», sucesos bajo el arco del Consuelo, fervor religioso y hervor de la sangre. Atrás iban quedando las viejas calles del Jaén de siempre. Colegio; Turronería; calle de las Escuelas, en ella estuvo hace más de un siglo la primera Escuela Normal, por aquella calle pasearían alumnos y profesores de tiempos pretéritos. Talavera, Compañía, Madre de Dios. Observé la casa en la que, el año pasado, los Amigos de San Antón habíamos celebrado la Cena de Santa Catalina; nunca olvidaremos la hospitalaria acogida con que fuimos recibidos. El palacio del Condestable Miguel Lucas de Iranzo me mostraba sus sucesivas reencarnaciones, vivo pese al discurrir de los años. El vientre de la sierpe, plaza de la Audiencia, me engullía lentamente. Curioseé la última víctima de la piqueta. Las heridas de un derribo reciente sobresalían por encima de unas tapias que, a duras penas, podían contener la destrucción. En esos pensamientos estaba, cuando pude observar, apoyada en un lateral, la bellísima rejería, cancelas y balconadas, que adornaba desde antiguo el edificio. Me estremecía al sospechar que pudiera comprarlas algún chamarilero astuto y que terminaran su existencia en la casa de cualquier dirigente enriquecido. Me

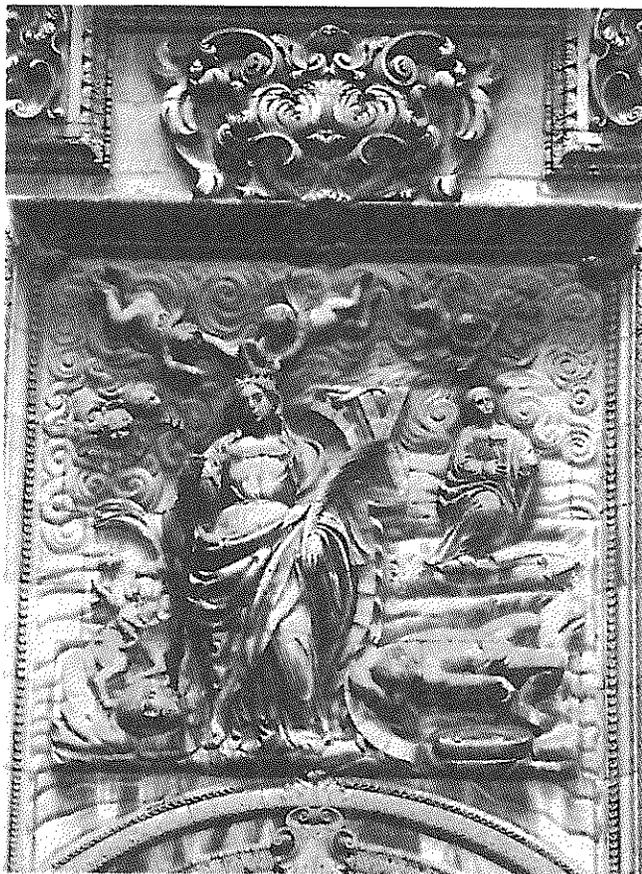




consolé pensando que, quizá, un amante del Jaén de siempre las hubiera salvado para reintegrarlas a su lugar, una vez terminada la nueva casa; el espíritu de antaño, volvería a devolvernos la misma imagen. Al menos se conservaría algo de sus antiguos moradores, de su antiguo esplendor. Antes de reemprender mi caminar, me topé con un espantoso adefesio –estatua moderna, según algunos– que me transportó nuevamente a la Cena del pasado año: «Fanfarria en G menor» atinado título puesto por Felipe Molina al soneto que dedicó a estos «esperpentos», y con nuestro poeta pensé que «terror obliga a demudar el gesto». Por miedo a que mi gusto fuera degollado, aceleré el paso y continué por la calle Maestra Baja, ahora Martínez Molina en memoria del ilustre médico. Las callejas de los lados semejaban costillas aferradas al retorcido espinazo de la sierpe. Cuesta de los Ángeles enlace de las calles Maestra Alta

y Maestra Baja. Un nuevo alto en mi camino para refrescar gratos recuerdos: La Escuela de Artes y Oficios me hacía revivir mi primera Cena en los Amigos de San Antón. Campanas de Santiago; calle de las Palmas; Josefa Sevillano (algunos pensarán que he olvidado destacar que las calles de las Escuelas y Talavera vieron alterado su nombre por los de Moreno Castelló y Bernardo López pero que, sin embargo, reproduzco el de Josefa Sevillano, gran señora de la poesía giennense, porque es mujer, pues ¡claro!, para una de las pocas calles que tiene nombre de mujer, no iba a pasarla por alto). Pero dejémonos de reivindicaciones, que no vienen al caso, y sigamos adelante. Calle Ciprés, El Carmen, Calvario, calle de los Caños. Iglesia de San Juan con su torre del Concejo. Calle de San Antón, ¡qué pobre calleja para tan benéfico patrono! Desde un solar de incipiente construcción podía contemplar, entrelazadas con las últimas casas de los barrios modernos, la campiña moteada de caserías y las suaves colinas recamadas de olivos. Calles de San Andrés, San Blas, San Benito. Calle de las Herrerías, calles antaño ocupadas por artesanos y menestrales, por tenerías, por curtidores, por zapateros y zurradores.

Casi sin darme cuenta me encontré ante el palacio de Villardompardo, a las puertas mismas del barrio de la Magdalena. Contemplando su fachada, di en pensar qué hubiera sido de este viejo palacio de los Torres y Portugal de no contar con la oportuna restauración que, junto con los baños árabes, llevó a cabo nuestro confraternal Luis Berges; pero unas campanadas a lo lejos me recordaron que el reloj caminaba inexorablemente y que no debía detenerme por más tiempo. En armoniosa y familiar conversación las campanas de San Juan y la Magdalena daban, una tras otra, siete campanadas cuando yo empezaba a caminar por la cola del lagarto. El convento de los Dominicos, Universidad de Santa Catalina, me hizo rememorar escenas de la vieja, malograda universidad. Podía oír antiguos ceremoniales de los claustros. Cerré los ojos y vi salir en tropel la comitiva de uno de ellos. Los doctores, licenciados y maestros, cubiertos por birretes de terciopelo y raso rematados con borlas de colores, llenaban el bello claustro del convento y, por ser día de fiesta, franqueaban la puerta de la calle para realizar su itinerario por los alrededores formando un cortejo ceremonial. Iban presididos por su Rector cuyo capirote había sido costeado «del dinero que está depositado en el arca de la Universidad», según dicen los viejos papeles. Desde la fachada, Santa Catalina me observaba, conservando aún su mueca burlona.



Al reanudar mi paseo, noté una sombra extraña a mi espalda. Según me volvía, pude ver con claridad el revoleo de una falda que desaparecía entre las columnas del claustro conventual; podría ser que hubiera sorprendido a un espíritu errabundo en su camino, por ignotos vericuetos, hasta las entrañas mismas del Castillo de Santa Catalina ¿Por qué extrañas circunstancias me había yo convertido en vidente ocasional de esa mujer misteriosa de la que sólo he oído hablar en voz baja? Nunca había creído en fenómenos sobrenaturales, en apariciones sorprendentes, pero me parecía que un pálpito misterioso me envolvía, como

si mis primeras pisadas por aquel barrio tuvieran resonancias ancestrales e innumerables ojos me contemplaran. No hice mucho caso a mis sensaciones, pero un escalofrío me recorrió el cuerpo. Bajo los soportales, los chiquillos jugaban tranquilos, cuando llegué a la plaza de la Magdalena, fuente simbólica, gruta de la hidra. Nadie parecía advertir mis estremecimientos. Todo era ajeno a mis temores. Un ligero coletazo del dragón y me dirigí a la calle de Santa Úrsula, torciendo por la del Carnero hasta llegar a la plaza de San Juan de Dios.



La Cronista llega al lugar de convocatoria con el ánimo un tanto conturbado.

La plaza solitaria, la luz en penumbra me hicieron recordar las palabras de Ortega Sagrista referidas a este lugar:



La plaza de San Juan de Dios, con sus fondas baratas, su taberna y sus tiendecillas, ofrecía un tráfico y una animación de gentes pueblerinas, de doctores y servidumbre, que casi se ha extinguido. Hemos ido una tarde de sol y estaba desierta bajo la fronda de su arboleda. La calle de Santo Domingo bajo, la de Arquillos y de Córdoba; la del Cornejo con la clientela curiosa de sus tabernas, a través de los cristales, la de la Misericordia, la de San Juan de Dios, todas vacías y sus casas en silencio. A la puerta de la fonda, el dueño dormita. El tiempo del Hospital de la Misericordia ha pasado.

¡Qué gran contraste! El tiempo del Hospital de la Misericordia ha pasado, pero Jaén no podía permitirse ver desaparecer otro de sus edificios más representativos. Por eso la Diputación Provincial con acertada disposición lo ha hecho rehabilitar. Y, precisamente, en ese edificio es en

el que vamos a celebrar la Cena de este año de 1997. Sin escrúpulos ni aprensiones un antiguo hospital nos acogerá esta noche, y es que los Amigos de San Antón debemos de tener una cierta atracción por los hospitales; recuérdese que nuestra sede se sitúa en el Arco de San Lorenzo cuya pequeña capilla sirvió de titular al Hospital de la Madre de Dios.

Siempre es socorrido para un/a cronista/¿cronista? –¡maldito lenguaje sexista!– encontrar testimonios que jalonen su recorrido, y no hay mejor guía que la descripción de Fermín Palma:

Con la colaboración de gremios y cofradías, más las donaciones privadas hicieron posible la fundación de un Hospital, como refugio y casa de misericordia para el asilo de enfermos comunes, heridos, huérfanos y mendigos, aun cuando su fin principal como lo indicaban sus estatutos, fuese para curar enfermos pobres y de toda las enfermedades, excepto incurables, contagiosos y dementes.

Los legados a favor del hospital fueron numerosos, según Palma, debido a que por la religiosidad de la época «el amor práctico cristiano se traduce en obras para el necesitado y caridad para el semejante». Muy caritativos y piadosos debieron de ser sus primeros benefactores, Juana de Alfaro y la viuda de Agustín Tapia, quienes en 1497 donaron unos edificios dotados de agua del raudal de la Magdalena. Como es sabido, el antiguo Hospital de la Misericordia fue cedido a los hermanos de San Juan de Dios en 1619, fundiéndolo con otro más pequeño, llamado de San Lázaro, que estaba situado extramuros, junto a la Puerta de Martos.

Si queremos demorarnos en la contemplación de la fachada, la que existió y fue destruida por un voraz fuego, la del presente, recientemente vivificada por el fuego creador de nuestro amigo Berges, tenemos que volver nuestra mirada a la del confraternal desaparecido Ortega Sagra:

La primera portada de San Juan de Dios es de un gótico tardío, fuera de época y tiene una indudable elegancia. Esos ángeles que sostienen la granada, la estrella de ocho puntas y la Cruz, emblema de la Orden, son de una deliciosa finura sin precedente en Jaén. La otra portada de la





iglesia nueva que se hizo en el siglo XVIII, es de un barroquismo sencillo, fino, que centra la hornacina del Santo, y utiliza de nuevo granadas, cruces y estrellas como símbolos y motivos ornamentales. La espadaña de ladrillo domina el conjunto de muros encalados, de balcones y faroles un poco románticos.

Contemplo la fachada desde el otro lado de la placeta. Parece que el tiempo se ha detenido. Todo está en calma, pero un airecillo frío, que asciende desde las huertas y los olivares, me da en la cara y me invita a proseguir.

Antes de entrar, recuerdo las palabras del Deán Mazas:

Se halla aumentada esta Casa con un bello patio de galería alta

y baja sobre columnas, Iglesia nueva, y enfermerías, en donde se admiten enfermos de ambos sexos, y de todas partes, y se les asiste con mucha caridad. Solo les falta una buena Sala con la dotación correspondiente para los convalecientes; que por eso recaen fácilmente en las mismas enfermedades, y salen muy débiles.

Con donaciones posteriores se fue ampliando el hospital, según nos cuenta Madoz, a quien también debemos una vistosa descripción de su patio:

El exconvento de San Juan de Dios, cuyo edificio, lejos de ofrecer el aspecto de una casa de dolor, inspira alegría desde que se penetra en él. Después de un portal hay un lindo patio cuadrado, algo irregular, con claustro alto y bajo y 27 arcos cada uno, sostenidos por columnas de piedra. Una magnífica fuente de surtidor, y taza con extraordinaria abundancia de aguas, campea en medio del patio, en cuyos cuatro costados se ven muchas plantas de flores aromáticas y algunos arbustos.

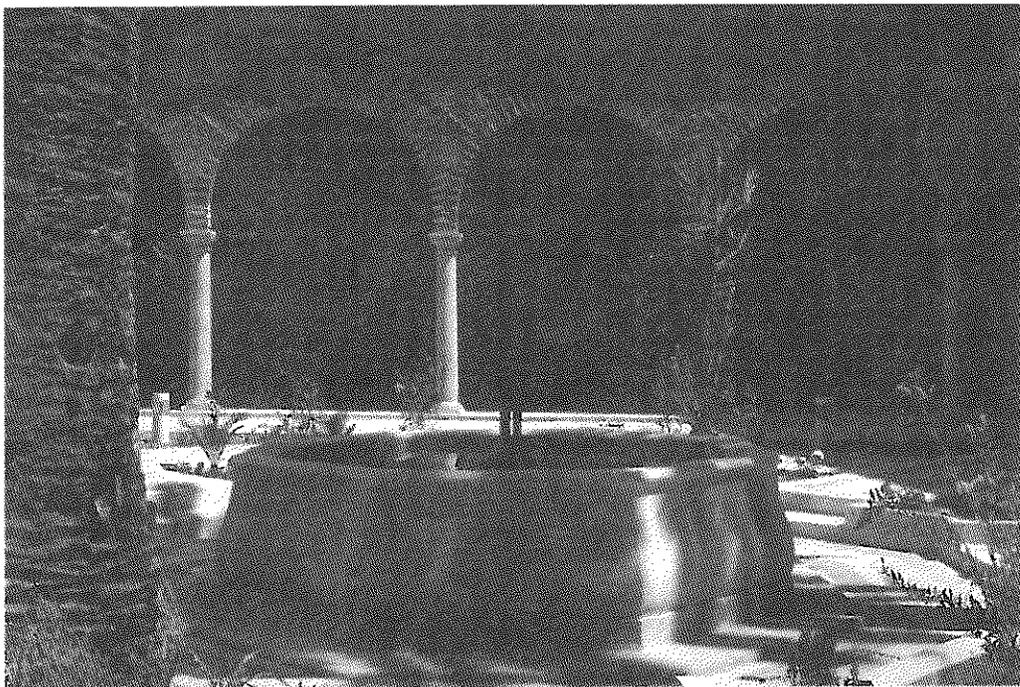
No es costumbre en estas crónicas repetir testimonios ya glosados en años anteriores, pero, en esta ocasión, me veo obligada a recordar las palabras de otro confraternal nuestro, Antonio Martínez Lombrado:

En este patio empiezan mis vivencias en el ya lejano día 1 de mayo de 1936, en el que como chico de Farmacia fui destinado a la del Hospital. Sor Josefa, destinada también en la farmacia, era la encargada del jardín del patio. Desde el primer día que ingresé, me tomó como ayudante de jardinería. (...) Recuerdo sus verjas de hierro entre columna y columna; el gran rosal de flores de pasión, que en su parte izquierda (frente a la entrada de la iglesia) formaba una tupida pared al entretejerse entre los hierros sus verdes hojas; sus altas palmeras que daban cobijo a cientos y cientos de gorriones que eran el despertador de todos con sus gorjeos matutinos; la octogonal fuente que de su centro emergía un airoso pedestal para servir de sostén a una redonda pileta, rematada en sus bordes con cuatro cabezas leoninas que de sus bocas vertían el agua en curvados chorros hacia el pilón. (...) El conjunto del patio era de lo más bonito del Hospital. Sus variados y floridos rosales, sus matas de pensamientos, sus lirios, sus flores de pitiminí, sus setos, sus arriates, sus pasillos convergentes hacia la fuente siempre encalada, sus altas palmeras en las que la yedra trepadora verdeaba sus troncos...

Resulta extraño que todos los testigos repitan, uno tras otro, que la característica principal del patio es la alegría y el bienestar. ¿Cómo se pueden conjugar la enfermedad y el dolor que moraban en las galerías con la «alegría externa, su luz interior» que transmiten todos estos testimonios? Un misterio rodea a este edificio y creo que me será difícil desenmarañarlo.

Por fin me decido a entrar y llamo a un timbre que hay a la derecha del portón. Mis oídos están atentos a cualquier ruido, pero sólo escucho el silencio. Pasan los minutos. ¿Me habré equivocado? ¿Se entrará por otro sitio? No, Pedro me lo había explicado bien, era allí. Esperé. Por fin oigo unos pasos. Primero lejanos, se van acercando cada vez más; están aquí, al otro lado de la puerta. Se paran. Un portillo se abre y lo primero que veo es la sonrisa acogedora, efusiva, amable de An-





tomio Martos franqueándome la entrada. Buen comienzo, me tranquilizo. Con un recibimiento así, todo debe ir bien.

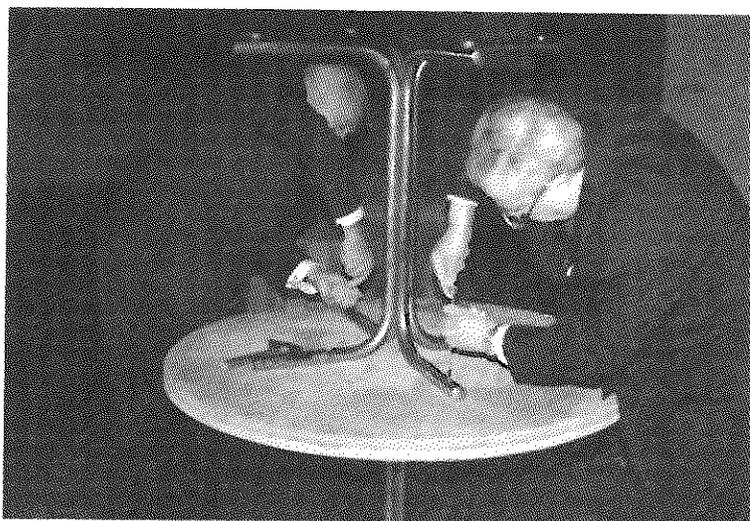
Caminamos por un laberinto de pasillos. Las habitaciones se suceden unas a otras a lo largo de corredores en torno al patio trapezoidal. Bajamos escaleras. Unas escaleras con peldaños de cerámica y clásicos mamperlanes. Proustianos recuerdos me vienen a la memoria; yo tenía unos escalones parecidos en mi vieja casa de Almendros Aguilar, ¡qué trabajo costaba tenerlos blancos con arena –¡Niña, l'arenaaaa!– y estropajos de esparto! Puedo evocar con facilidad el tacto de aquel estropajo, cuando yo, muy niña, me empeñaba en ayudar.

Se respira por todas partes el olor a la cal recién enjalbegada. Los nuevos materiales se entremezclan con los añosos, pero, pese a la restauración, aún permanece adherido otro olor más profundo, casi imperceptible, de alcohol y éter, del formol y la sangre; todavía se pueden percibir los lamentos y quejidos, el dolor y la muerte que aquellas paredes habían contemplado.

Pero en nuestro recorrido no atravesamos quirófanos ni consultorios. No se ven enfermeras ni médicos. Finalmente entramos en una sala espaciosa, de dominante ladrillo rojo, y allí aparece ante mi vista un cuadro insólito: Luis Armenteros, Pedro Casañas y Antonio Martínez Lombardo, reconvertidos en altruistas carpinteros o mecánicos, pertrecha-

dos de destornilladores y martillos, herramientas de su nuevo oficio, se dedican afanosamente a montar las mesas. Éstas, rebeldes, se resisten. Si ustedes no me creen, pueden comprobarlo fácilmente, hay testimonios gráficos. Observen la incómoda postura de Luis y Antonio Martos, reintegrado con aplicación a su trabajo, e imaginen la dificultad de afianzar aquellos discolos tornillos, y más aún, reparen en que no perdieron su compostura, sino que realizaron aquel ingrato trabajo con chaqueta, corbata, y blancas camisas, preparadas escrupulosamente para la ocasión. ¡Qué lujo disponer de tan elegantes operarios! No me atrevo a imaginar lo que pensarán sus mujeres cuando vean la fotografía. Seguro que para la próxima Cena les incluyen un hatillo con un mono de trabajo. Eso es lo que yo haría, desde luego.

He repasado las Crónicas de años anteriores y en ninguna se describe esta escena. Parece que consideramos un hecho natural que todo esté a punto a nuestra llegada, como dispuesto por arte de magia, que a nadie le importa cómo se consiga. Pero este año de 1997 hay una cronista; cualquier mujer, por genes, por tradición, por costumbre, debe prestar atención a estas cuestiones; no obstante, por época, por necesidad, por los nuevos tiempos, tiene que destacarlo, resaltarlo y hacérselo ver a los compañeros masculinos para que tomen nota. Tan acostumbradas estamos a que nuestro trabajo doméstico no se valore, que no debemos consentir que labores caseras –ingratas, la mayoría– pasen inadvertidas. Yo lo había pensado muchas veces. Los Amigos de San Antón deben de creer que las mesas se preparan solas; que, en cualquier casa, palacio o casería, los muebles se montan y se desmontan sin ayuda de nadie, por sí mismos, por arte de birlibirloque. Pues están muy equivocados. Durante horas, estos confraternos nuestros estuvieron preparándolo todo. Pedro Casañas, este año algo achacoso y ayudándose de un bastón, daba todo tipo de indicaciones: situaba las mesas; transportaba sillas; miraba la escena una y otra vez desde distintas perspectivas, para no perder detalle; distribuía las minutas; disponía unos macetones adquiridos para la ocasión: yuca alañfolia, palma del paraíso, árbol de la felicidad, ficus lyrata, escindapso aureus –lira, áureo, paraíso, felicidad se conjugaban en nuestro



particular edén nocturno—. Mientras tanto, los camareros iban cubriendo las mesas con manteles adamascados color teja sobre los que desplegaban otros de reluciente blancura y colocaban con todo cuidado los servicios. Delante de cada comensal el obsequio «robable» de este año había sido elaborado con primor y esmero en «Cerámica artística Santa Lucía» de Arjonilla, propiedad de don Pedro Peña Albín. Enriqueceremos nuestra preciada colección añadiendo estas esbeltas jarritas adornadas con un olivo, nuestro árbol sagrado, tan injustamente vilipendiado por el funesto Fischler. Que nadie me proteste, es sabido que los Amigos de San Antón no desaprovechamos ocasión de defender lo nuestro.



Las mesas estaban casi preparadas. Pero Pedro no quedaba del todo conforme: aquí no hay luz suficiente; ésta no ha quedado holgada; hay que cambiar esta silla; ese centro de flores hay que moverlo; las minutas tienen que estar convenientemente emplazadas. La hora se va acercando y Pedro no quiere desvelar uno de los secretos mejor guardados, la situación de cada comensal. Tiene escondidas las cartelas.

Nadie las ha visto. Con parsimonia, con una reposada y estudiada parsimonia va distribuyéndolas.

En tanto que esto sucede, Antonio Martos y Luis Armenteros, que han estado observando la asignación por encima de su hombro, rezongan entre ellos. Primero, moderadamente. Después, elevando el tono. Por último, casi a gritos. No están de acuerdo. Las disposición que Pedro hace de las tarjetas no es de su agrado. Como niños juguetones y revoltosos quieren estar juntos para poder enredar durante la cena. No cuentan con que Pedro no quiere dejar nada al azar. Repasen ustedes la disposición de los comensales y podrán comprobar que, en cada una de las mesas, hay siempre, en amor y compañía, convenientemente entremezclados, Amigos de Número y Amigos de Honor, miembros jóvenes con otros que no lo son tanto y llevan muchos años en la Confraternidad.

La laboriosidad inicial va poco a poco decayendo. Todo está ya dispuesto y aún no ha dado el toque de ánimas en el cercano convento de Santa Úrsula. El Prioste sigue repasando la sala, sus ojos van y vienen de

un lado para otro; por fin, casi satisfecho, o tal vez agotado, se sienta. Sus pobres rodillas lo atormentan y quiere estar bien a la hora en que vayan llegando los comensales. Es el momento de las confidencias. Antonio Martínez Lombardo me llama aparte y desde una de las grandes ventanas circulares, ojos a la noche de Jaén, me señala hacia arriba, a la zona del edificio que está sin restaurar, mostrándome una siniestra ventana del piso superior. Recuerdos tristes vienen a su memoria y los rememora con una mezcla de ternura y nostalgia. Allí había despedido a su padre. No pudo hacer nada por él. Antonio, que había ayudado a tantos enfermos, había tenido que dejarlo marchar a esa otra orilla lejana y desconocida. Me acuerdo del mío.

Pero sólo don Furibundo es capaz de pasar de la pena a la sonrisa con un rápido quiebro en la entonación; y no habíamos caído del todo en la melancolía, cuando ya está contando curiosas anécdotas vividas por él en sus muchos años de trabajo en el viejo Hospital de San Juan de Dios, algunas de las cuales se reserva, el muy astuto, para recordarlas en el transcurso de la cena. De pronto, lo vemos buscar y rebuscar en los amplios bolsillos de su abrigo. No encontraba las llaves y no podía de ninguna manera consentir que su mujer tuviera que abrir la puerta, cuando, a altas horas de la madrugada volviera a su casa. Como no vive muy lejos del Hospital, apresuradamente nos abandona, dejándonos desasistidos de su gracia, y sale como alma que lleva el diablo, pues quiere llegar antes de que todos se vayan a la calle y lo dejen «a la luna de... Jaén».

Unos minutos más tarde, Antonio aparece por la pequeña puerta que da a la cocina. Su franca sonrisa nos hace ver que algo chistoso le acaba de ocurrir. Entre risas nos relata de qué manera las llaves, traviesas, se habían escapado por un pícaro descosido que había pasado desapercibido a la hábil aguja de Antoñita y se habían escondido entre el forro y la entretela. Creo que las llaves querían proporcionar a su dueño una buena excusa para prolongar su permanencia en la Cena de 1997 el mayor tiempo posible. Un curioso subterfugio, sí señor.

No quiero que comiencen a venir los cofrades sin antes dar un vistazo por la cocina; en ella, como dueño y señor, gobierna esta noche Antonio Molina Fernández, quien, abandonando por unas horas el trajín de su casa, «La Ponderosa», nos ofrece su cuidado trabajo para que todo esté a punto durante la Cena, «nos guisa guisadicos que nos placen a todos» con especias bien aliñados y pone mimo especial en aquellos que *remanecen* de Jaén. Los fogones brillan, son un espejo. ¡No han de serlo, si jamás se ha cocinado en ellos! Lo que yo les diga. Mucha cocina, buenos fogones, completas instalaciones, pero, por un maldito papel burocrático, nada de eso puede utilizarse. Así que allí me tienen al bueno de

Antonio y sus ayudantes, quienes, apañándose las como pueden y poniendo en juego esas dotes de improvisación de las que ningún andaluz carece, consiguen, al fin, calentar las viandas. Según me cuentan casi en secreto, el día anterior transportaron hasta este viejo caserón todo lo necesario: bombonas de butano, bebidas, agua mineral «Sierras de Jaén», cerveza y vino. Cuando esta tarde han ido a preparar los últimos detalles, el agua había desaparecido, pero, eso sí, quedaban las botellas vacías. También desaparece una de las bombonas. —Empiezo a creer que lo de los espíritus burlones es cierto—. Según Antonio, el auténtico fantasma está en este Hospital, pero no uno, forman legión y, por si fuera poco, se dedican a beberse el agua de los demás. ¡Y gracias a que sólo fue el agua! A esas horas de la noche no había ya solución. No quedaba otro remedio que rellenar las botellas con agua de Jaén, pero no de las sierras, del grifo ¡bendita improvisación! Nadie se enteró, pero como cronista, me hicieron prometer que relataría cuantas cosas viera u oyera, así que tengo la obligación de contarlo. A partir de este momento, no os voy a consentir que presumáis de catadores de agua, porque el cambio pasó inadvertido a vuestros exquisitos paladares. Bebisteis agua de *garrafón* pensando que era de marca. De todos modos, el agua de Jaén nunca ha hecho daño a nadie y bien buena que está —¡a gorda la panzá!—. Claro que, si el agua era de la fuente de la Magdalena, recemos para que no nos sienta tan mal como al lagarto, pues ya sabemos que reventó, y de algo sería, digo yo.

Me reintegro a la sala. Por una vez, yo no tengo que cocinar, así que cuanto más lejos esté de la cocina, mejor que mejor. Cerca de las mesas bien aderezadas que están dispuestas para el aperitivo, Antonio Martos y Luis Armenteros me miman como a una hija. Me ofrecen vino o cerveza. Yo, al principio, me cuido de aceptarlos —tengo que estar lúcida para tomar notas—, pero voy cayendo en la tentación. ¡Qué bueno está el vinillo de Bailén!

Conversábamos animadamente, cuando unas pisadas nos hacen volver la cabeza. Reconocemos enseguida la agradable figura que se acerca hacia nosotros. Elegante, traje oscuro con impecable chaleco, simbólico marranillo en el ojal, Juan Castellano acaba de hacer su aparición en escena. La cordialidad misma ha llegado. ¿Han encontrado ustedes alguna persona más cariñosa y afable que Juan? No busquen, es imposible, no lo hallarán.

Charlamos, está muy interesado en mis quehaceres de cronista. Confía en mi actuación. La conversación gira hacia otros temas, siempre Jaén. Tan entretenidos estamos que no nos apercibimos de que, poco a poco, los comensales van llegando. Muy puntuales, los neófitos, Pilar

Sicilia y Juan Antonio López Cordero. ¡Ya era hora! Ya era hora de que Juan Antonio, investigador serio y amante de Jaén donde los haya, se incorporara a los Amigos de San Antón. Ya iba siendo hora, igualmente, de que otra mujer se integrara en nuestras cenas. Claro que, como las mujeres tenemos esa fama de charlatanas y chismosas, Pedro se ha guardado mucho de ponernos a las dos en la misma mesa. Nos ha separado lo más posible. Pido auxilio a Ximénez Patón que dijo de las mujeres nacidas en esta tierra que «entre las muchas virtudes que de la bondad de las mujeres de Jaén se advertido es una, que ni de ausentes, y presentes ni hablan, ni consienten se hable mal...». Y, sin lugar a dudas, yo puedo añadir ahora, que casi no se entera nadie, que, por lo que he podido anotar esta noche, los hombres, sobre todo algunos, hablan mucho más.

Es de lamentar que la enfermedad o el trabajo nos hayan privado este año de algunos de los contertulios. La gripe, maldita, ha sido la causa de la ausencia de Francisco Cerezo cuya silenciosa presencia tan irremplazable es en estas cenas. Fermín Palma, con el que no he tenido el placer de cenar aún, y Diego Jerez no han podido acudir a la convocatoria por enfermedad, pero no la suya, sino la de los innumerables pacientes que reclamaban su atención. Y, por si fuera poco, este año nos quedamos sin oír alguno de los entretenidos cuentos de Paco Olivares, huérfanos estamos de su chispa e ingenio burlón, y es que también la enfermedad nos lo ha hurtado esta noche. Esperemos que trabajo y enfermedad se porten mejor en años sucesivos.



De cómo, una vez llegados todos los comensales, se ponen a libar las bebidas y a catar las viandas que con gran abundancia estaban dispuestas en mesas bien abastadas

Aceitunas de cornezuelo representan los frutos de nuestras tierras. ¿No se han parado ustedes a pensar alguna vez en el especial sabor de estas aceitunas nuestras? ¿Han intentado explicar fuera de Jaén cómo son? No lo hagan, ¡por lo que más quieran!, que, como se enteren en Bruselas, se las llevan a envasar a Italia. Reservémoslas para el deleite de nuestros paladares en los meses de la otoñada. Si algún desalmado da con la fórmula para evitar que nuestras olivillas de cornezuelo se ablanden cuando pasan Despeñaperros, habremos acabado con su delicioso misterio. Que nos se entere nadie, ¡por Dios!

Garbanzos tostados, almendras, patatas. Platos que van y que vienen. Todos pican, unos beben, la mayoría habla. En el momento justo, jamón, lomo y queso añejo. Los estómagos se atemperan. Observo que los platos pasan de unos a otros; incluso los hay que ofrecen siempre garbanzos al tiempo que ellos comen del plato de jamón. ¡Qué pícaros! La morcilla este año viene desnuda. Masa es que no morcilla. Pero, ¡qué rica! Ya que esta noche no puedo decir que viene oronda, ¿qué calificativo le pondré a esta masa? Los escrupulosos con las tradiciones protestan pese a que está buena, muy buena. Lo más llamativo de su aparición son las continuas reverencias que tenemos que hacer por su culpa. Ni el bueno de don Baltasar hubiera pensado en hacer semejantes inclinaciones al paso de la morcilla, pero, si no queremos que nuestros elegantes trajes se ilustren y decoren con su compañía, debemos humillarnos sumisos ante ella. Especialmente los Amigos de San Antón, cuyas mujeres no habrían perdonado nunca un monumental lamparón por muy buena que fuera la excusa. No puedo evitar una mueca de complicidad al contemplar las genuflexiones de Luis Armenteros para aproximarse a la mesa, a la par que, con extremo cuidado, sujeta la negra corbata. Está claro que, a partir de ahora, podíamos bautizar este plato como «morcilla a la reverencia». En mi ronda obligada por las diversas tertulias, advierto que no ha gustado la innovación. La clásica morcilla «alcazariana» es preferida por la mayoría.

Ya han llegado todos los cofrades. Vienen elegantes como la ocasión requiere. Los hombres con traje y corbata, aunque hay alguno que se decide por la modernidad y deja a un lado los clásicos atuendos varoniles, tan repetitivos a veces. Algunos, precavidos, se protegen del frío con chalecos de lana -frío que no hizo, por cierto, pues entre el calor de la compañía, las calorías de la cena y la magnífica calefacción, la estancia esa noche estaba acogedora y cálida-. Las dos mujeres se han esmerado. Es seguro que han pasado largo rato ante el espejo. Traen los afeites apropiados. Las dos tienen los cabellos claros. Cortos y lisos, la neófito. La otra, más largos y rizados por buen oficio de un peluquero hábil





que consigue maravillas hasta del pelo más díscolo.

Sobre una silla grandes rimeros con las Crónicas de 1996 atraen la atención de todos. Es natural que la cuidada expresión, el terso estilo, las agudas y vibrantes páginas redactadas por Juan Cuevas fueran motivo de los plácemes generales. Un rápido vistazo bastó para advertir la calidad de esa crónica, después con serenidad, en nuestros hogares pudimos recrearnos con su detenida lectura. Los parabienes y elogios que pude escuchar esa noche fueron continuos; entre ellos quise que el mío fuera de los primeros y con una copa de manzanilla me acerqué a Juan para brindar por su éxito.

Comida jaenesa es la habitual en estas noches de Santa Catalina. Hasta las bebidas son siempre de nuestra tierra. Leyendo la minu-

ta observo que hay este año una excepción: la manzanilla de Sanlúcar. No es de Jaén pero no importa; ya sabemos que las aguas del Guadalquivir llegan a la ciudad gaditana desde Cazorla, así que algo tiene de Jaén esa manzanilla.

•••••

De pronto, cuando estamos más entretenidos, cuando las conversaciones animan todos los corrillos, suena una campanilla. El Prioste nos llama, reclama la atención de todos. Llego la hora, mi hora, el nombramiento de Cronista.

Muy solemne, Pedro lee las palabras habituales:

— Muy honorable señora doña María Isabel Sancho Rodríguez, ¿sois conforme en redactar, con fiel exactitud, todas cuantas cosas vieis y oyereis en el desarrollo de esta Cena de Santa Catalina?

Algo ruborizada al advertir que todas las miradas están fijadas en mí, yo, con el papel muy bien aprendido, contesto:



— Sí, lo soy.

El Prioste puntualiza:

— Complacidos agradecemos con suma complacencia esta aceptación y os encarecemos y exhortamos a que lo hagáis con el agrado y



galanura que os caracteriza, entregándoos para ello el correspondiente recado de escribir, para que sin dilación ni demora alguna comencéis en el encargo.

He acabado el juramento y el Prioste pone en mis manos bolígrafo y cuaderno en que yo, disciplinada, debo ir anotando los sucesos de esta noche. Si algún suceso halláis en esta crónica que no responda fielmente a lo que aquella noche ocurrió, tened por seguro que será debido a que vuestra memoria os traiciona debido a los excesos en el yantar o en el beber, ya que lo que aquí relato es testimonio fiel de lo que sucedió.

Con letra temblona intento anotar alguna cosa, pero no sé escribir. Echo en falta algo. Después de mucho pensar, me doy cuenta de que hace mucho tiempo que no escribo con bolígrafo. Soy mujer de contrastes. Ordenador o pluma. No hay término medio. Debía haberme traído un portátil. Pero... ¡son tan caros! Lamento haberme dejado la pluma en casa. Haré lo que pueda. Garrapateo unas palabras. Intento recordar lo que me ha contado Antonio Martínez Lombardo de sus años en este Hospital. No quiero que nada se me escape.

Hasta esa hora, nueve y diez, había oído algunas frases ingeniosas que se iban a quedar esa noche confiadas a mi buena memoria. De no ser así, no hubiera podido dar cuenta de las aceradas palabras de Julio Puga acerca de la edad media en la mujer. Se refería, entre gentil y malicioso, a que las mujeres de cierta edad podemos disimular los años con gracia, afeites y artificios. Mientras intento retener la sutil metáfora de la Edad Media, el gótico florido y la mujer que empezaba a explicarnos, ya está la campana sonando otra vez, llamándonos a capítulo.



Ha costado trabajo conseguir el silencio. Las conversaciones se han animado. El ritual debe continuar. Ha llegado el momento de entregar sus credenciales a los dos novicios.

Juan Eslava, el barbudo de la diligente y prolífica pluma, recibe a Pilar Sicilia como Cofrade de Honor y le hace entrega del Diploma que como tal la acredita. Ig-

nacio Ahumada, el terror de los diccionarios, se adelanta para recibir a Juan Antonio López Cordero. Este año, el Prioste ha elegido a dos pesos pesados para realizar tal ceremonial. ¡Qué cómodas son las frases bisémicas! No os enfadéis, Ignacio, Juan. En esta época que nos ha tocado vivir en que se llevan los cuerpos de alambre, bueno es que también presumamos los que estamos algo rellenos. Claro que en esto de corpulentos, los Amigos de San Antón, tienen buenas muestras, y que conste que lo digo sin animo de ofender a nadie.



Recuerdo que debo mirar el reloj para que la transmisión de los sucesos sea perfecta. En ese momento, nueve y veinte, suena otra vez la campana. Pedro Casañas se alza serio, grave, y lee unas bien redactadas líneas para agradecer el ofrecimiento del Hospital por parte de la Diputación Provincial, expresar su satisfacción por la incorporación de los nuevos



cofrades, y recordar la ausencia de Felipe Molina. Felipe: nadie podrá olvidar su presencia; sus vivos ojos escrutadores; su palabra justa; sus frases ingeniosas, a medio camino entre Góngora y Quevedo; el doble sentido de sus expresiones; su sólida cultura clásica. Pedro nos dice que los Amigos de San Antón van a pedir una calle con el nombre de «Poeta Molina Verdejo». Dicha propuesta es recibida con emocionados aplausos. Mientras Pedro habla de Felipe, la tristeza poco a poco va mudado todos

los rostros. Unos bajan la cabeza, serios, pensativos. Los hay que fijan la vista en el vacío. José María Pardo, eleva sus ojos hacia el techo como queriendo traspasarlo y buscar al amigo por las alturas. Observo que Miguel Calvo, Antonio Martos y Antonio Martínez Lombardo están muy emocionados. Juan Castellano tiene los ojos brillantes, yo creo que llora. Pero, oigamos al Prioste:

El Prioste realiza el prelude de la Cena y recuerda a Felipe.

Amigos: Bienvenidos todos a este anual encuentro al que puntualmente somos convocados mediante el agradable recado de aviso y recordación, que gentilmente nos hace llegar el Criado Portugués, en nombre de su señor Don Lope de Sosa.

En una doble vertiente van dirigidas estas primeras palabras, vertientes, en verdad, antagónicas. De un lado, han de ser de gozo y satisfacción por reunirnos un año más en estos entrañables encuentros que son nuestras ya tradicionales Cenas Jocosas o Cenas de Santa Catalina y, que, en esta ocasión, nos concretamos en su edición número veinte.

Tiene este año la característica especial de celebrarse la misma en el incomparable marco de este emblemático edificio, tan bien restaurado y rejuvenecido por el arquitecto Luis Berges Roldán, Casa-Hospital de la Misericordia y Hospital de San Juan de Dios que fue, lugar de dolor otrora y acogedor albergue de afanes culturales hoy.

Y nos reunimos aquí a celebrar la Cena de 1997, por generosa y hospitalaria dejación que nos hace la Excelentísima Diputación Provincial, y, en su nombre, el Ilustrísimo Señor Diputado Provincial de Cultura, don Juan Fernández Rodríguez, como asimismo, por la mejor disposición mostrada en ello por doña María Dolores Barberán Villar, Gerente del Instituto de Estudios Giennenses. Para ellos nuestra gratitud más sincera.

De igual manera, también es satisfacción gozosa la que sentimos por la incorporación que hacen este año dos nuevos miembros a la Asociación Amigos de San Antón: doña Pilar Sicilia de Miguel, como Miembro de Honor, y don Juan Antonio López Cordero, como Miembro de Número. Como a través de la Cena habrá quien haga cumplida presentación de ellos, sólo he de manifestarles, en nombre de la Confraternidad, que, desde este momento, quedáis integrados en la sincera y fraternal amistad que, junto al amor a Jaén, son el denominador común de la Asociación. De corazón, Pilar y Juan Antonio, sed bienvenidos.

Y si de gozo y satisfacción está llena la primera vertiente, no lo está, ni mucho menos, la segunda. La ya por siempre ausencia de nuestro muy querido amigo Felipe Molina Verdejo nos llena de pena y tristeza. Su ausencia nos duele y hemos de tenerle muy presente, tanto por su singular personalidad, como por el gran protagonismo que siempre ha tenido en estas Cenas.

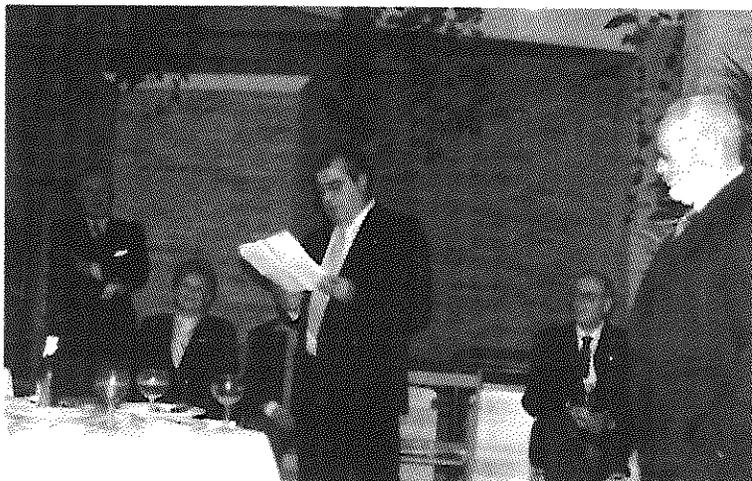
Si releemos las Crónicas de Cenas pasadas, en nostálgica visión nos aparecerá su imagen reposada y serena, tal como él era, diciéndonos el verso culto, bien medido y bien cuidado, como tan bien medido y tan bien cuidado eran su figura, su decir y su hacer. Para él, para el gran Felipe Molina Verdejo, Poeta de Jaén, nuestro más entrañable recuerdo.

Como homenaje a su memoria, pediremos al Excelentísimo Ayuntamiento de Jaén, ya personalmente lo hice hace unos días al alcalde, tenga a bien otorgar el nombre de «Poeta Molina Verdejo», a una nueva calle de la ciudad.

Finalmente, y dichas las preceptivas palabras de presentación, que son como si dijéramos al aspergio, exordio o preludio de la Cena, bueno es, amigos, que nos iniciemos ya en ella. Buen provecho.



Estoy conmovida, dolorida. Faltan ya muchos Amigos de San Antón. Miro, como José María, hacia arriba. Quiero perforar el techo y poder ver más allá. Al bajar los ojos, descubro, por entre las hojas de los potos que cuelgan decorando la galería superior, al lado de una de las columnas de ladrillo que la sustentan, un invitado en quien no habíamos reparado ninguno. Junto a Antonio Casañas está Felipe. Sí, seguro. Y más allá, Manuel Caballero y Juan Miguel y Alfonso y Rafael; están ahí todos. ¡Cómo podían faltar a la Cena! Han conseguido permiso de San Pedro, por recomendación de San Antón y Santa Catalina, y están aquí, junto a nosotros, y comentan las palabras de Pedro con satisfacción. Felipe está entusiasmado.



Bajo la cabeza preocupada. Contemplo con estupor mi copa de vino que no sé si está medio llena o medio vacía. ¿Cuánto habré bebido? No, no ha sido eso. Lo compruebo, están ahí, pero la condenada campañilla me distrae de mis desvaríos.

Son las diez menos cuarto y yo casi no he comido. Mis tareas de cronista y una imaginación avivada, tal vez, por los suaves vapores del vino no me han dejado tiempo para nada. Fernando Lorite lee, con marcado acento jaenés, su presentación de Pilar Sicilia. A estas alturas de la noche, Pedro, contrariado por el malestar de sus rodillas, se sienta a un extremo de la mesa y, en seguida, se ve rodeado de algunos que, con el pretexto de acompañarlo, han buscado la querencia de la comida y la silla. Todos, Pilar con un ligero temblor de emoción, atendemos las cariñosas palabras con que Fernando nos la presenta.

De cómo Fernando Lorite nos presenta a la nueva representante del género femenino de la Confraternidad.

Mis queridos amigos: No podéis ni imaginar la gran alegría que me dio nuestro Prioste, Pedro Casañas, el día que me dijo que este año entraba en nuestra Confraternidad como miembro honorario Pilar Sicilia de Miguel, porque jamás, pienso yo, se lo han puesto a nadie tan fácil.

Presentar a mi hermana, más que amiga, Pili, es como contaros un trozo de mi vida personal, inigualable por cierto. Y es que a Pilar la conozco desde el día que llegó a Jaén con nueve años, desde la capital de España, forzada por el traslado de su padre, empleado de la Telefónica. Jamás pudimos pensar, en aquellos no tan lejanos años, pues somos niños aún, que, con el discurrir del tiempo, íbamos a coincidir en un acto tan emotivo y entrañable como es éste de la conmemoración de la Cena Jocosa.

Fueron nuestros años infantiles bastante ajetreados porque aquellos años de postguerra la economía doméstica no estaba para muchas florituras y más para mí, que éramos entonces cinco hermanos, aunque llegamos a ser nueve, hoy, gracias a Dios, todos vivos y casados. Para Pili y sus hermanos, la vida no le resultó tan difícil, dentro de aquella generalizada escasez.

Más de cincuenta metros no había desde su domicilio al mío, pues nosotros vivíamos en el caserón del antiguo Seminario, en el edificio conocido como de las Escuelas y ella lo hacía en el número 5 de la calle Montero Moya.

Aquella proximidad, y la falta de aparatos de televisión, hizo que los juegos infantiles resultaran comunes, pues lo mismo jugábamos con las niñas al colache, la comba, o el yo-yo (del que era un fenómeno), que ellas compartían los nuestros jugando a la pelota, a la pita o a urda, amargándole la vida al pobre «Piturda» que tenía su taller debajo del cantón de la plaza. Daba igual, el caso era hacer transcurrir aquellas interminables tardes cuando volvíamos del colegio.

Y, luego, llegado el mes de enero, cuando nos disponíamos a recoger los esterajitos para las lumbres de San Antón, mientras nosotros estábamos fuera del, llamémosle almacén, que teníamos en los sótanos del edificio, cruzando un patio interior en donde vivía mi abuela, ellas eran las encargadas de custodiarlos para que las pandillas no nos lo robaran, provistas con hermosos palos. Cuando llegaba el «enemigo» iban a avisarnos y allí liábamos la de Troya. Estacazo va y estacazo viene. ¡Menos mal que yo era un angelito y no me metía con nadie! Aparte bromas, según me dicen, porque yo no me acuerdo, parece que por mi forma de ser, algo nerviosa, tenía revueltas a todas las niñas e incluso dicen que me temían —yo no lo creo— ¡Abrase visto mayor desatino, cuando yo siempre he sido un buenazo...!

Más tarde, siendo adolescente, yo formaba parte de una escuadra del Frente de Juventudes junto con Luis Lombardo, Rufino y Casiano Cevitanes, Manolo Aguilar, etc., y se nos dijo que teníamos que ir a bailar a la Sección Femenina porque pensaban crear un grupo mixto de danzas. Aquello, en un principio, no nos gustó, pero, cuando apenas sabíamos dar algunos pasos de sencillísimos bailes regionales, empezamos a visitar algunos pueblos de la provincia. Nos gustó mucho más que lo que estábamos haciendo y nos dedicamos de lleno a los bailes. ¿Sabéis a quién volví a encontrarme en aquel grupo de baile? Pues os lo podéis imaginar, a Pilar, y mire Ud. por donde, a la instructora de danzas, Manuela Rodríguez, no se le ocurrió otra cosa que ponerme de pareja con ella. Y así, emparejados en el baile, visitamos las ciudades de España, e, incluso, estuvimos en el festival de Agrigento en Italia.

Después fui trasladado al Diario «Arriba España» de Pamplona y abandoné el grupo de danzas, con todo el dolor de mi corazón. Y, aquí fue nuestra provisional separación. Sin embargo, ella, cabezota que es, y una amante verdadera de nuestro folclore, no sólo continuó en el grupo, sino que, al renunciar la profesora Manuela Rodríguez en 1969, ella se hizo cargo del grupo mixto de Danzas de la Sección Femenina hasta la extinción de este organismo.

Para entonces, y tras mi periplo viajero por Gibraleón (Huelva), Marbella (Málaga) y Madrid, vuelvo de nuevo al Diario «Jaén» y precisamente fui enviado especial al Castillo de la Mota por el entonces director

don Pedro Morales Gómez Caminero, a la despedida de Pilar Primo de Rivera.

Una vez desaparecido el grupo como tal de la Sección Femenina, los antiguos componentes del mismo creamos la Asociación de Coros y Danzas, poniéndole el nombre de «Lola Torres», en recuerdo y admiración de aquella gran señora. Y, mirad por donde, nuevamente nuestras vidas vuelven a encontrarse.

Al ser nombrado presidente de la Asociación, ella estuvo conmigo como directora del grupo de Danzas, mientras Juani Cejudo lo hacía como vicepresidente. Fueron aquellos años intensos para nosotros. Lo primero que tuvimos que hacer fue buscar quien nos patrocinara, porque no teníamos ni un duro, y encontramos nuestro paño de lágrimas en don Domingo Solís, presidente de la Caja Rural, a quien nunca podremos agradecer lo que hizo por el Grupo.

Todos los días nos reuníamos los tres para programar una serie de actividades que sería prolijo enumerar, pero que no quisiéramos quedaran en el olvido, porque en la Asociación se formó el «Grupo de Escritores de Jaén», del que formaban parte el tristemente desaparecido don Manuel Caballero Venzalá y los «Amigos de San Antón», Manuel López Pérez, aquí presente, y Francisco Olivares Barragán. Igualmente se creó un grupo de teatro que llegó a estrenar la obra de don Tomás Moreno Bravo «Himno a Jaén», con motivo del homenaje que la Asociación ofreció al Maestro Cebrián. Esto trajo consigo el monumento que el insigne músico tiene en el Parque de la Victoria. También creamos la sección de gastronomía, en la que se organizaron varias muestras gastronómicas y de ahí salió la Cofradía Gastronómica «La Buena Mesa». Y, cómo no recordar que, gracias a la Asociación, hoy se canta el «Himno a Jaén», que entonces nadie conocía, y que los niños a través de las numerosas escuelas de danzas, siempre coordinados por Pilar, hayan aprendido a bailar, no sólo el Bolero de Jaén, sino los bailes regionales de todas y cada una de las comunidades que hoy forman España.

Y, de todo esto Pili tiene gran culpa, porque siempre ha estado a la cabeza de los diversos grupos, en la labor de investigación y rescate de las danzas, canciones y modos tradicionales de vestir de nuestra provincia, con la enseñanza a la gente joven, pasando por sus manos miles de niños y niñas.

Ha rescatado cerca de treinta bailes de estilos tan diferentes como seguidillas, malagueñas, toreras, jotas, fandangos y boleros, así como el traje típico de la localidad e infinidad de letras, villancicos, etc. de nuestra provincia.

Lleva 28 años al frente del grupo y, representando a Jaén, ha actuado en festivales de Granada, Córdoba, Sevilla, Huelva y Cádiz. Representando a Andalucía en prácticamente todas las capitales españolas.

Y el grupo ha representado a España en Niza, Italia, Francia, Holanda, Portugal, Polonia, Suiza, Bélgica, Hungría, Marruecos, Israel, Nueva Orleans y en Nueva York (tres meses en el Pabellón de España en la «Feria Mundial»), entre otras.

Tiene numerosas condecoraciones entre las que destacamos la «Y Roja individual» que le concedió la Sección Femenina; «Placa de reconocimiento» a su esfuerzo y dedicación por el Grupo de Danzas de la segunda cadena de TVE; «Placa de la Obra Sindical de Educación y Descanso»; «Medalla de Plata», al Grupo, de la ciudad de Jaén; «Aceituna de oro», impuesta por el alcalde don Antonio Herrera y la «Medalla al mérito» por su labor en investigación y difusión del folclore provincial de la Casa de Jaén en Granada, entre otras.

Es miembro fundador de C.I.O.F. y ha colaborado con artículos sobre folclore en la «Enciclopedia de Andalucía», en el libro «Así Canta y Baila Andalucía», de Pepa Guerra. Y, bajo su dirección, la Asociación ha grabado tres L.P.: «Coros y Danzas de Jaén», «Villancicos y melenchones jaeneros» y «Cantes y Bailes del Santo Reino».

Así, con este bagaje, se nos presenta hoy, aquí, nuestra querida Pilar Sicilia de Miguel. Pequeñita de cuerpo, como la aceituna, pero grande de corazón, como las torres gemelas de la Catedral bajo cuya sombra vivió muchos años.

Mientras Fernando habla, un acusica me señala a un rincón. Ignacio Ahumada y Vicente Oya continúan su cháchara como los malos estudiantes. Los observo. Me parece que comentan y apostillan las palabras de Lorite. Tan entretenidos están que no advierten que sus corbatas caen en cascada serpenteando sobre sus camisas. Ahora, aplicados, prestan oídos a Pilar Sicilia que, traje negro adornado de azabache, elegante blusa rosa, se coloca unas ex-



quisitas e inevitables gafas, busca su chuleta y lee, con voz melodiosa y correcta entonación, las palabras que vienen a continuación; fuerza ligeramente las consonantes y deja fluir plácidamente las vocales abiertas. Así me gusta, estamos entre jaeneses y hablamos para jaeneros, aunque sé de buena tinta que con esta observación alguno no estará de acuerdo.



De cómo la neófita leyó con gran donaire y desenvoltura su parlamento y contó a los presentes que, al son de las castañuelas y la guitarra, junto a sus compañeros había visitado muchos lugares a los que acudían las gentes a verlos.

Queridos amigos:

Cuando Pedro Casañas se presentó en mi lugar de trabajo para decirme que Manuel López Pérez y él deseaban ir a mi casa para hablar conmigo pensé que se trataría de solicitar una actuación del grupo de danzas, que dirijo, o bien, algún dato de folclore, que yo pudiera facilitarle, para algún trabajo que estuviera elaborando. Cuando el día 3 del corriente, después de los pertinentes saludos, Pedro me hizo entrega de un sobre con gesto muy serio, me costó entender el contenido del mismo, no porque no estuviera bien claro, sinceramente, es que no me podía creer lo que estaba leyendo.

Para mí fue una sorpresa, pero SORPRESA con MAYÚSCULA, el que los «Amigos de San Antón» pensarán en mí para formar parte de esta Confraternidad y así compartir, con tantas personas ilustres que la representan, esta singular «Cena Jocosa». Debo confesar que me sentí abrumada y no sé si estuve a la altura de las circunstancias en cuanto a manifestaciones de alegría, pero la emoción del momento no me dejó ser más expresiva, no sé si mis interlocutores se darían cuenta de ello, pero de veras la noticia me dejó fuera de juego. Me quedé tan bloqueada, que, incluso días mas tarde, me planteaba el por qué había sido yo la elegida para ser destinataria de tan alto honor. Porque esta pequeña persona, que aquí tenéis, no cree reunir tantos méritos como para que os hayáis fijado en ella.

Y digo esto, porque mi único mérito, si así se puede llamar, es el de compartir junto con «Los Amigos de San Antón», que tanto trabajan por enaltecer la cultura y el buen nombre de Jaén, el amor que le tengo a esta

tierra del Santo Reino y María Santísima, a la que he dedicado todas mis energías y empeño; en representarla con el folclore de esta tierra con la mayor dignidad posible. Y para satisfacción de las personas que conforman la «Asociación Lola Torres» y mía, así está reconocido por todo lo ancho y largo de nuestra piel de toro y por todos los países que hemos visitado, los cuales no cesan en su solicitud de nuestro nuevo regreso.

Me gustaría aprovechar esta oportunidad que me habéis brindado tan generosamente y que además me parece única, no sólo para encontrarme y confraternizar con plumas de tan reconocido prestigio, pintores, poetas, etc., como los que hoy se reúnen en esta Cena Jocosa, sino, ante todo hacerles llegar mis inquietudes y transmitirselas, de forma tal que ustedes mismos se conviertan en vehículos de transmisión, con el tiempo de dedicación que ello pueda requerir y para el que les pido humildemente, un pequeño esfuerzo. Tal y como hizo en su época el pintor Manuel de la Paz Mosquera, Pedro Rodríguez de la Torre y otras personas de renombre motivadas por dar a conocer las tradiciones de nuestra tierra, y gracias a los cuales hemos podido saber, por ejemplo, las formas de vestir de nuestros mayores, los trajes típicos de la mujer y el hombre de Jaén; tal y como hicieron ellos, dedicando parte de su tiempo y su arte a su tierra. Les pido hoy que con su conocimiento, su saber, su arte, hagan llegar, no sólo a Jaén, sino al resto del mundo, nuestras tradiciones y costumbres. Ustedes son la mejor vía de transmisión que yo podría haber encontrado para comunicarle a nuestra generación y dejarle constancia a las venideras, de la belleza y riqueza que existe en nuestra tierra.

A Lola Torres, a Manuela Ramírez y a mis padres les debo el que vosotros os hayáis fijado en mí y hoy pueda decir en voz alta cuán agradecida les estoy, porque Lola Torres, mujer exquisita donde las haya, fue quien primero con sus clases, allá en la calle Compañía, me enseñó mis primeras canciones y pasos de bailes. De inmediato, me llevó a su casa y allí enseñaba el bolero de Jaén, para que al día siguiente, siguiendo sus instrucciones, mientras ella tocaba el piano una y otra vez, la melodía que fuere, me pudiera al frente de la clase y enseñara lo aprendido el día anterior, ya que ella estaba delicada de salud y no podía permitirse hacer un esfuerzo físico prolongado. La vida no fue larga para ella, pero nos dejó su Cancionero y me comentaba que quería para completar el panorama folclórico de la provincia, hacer cuando se jubilara, contando con mi humilde colaboración, el de los bailes con la explicación de los pasos, etc.

Manuela Ramírez es una mujer no tan conocida como Lola Torres, pero también con un gran mérito, puesto que ella, junto con otras personas, recorrió nuestra provincia y los primeros bailes que se rescataron se deben a ella. Manola fue, a la vez que mi maestra de baile, la persona que me

inculcó junto con Lola Torres, el amor que siento por nuestro folclore provincial y quien en momentos de desánimo (que todos los tenemos en las tareas que nos asignamos), me impulsa a seguir en esta hermosa, pero difícil tarea de rescatar, mantener y difundir nuestro folclore.

Y con respecto a mis padres, siempre fueron los grandes sacrificados, porque al dedicarle tanto tiempo a la enseñanza, como a la serie de viajes, unos a investigar y otros con el grupo para actuar, disfrutaron poco de mi compañía, pero ellos siempre me apoyaron en todo y hoy estarán allá donde Dios los tenga muy contentos por el momento tan feliz que estoy viviendo.

En este enero cumpliré 29 años al frente del grupo de danzas, que primero fue de la Sección Femenina y después pasó a denominarse de «Lola Torres». Durante todos estos años y bajo mi dirección hemos rescatado, aparte de los ya existentes, veintitantos bailes de diversos pueblos y anejos, músicas y trajes típicos, teniendo que ir en ocasiones varias veces a la misma localidad, porque al no disponer de un material adecuado en los años sesenta, como un magnetofón, cámara de vídeo, etc., y con el paso del tiempo, si no practicábamos suficientemente los pasos, se olvidaban y había que volver a empezar de nuevo. Hoy, afortunadamente, contamos con medios más modernos, y todo no se tiene que dejar a la memoria, pero, como todo tiene un pero, hoy ya no queda casi nada que rescatar, porque quienes tenían esos conocimientos ya no se encuentran entre nosotros.

El folclore a lo largo de mi vida me ha deparado muchas satisfacciones. Una de ellas ha sido y es el contacto con la gente del pueblo, que a la vez te enseñan todo lo que saben, te cuentan cómo vivían aquellos momentos: tanto amorosos, como picarescos; transportándote a sus años mozos, favoreciendo con estos mismos coloquios el aprendizaje, haciéndolo más cálido y agradable. Esto es de lo más gratificante para el folclorista, puesto que estos sentimientos se intenta más tarde plasmarlos en la propia danza.

Otra de las satisfacciones que me proporciona el folclore son los éxitos que el grupo de danzas cosecha en sus actuaciones; el que el pueblo de Jaén te pida tal o cual baile y se acerquen a felicitarte y comentarte lo bonito del espectáculo, cuánto les ha gustado tal o cual danza, que el traje de este pueblo les gusta más que el de aquel otro, etc. Esto, en otro tiempo, era poco menos que impensable. Ha costado años que nuestros paisanos se den cuenta de que el folclore de nuestra provincia es tan bonito como el que más. Además de que en nuestra provincia tenemos bailes de todos los estilos, algo de lo que carece el resto de Andalucía, y de casi todas las regiones de España, y esto lo afirmo con conocimiento de causa.

Por último, por lo que de futuro tiene, me hace muy feliz el éxito que nuestra escuela de danzas en la «Asociación Lola Torres» y en otras Asociaciones en la provincia tienen con la enseñanza de nuestros bailes tradicionales.

Para mí es un satisfacción que aquellas niñas de cinco o seis años que en su día enseñé a bailar, hoy convertidas en madres, me traigan a sus hijos, para que les enseñe lo que con tanto amor procuré inculcarles y así el legado de nuestros mayores no se pierda.

Todo este trabajo no es de una sola persona. Para conseguir esto se ha necesitado mucha gente. Unos con puesto más visibles y otros con parecidas responsabilidades en la trastienda, para que este trabajo siga adelante. En nombre de todos os doy las gracias, porque si ellos no hubieran colaborado, hoy no estaría aquí.

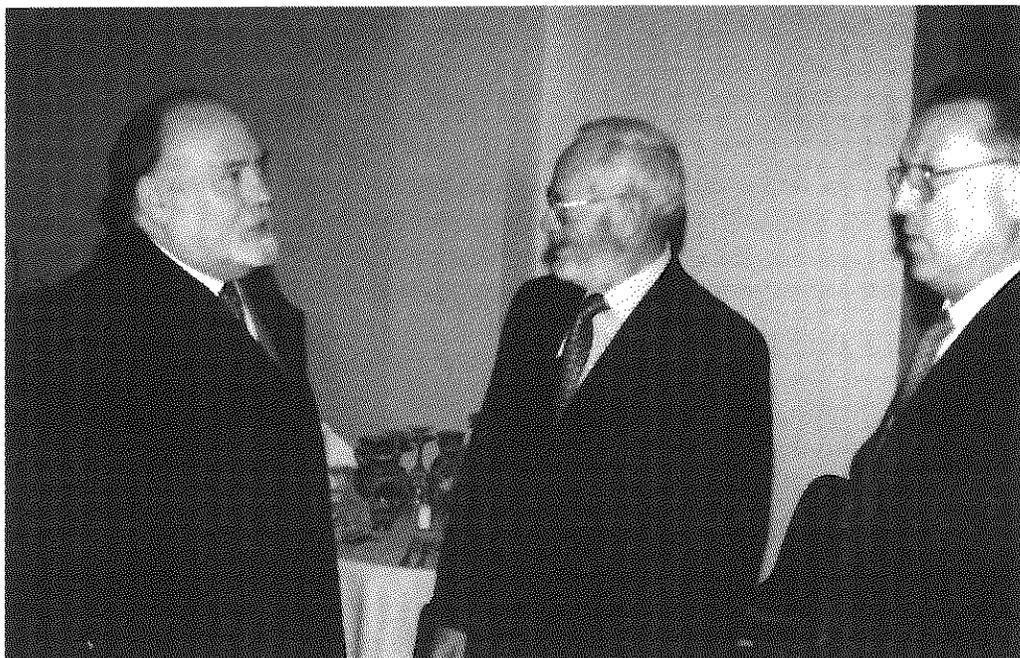
Y ya solamente quisiera darles las gracias por este título de Socio de Honor que se me entrega; les aseguro que procuraré ser digno miembro de esta Confraternidad de los «Amigos de San Antón» y que con este reconocimiento recibo nuevo impulso para seguir en esta tarea que, es muy dura, por el mucho sacrificio que exige, pero que amo y me gusta por encima de todo. Este emotivo acto me anima a aplicarme aún más, si ello es posible, y a perfeccionar mi labor.

Por estos momentos tan emocionantes que me estáis haciendo vivir, muchas gracias a todos.



En tanto que Pilar nos leía su intervención, observo que algunos que todavía permanecían de pie se han ido acercando a la mesa del fondo, arrastrando suavemente las sillas, y se han sentado en torno a Pedro Casañas. Parece el tribunal de unas oposiciones. Muy serios. Atentos, asienten con la cabeza. Pero no, no la van a juzgar. Al contrario, están tan embebidos en las palabras de la nueva Amiga de San Antón, que, por primera vez en toda la noche, advierto que nadie come ni bebe. No se oye ni una mosca. Ni los miasmas que quedaran por los entresijos del Hospital se han atrevido a molestar. Solamente se quedan sin sentar los más jóvenes: Juan Cuevas, Ángel Aponte y Juan Antonio López Cordero. Pero también alguno de los veteranos les hacen compañía y nos muestran que la juventud no está en el carné de identidad, sino en la fuerza interior de cada uno y algunos la tienen a arrobas.

Cuando Pilar acaba, es muy aplaudida, por aguda y oportuna; en



todos los corrillos se habla bien de ella. Algunos de estos caballeros, Amigos de San Antón, la rodean y preguntan muchas cosas y a todos les responde con precisión y mesura. Nuevamente se vuelve a animar la charla, algunas veces acalorada, otras relajada y tranquila. Esta cronista, en un momento de respiro, le pregunta a la neófito qué tal lo está pasando. Pilar confiesa que está abrumada por las atenciones. Como yo ya he vivido la experiencia anteriormente, la comprendo muy bien. Todavía puedo recordar la emoción con que viví la noche de mi ingreso en esta Confraternidad. De todas formas, esta emoción es un agradable sentimiento que se renueva cada año cuando recibo el recado del Criado Portugués indicándome el lugar y fecha de la Cena.

Juan Castellano se acerca a Pilar y a mí. Charlamos animadamente. Miguel Calvo, el creador de palabras y versos, le dice al bueno de Juan que se parece al prior de su pueblo que, en cuanto se descuidaban, lo encontraban entre todas las mujeres. Y la verdad es que lleva razón, en este momento Juan está entre todas las Amigas de San Antón. ¿Para cuándo la siguiente, Pedro? Van a decir por ahí que los Amigos de San Antón no cumplimos ni, tan siquiera, el famoso veinticinco por ciento. De todas formas prefiero no insistir en este asunto, no sea que luego nos digan que, apenas hemos llegado, y no hacemos otra cosa que protestar.

El tintineo vuelve a interrumpir las voces. Cada vez es más difícil conseguir una tregua en las animadas conversaciones. Pedro da la pala-

bra a Ángel Aponte. Este año Ángel ha venido a la cena con un traje gris oscuro. Toma un folio en la mano, pero, con una paradójica mezcla de seguridad y timidez, no lo lee, lo lleva hacia atrás. Es más bien un apoyo para sus medidas palabras. Tiene que presentar a un amigo. Es fácil. Lo hace bien, con su característica, honda y grave voz; apuntando ligeramente las consonantes, nos dice que Juan Antonio y él se alimentan de la tinta de venerables y antiguos escritos lo cual no es cierto; yo, que esta noche estoy en todo, lo he visto atacar el jamón y las croquetas, el lomo y la morcilla y parece que le alimentaban bastante. De todas formas, algo sí debe de haber de verdad en sus palabras, pues su subconsciente le traiciona y dice que Juan Antonio y él se conocieron en 1886. Pues se conservan muy bien, para tener más de cien años. ¿No les ha pasado a alguno de los lectores eso? Cuando un investigador maneja documentos un día tras otro, cuando tus ojos se habitúan a determinadas fechas, cuando al escribir siempre son los mismos números los que van saliendo en la pantalla del ordenador, se hace muy cuesta arriba poner correctamente las fechas actuales. Más de una vez me he sorprendido a mí misma en tales circunstancias en los momentos menos oportunos.

Presentación que Ángel Aponte hace de su buen amigo Juan Antonio López Cordero.

Cuenta Juan Perucho cómo en los archivos, bibliotecas y lugares donde se conservan papeles viejos, suele vivir una especie que se alimenta de la tinta de venerables y antiguos escritos. Se llama "El Papelero".

Pareciéndonos a estos especímenes nos conocimos no pocos de los que aquí nos encontramos y así fue como el que os habla trabó amistad con Juan Antonio López Cordero.

Fue hacia 1986, en las galerías altas de la Catedral, en el otoño o el invierno, cuando el viento sacudía los añosos cuarterones de balcones y postigos. O quizás, fue en el anterior emplazamiento del Archivo Municipal, donde era posible trabajar y formar honesta tertulia alrededor de Juan Cuevas. No importa demasiado dónde, en cualquier caso fueron los papeles, el gusto por las cosas antiguas y el estudio de la historia de Jaén, el motivo que nos hizo amigos.

Juan Antonio López Cordero nació en Pegalajar, una villa cercana a Sierra Mágina. Lugar de Jaén muchos años, después emancipado en el siglo XVI, lugar de frontera y de historia, muy vinculado, por tanto, a nuestra ciudad, en la que Juan Antonio reside.

Estudió enfermería, profesión que actualmente ejerce, pero su vocación no era única, había varias trayectorias personales que hacer, con las que cumplir, y la vocación es siempre un llamamiento, como decía Eugenio D'Ors, y Juan Antonio acudió a ésta, como hombre de obligaciones que es.

Y el inicio de toda vocación es un enigma, pero es posible que su inclinación a escudriñar el pasado surgiese de vivir en el duro entorno de Pegalajar, cerca de serranías y montañas, y no hay paisaje sin historia, como decía Unamuno. También debió de influir la presencia del pasado de la villa, o la llamada de tantas generaciones de sus antepasados que forman parte física de la tierra de Pegalajar.

Por tanto, Juan Antonio estudió Historia, y comenzó a investigar en los primeros años ochenta. Una época en la que muchos nos iniciábamos en el mundo de los archivos y bibliotecas, y en la que sacábamos a la luz nuestros primeros trabajos.

El currículum de Juan Antonio López Cordero es muy extenso, todos, en mayor o menor medida, lo conocemos.

— Una licenciatura y un doctorado en Historia, con una tesis que trató sobre Jaén en el reinado de Isabel II.

— Dos Premios «Ortega Sagrista» de Investigación.

— Una larga lista de colaboraciones en «Senda de los Huertos», «Códice», «Boletín del Instituto de Estudios Giennenses», entre otras publicaciones.

— Varios libros de excelente calidad: sobre el reinado de Isabel II en Jaén; sobre las plagas de langosta en Jaén; distintos volúmenes sobre Pegalajar y su historia, etc.

— Profesor Tutor de Historia en la UNED, en Úbeda.

Asimismo es parte importante del consejo de redacción de la revista «Códice», miembro directivo del Colectivo de Investigadores de Sierra Mágina, además de pertenecer al consejo de redacción de la revista «Sumuntán».

La condición de enfermero e historiador le da a Juan Antonio un tono particular. Parece un cirujano del siglo XVIII, con inclinaciones eruditas, algo polígrafo. La misma variedad de los temas de investigación nos muestra esa enorme curiosidad intelectual que le hace afín a esos hombres de letras de la Ilustración: estudios sobre baldíos, montes, plagas de langosta, localización de antiguos términos municipales y recorridos por viejos y olvidados caminos y senderos. A veces es lo que los alemanes

llaman un «wanderer», un caminante capaz de integrarse en el paisaje, la naturaleza y las gentes de las tierras de Jaén que tanto ama, y hace por conocer. Aunando en una difícil conjunción el rigor, incluso cierta frialdad estilística, con el sincero afecto al objeto estudiado.

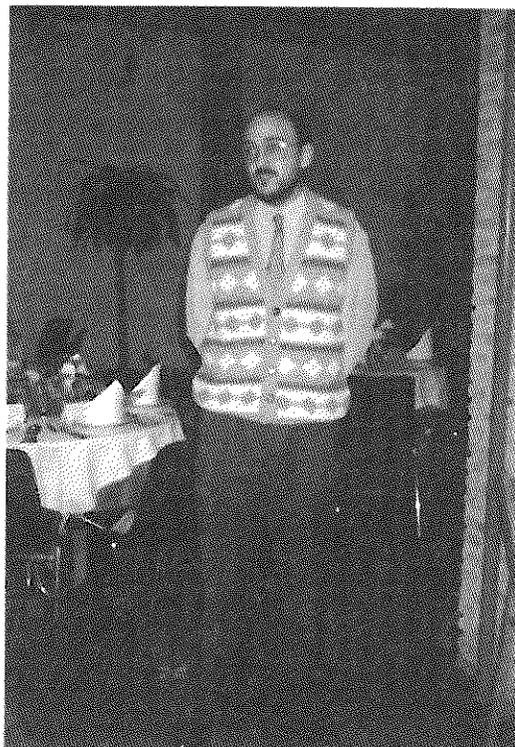
Su historial, del que he hecho un breve extracto, indica sus méritos. Y por tales obras merece estar aquí, en esta agrupación dedicada a estudiar y hablar de Jaén, de su raíz y su decoro, parafraseando a Gregorio Marañón.

Pero existe, además, otro aspecto fundamental que se completa con los anteriores, y es el del sentido de la amistad y su cordialidad, que, en palabras de Azorín «cordialidad es cosa del corazón; no se puede tener buen corazón sin cordialidad». Esa cualidad que siempre irradiaba nuestro añorado Felipe Molina Verdejo, cuya ausencia hoy dará, sin duda, una nota de melancolía a nuestro anual encuentro.

Bienvenido y muchas gracias.



Nuevamente las voces se apoderan de la sala. Esta cronista, tan enemiga en ocasiones de los artificios modernos, echa en falta tener alguno de los artefactos de espía que salen en las películas. Si hubiera tenido a mano alguno de los inventos del profesor Bacterio o, incluso, algunos de los complicados cacharros del profesor Franz de Copenhague —¡qué tiempos aquellos!—, podía haber puesto micrófonos ocultos detrás de la maceta de palma del paraíso, disimulado alguno en los ladrillos de las columnas, o entre los colgantes potos, haber enmascarado con astucia una grabadora minúscula en el plato de patatas fritas, en el tapón de alguna botella de agua. Podría haber recogido las conversaciones de todos. Pero, así no hay manera. ¡Qué malos ratos pasé aquella noche intentan-



do saber de qué se hablaba en los diferentes corrillos! Aunque iba de uno a otro, advertí que, al acercarme yo, se callaban o cambiaban de conversación. No querían que se reflejara en la Crónica más de un chascarrillo emanado, a buen seguro, del desparpajo que aporta esa manzanilla que algunos continuaban bebiendo, y es que llevaban toda la velada aplicando con perseverancia el viejo refrán «remojar la palabra, salud es de mañana». En un rincón, casi perdidos en la penumbra, Juan Eslava, el de la ágil y prolífica pluma, e Ignacio Ahumada, el terror de los diccionarios, hablaban de aventuras y desventuras de nuestra lengua, no podía ser de otra cosa; en el transcurso de su conversación sale a relucir el profesor Coseriu. Conocedor de la obra de Juan, el gran lingüista le ha pedido a Ignacio que le envíe todos los libros que nuestro premio Planeta vaya publicando, que no son pocos.

Son las once menos veinticinco cuando Pedro Casañas manda intervenir a Juan Antonio López Cordero. ¡Qué atinados han estado los Amigos de San Antón incorporando a sus filas a este sólido y perseverante investigador, a este gran amigo!

Juan Antonio, con un chaleco de dibujos geométricos –cómo se nota la juventud– después de agradecer su nombramiento en esta Asociación, nos lee, con un deje jaenerísimo, unas coplillas encontradas por él. ¡Lo que dan de sí los archivos!, dice Pedro Casañas, sin poder contenerse.

Coplillas encontradas por el nuevo Amigo de San Antón.

En esta, para mí, primera Cena Jocosa, mi condición de historiador me lleva por inercia al pasado, a ese pretérito que estamos continuamente reescribiendo y que, cuando lo creemos atrapado, se nos escapa de las manos como un pez escurridizo. Es ese pasado de los grandes contrastes, de cálidos veranos y fríos inviernos, de días luminosos y noches tenebrosas, de notables jolgorios y prolongados silencios, de hombres saciados y muchedumbres de hambrientos, de prolíficas familias diezgadas por morbosas epidemias,...

En este entorno vienen a mi mente otras cenas que contrastan con la opípara de hoy, en las que el hambre acecha. Sin embargo, este hambre puede ser también tema jocoso para los mismos que la padecen, pues a menudo el hombre se ríe de sus mismas miserias. Es algo que forma parte

inherente de su vida, quizás como un factor psicológico defensivo y desinhibidor que le ayuda a sobrellevar la dura existencia. Y no puedo menos que recordar en esta cena aquella otra del siglo XVIII cantada en coplas, cuyo autor fue Francisco de Navas, las cuales saldrán próximamente publicadas en el libro «La picaresca en el sociedad tradicional (Jaén siglos XVI-XIX)», realizado por José Fernández García y un servidor –a ser sincero, estas coplas fueron localizadas por José Fernández, que generosamente me las ha cedido para este acto–, las cuales dicen así:

COPLAS DE LAS SARDINAS

*En la muy ilustre casa
de don Vicente Cubero
celebramos una tarde
que era día de San Sergio.*

*Tomamos el agasajo
y a mí me lo revolvieron:
pan, y vino, y chocolate
y en un vaso me lo dieron.*

*Se fueron a la cocina
mi tío, el Padre Fray Diego
y Martinica de Vargas
y a la lumbre se pusieron.*

*Sacaron unas sardinas
y comenzaron a asar
y todos los de la sala
allá fuimos a parar.*

*Se puso el Padre Fray Diego
ocupando todo un lado:
y Martinica en el otro
quedando todo ocupado,*

*quedáronse dos Marías
sólo por demás mirando
sin que pudiesen quitarles
ni la esportilla ni el plato.*

*Yo me metí en un rincón
y Bernardica también
y no nos quisieron dar
sino raspas que raer.*

*La novia tampoco pudo
quitarles ni una sardina:
porque estaba como gato
el demonio de Martina.*

*Yo me puse un capotillo
y lo que vine a sacar
fue ponerme de cuclillas
y hartarme de soplar.*

*A lo último agarré
la esportilla pero ya
tan solamente quedaban
tres jurelillos no más.*

*Los asamos de limosna
en la ceniza y sin ascuas
y con aquello quedamos
contentos como unas pascuas.*

*Martinica la logró
que se puso de sardinas
como pobre bordonero
cuando come tagarnina.*

*Yo agarré una soperilla
que hice un hoyo en el plato
más ancho y hondo que un pozo
de la calle del Barranco.*

*No tenía servilletera
y me puse una esportilla
que parecía un letrado
compuesto con su golilla.*

*Vaya con Dios Martinica
que sardinas no me dio
y permita Dios se le salten
los ojos de dos en dos.*

*Si comiere Martinica
en este mundo sardinas
permita Dios que en la panza
se vuelvan por ser más frías.*

*Dios quiera y cuando coma
sardinas y otro pescado
vaya a echarlas al infierno
y a comer con el Diablo.*

*Ojalá que se muriera
que le había de cantar
el gori gori de muertos
sin cansarme de bailar.*

*Las mariquitas y yo,
la novia, con Bernardica,
nos quedamos sin catar
siquiera una sardinica.*

*Todos quedamos mirando
las sardinas trasponer;
primero cieguen sus ojos
que ella las vuelva a comer.*

*Tan tirana como fue
para conmigo esa niña
que siquiera quiso darme
la mitad de una sardina.*

*Cuando la vea en la Iglesia
le he de decir sardinera,
porque sola se llenó
sin catarlas yo siquiera.*

*Como la pille en el campo
la tengo que apedrear
y en la Inquisición diré
que la vi judaizar.*

*Guárdese de mí porque,
aunque me lleve el Demonio
le tengo que levantar
un muy falso testimonio.*

*Baste ya de disparates
que he sido desvergonzado
pues en la blanca azucena
he puesto el labio manchado.*

*Vuesa merced me perdone
y sus pies y manos beso:
que conozco que he pecado
contra vos con gran exceso.*

*Una belleza ultrajé
una hermosura he afeado:
una diosa he ofendido,
yo conozco mi pecado.*

*Mil años le guarde el Cielo
pues merece que le alaben
plumas mayores que ésta
que la estimen y la amen.*

Amén.¹

¹A.H.D.J. Sección Penal. Carpeta 75 B. Proceso a Francisco Navas.

Al terminar, los aplausos resonaron en la sala; detrás de Juan Antonio, aunque él no parecía advertirlo, Alfonso Sancho y Manuel Caballero reían animados. Estos versos no los tenía recogidos don Manuel, y refunfuñaba pensando en cómo se le pudieron escapar a él que husmeaba en todos los archivos.



Pedro Casañas, nuestro Prioste, como un buen pastor, aunque con algunos problemas, todo hay que decirlo, trata de reunir a todo su rebaño, lidiando con los más díscolos para conducirlos hasta el patio y allí, en la escalera, disponerlos ordenadamente para la fotografía de familia, como manda la tradición. Este año existe un especial interés en recoger bien los rostros de cada uno de los Amigos de San Antón, porque, según noticias de fuentes bien informadas, hay un trabajo en curso en el que algunos de los personajes tendrán el honor de llevar la cara de los Amigos de San Antón en caricatura. Tiempo al tiempo, que ya nos enteraremos.

En el patio, a estas horas de la noche, se respira quietud. No se mueve ni la más mínima brisa. Sólo las palmeras se cimbrean levemente mecidas desde las alturas. El susurro de sus hojas se une al renovado murmullo de la fuente. El ambiente está fresco y ayuda a airear las cabezas de algunos que, medio adormilados por efectos del vino, han subido con cierta dificultad las escaleras que nos separaban de este remanso de tranquilidad. La verdad es que a todos nos sentó muy bien ese paseo por el hospital en calma.



La segunda parte de la velada ha llegado. Nos reintegramos al calor del salón y nos vamos sentando en los lugares que indican los tarjetones con nuestros nombres. Antonio Martos, con sorna, me dice en voz baja que me han situado en la mesa de los importantes. En efecto. Aquí estoy yo, entre un ex ministro, un premio Planeta, un premiado arquitecto y un acreditado conocedor de todo lo glennense.

Lo primero que llamó la atención de algunos fue que, en esta Cena, después de muchos años de orondos panes, de «panihelios», como dijo un día Felipe, sobre el plato de cada comensal, se podía contemplar un panecillo en miniatura que fue motivo de protestas porque rompió con una de las tradiciones más arraigadas y, lo que es peor, nadie pudo lle-

vase a casa las sobras para los picatostes del desayuno. Rafael Ortega estaba enfadado.

Nada más sentarnos, suena la campanilla para que nuestro buen capellán, José Casañas, dé comienzo a su «versirezar», otra vez Felipe. Muy devotos, nos mantuvimos en silencio:

Oración para bendecir la mesa de la Cena de Santa Catalina

*Señor San Antón Abad:
los aquí cenantes, tus amigos
alrededor de esta mesa reunidos,
rogamos de tu amistad
que nos mantengas siempre unidos.*

*Que, como a nuevo rebaño
nos quieras apacentar
este año y otros años...*

*Y, como broche final,
pedimos en común consenso,
bendigas este humilde pienso
que vamos a trasegar
regado con vino espeso.*

Amén

Seguros estábamos de que con tan piadosa plegaria, nuestros ya saciados estómagos tolerarían sin menoscabo los sabrosos manjares que anunciaba la minuta y que habríamos de animar con caldos de la tierra, pues ya se sabe que «fiesta sin vino, no vale un comino».

•••••

En torno a la mesa, las conversaciones, según mandan los cánones del refinamiento y buena educación, deben ser livianas, porque las graves pueden dañar la salud y entorpecer la digestión. En la nuestra, la charla se orienta hacia los restos arqueológicos que, un día sí, otro también, aparecen por nuestro Jaén y que, a veces, sin que nadie lo pueda o lo quiera impedir, se pierden sin remedio. De los vestigios de nuestro pasado recientemente descubiertos en la calle Castilla, Juan Eslava sospecha que son un cubo de la muralla; Berges supone que muy bien pudiera ser un desagüe y, con la seriedad y rigor que le caracterizan, nos explica sus razones. Cada uno defiende sus ideas con vehemencia. Juan, con una de sus oportunas salidas, zanja la cuestión. Asegura que va a



resultar como aquel anuncio que ofrecía Capancala. Cuando un curioso se acercó a ver qué era aquello, resultó ser «Cal para encalar». Este Juan es terrible. Siempre tiene el comentario justo, la historia oportuna, la frase adecuada, y, si no la tiene, se la inventa.

A estas alturas de la noche, esta escribana, que ha estado muy entretenida anotando todo lo que ha visto y oído, advierte que su estómago protesta ruidosamente ante lo que considera una gran falta de atención; entonces recuerda que ante ella han desfilado, uno tras otro, los platos de croquetas, que a decir de todos estaban deliciosas, y que no las ha probado. Afortunadamente, a sacarme de estas cavilaciones viene un olorcillo conocido proveniente del caldo de cocido que acaba de ponerse delante el maestresala Cristóbal Lendínez Martínez; su aroma es tan irresistible que me hace dejar a un lado mis arreos de trabajo para concentrarme con fruición en la taza del saludable cocimiento. La tentación es fuerte y el caldo único. «Bebe tras el caldo, y vaya el médico al diablo» dice el refrán y yo no puedo resistirme a la sabiduría popular; así que bebo una copita de vino de Torreperogil. El estómago se conforta y se conforma. Puedo seguir trabajando. Es la hora de oír a Luis Berges.

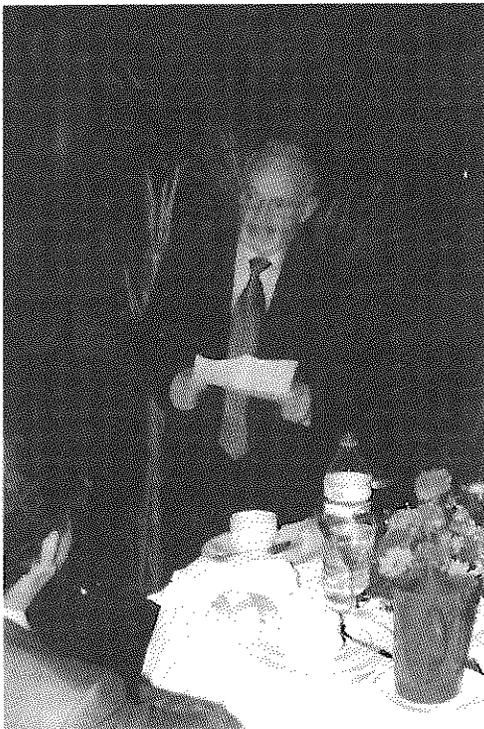
A la indicación de Pedro Casañas, Luis no se hace de rogar ni un segundo siquiera, se levanta, y del bolsillo interior de la chaqueta pausadamente extrae unos folios en los que trae descrita, punto por punto, la

historia de la espléndida restauración y rehabilitación del Hospital de San Juan de Dios con todos sus entresijos y pormenores. Emplea una cuidada habla culta, marcando con naturalidad y sencillez las consonantes implosivas. Disculpen la deformación profesional de esta cronista.

En donde Luis Berges nos descubre los secretos de una magnífica restauración.

Una mañana, en la Navidad de 1991, entré en este mismo edificio que ahora nos acoge. Era una pura ruina. El abandono, el pillaje y los incendios intencionados, durante una decena de años, lo habían reducido a unos descarnados muros emergiendo, semidesplomados, entre los escombros de lo ya destruido.

Don Cristóbal López Carvajal, un Presidente de Diputación amante de Jaén y generoso con la ciudad como pocos políticos lo han sido con ella, me acababa de confiar la tarea de intentar recuperar aquel caos, que ya los técnicos provinciales habían confiado a la fácil demolición, informando sobre tal conveniencia y acabando así con la historia del viejo, antiguo y entrañable, Hospital de San Juan de Dios.



A mí, cuando asomé a su patio central aquella mañana del mes de diciembre, el corazón me saltó de gozo. Una vez más, me había tocado en suerte el afianzar, para la memoria de Jaén, otro pedazo de su antigua Historia y, como venía ocurriendo, en el mismo barrio donde me tocó nacer.

Muchas veces he pensado por qué me atrajo, de siempre, remendar de viejo, llegando a la conclusión de que, aparte de que fui «niño de la guerra» y joven de carencias, toda obra del hombre hay que considerarla como la culminación de una larga ex-

perencia a través de la evolución de su espíritu. Y ya sabemos que con el espíritu del hombre no se juega.

Este edificio, tal como ahora lo podemos contemplar, se inauguró en el mes de mayo de 1995. Hubo actos que, durante una semana, arroparon el evento. Se conferenció un poco. Cuando me tocó a mí el turno, preguntaba al auditorio si se les había ocurrido pensar sobre cuánta desesperada plegaria había quedado prendida en el interior de estos muros; y que siendo ella energía y, puesto que la energía prevalece, la esperanza, el dolor y el sufrimiento de tanto ser como pasó por este viejo Hospital, eran tan dignos de respeto y de conservar con el edificio, igual que pudiera serlo un códice miniado, el original de una coral de Juan Sebastián Bach o un lienzo de René Magritte, pues todo había salido del espíritu humano. Nuestro buen amigo, Fermín Palma, lo corroboraba cuando le llegó el turno y decía que el Hospital de San Juan de Dios había sido testigo excepcional de la medicina de Jaén, en duro combate contra la enfermedad y que mantenerlo en pie era, por tanto, un homenaje a los más débiles.

Hay más: el hecho arquitectónico del pasado es también la materialización de experiencias y soluciones que han resuelto, en su momento, determinadas exigencias y necesidades, y que nosotros podemos aprovechar. Por todo esto es por lo que se pusieron tantos afanes restaurando y rehabilitando lo que en aquella mañana no era más que un montón de escombros.

Quizá los aquí presentes sepáis del Hospital y su historia mucho más que yo. Pero a mí, que tuve que hacer de cirujano, me cupo la ocasión de ver lo que a otros le fue ocultado. Así, determiné la planta original del edificio, tal como fuera levantado en el siglo XVII, entre los años de 1759 y 1771; encontré lo que fue el emplazamiento de la Capilla Mayor de la gótica Iglesia de San Gregorio, lugar de enterramiento de caballeros, dignidades eclesiásticas y benefactores, construida a expensas del Obispo don Luis de Osorio, que si no era gallego, al menos trajo gallegos canteros para ello, pues los arranques de los pilares, que ahora se pueden contemplar, poseen las mismas trazas que los de la Catedral de Santiago de Compostela. Di con arcos apuntados, embebidos en posteriores tapias, y entramados de madera de muros medievales, así como lo que aún perdura de los primitivos alfarjes. Comprobé que la anchura del actual edificio es la misma, 50 varas, que tuvo el Primitivo Hospital de la Misericordia de la orden granadina de San Juan de Dios, y por qué se había agrandado la edificación en el sentido del eje opuesto.

Descubrí apresuradas restauraciones en las arquerías del claustro, ejecutadas porque todo él se estuvo deslizando, durante siglos, por la ladera que es su solar. Encontré el osario de la primera Iglesia de San

Juan de Dios, restos de decoraciones frailunas al temple y de un tímido empleo del Art Nouveau en este barrio. Y admiré la osadía, confianza en los nuevos materiales de construcción y el buen hacer del arquitecto don Manuel Mendoza, a principios de este siglo. También comprobé que las necesarias transformaciones interiores que se hicieron durante años y años, con sus correspondientes aperturas de huecos de paso y ventanas, algunas llevadas a cabo sin mucho sentido común, arruinaron muros y originaron grietas que debieron de traer de cabeza a generaciones de maestros de obras.

En fin, estas y otras cosas que los historiadores seguidores del Hospital no tuvieron ocasión de conocer.

Quizá, lo que nunca dejará de admirar en la Historia de la Arquitectura Española es la gran versatilidad del edificio de planta con patio central, enclaustrado, cuatro naves o palacios de una cruzija, que lo limitan; airosa portada; pretenciosa escalera en eje quebrado con la entrada; sótanos cuyas bóvedas acodan el macizo de tierras donde descansan las arquerías y que dejando escapar el aire húmedo por sus ventanas al patio, refrigeraban suavemente los ardores del verano; dos pisos y otro más, de cámaras bajo la cubiertas, abiertas con arquillos a tejados y lejanías.

Esta acertada solución de edificio, que vino a desarrollarse plenamente, en el siglo XVI y que se puede contemplar en todas las regiones de España, ha servido para todo, permitiendo incluso transformaciones y ampliaciones posteriores, que fue el caso del Hospital de San Juan de Dios que terminó, además, ocupando toda una manzana, lo que favoreció el crear salas de enfermos, iluminadas y ventiladas por los cuatro costados. Y, cuando fue necesario, la cubierta del claustro se transformó en terraza soleada para convalecientes, y las cámaras en otra planta habitable.

Todo lo que pudimos hallar y que caracterizó al antiguo edificio, se ha mantenido. Todo elemento arquitectónico de valía, ha sido restaurado. Aquello que estructuralmente se ha añadido, se ha pretendido hacerlo en consonancia con lo que ya existió. Exigencias de nuevas instalaciones se han confiado a viejos muros ya consolidados, adosándolos a ellos, para no romper sus robusteces.

Nuevos usos y circulaciones nuevas han sido bien acogidos por los primitivos volúmenes interiores, ni siquiera disimulados bajo las nuevas cubiertas que mantienen las siluetas del viejo edificio.

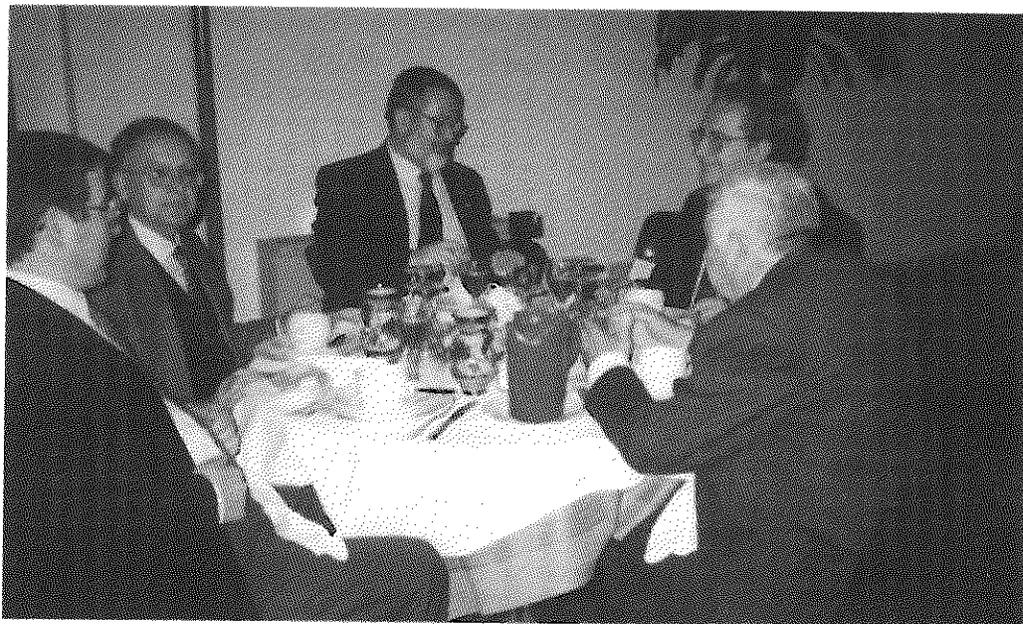
No quiero cansaros más. Me siento tranquilo con lo que hice. En atropelladas letras lo he expuesto y, bueno, aquí lo tenéis y aquí estamos. Son siete mil metros cuadrados de edificación al buen servicio y disfrute de los jiennenses.

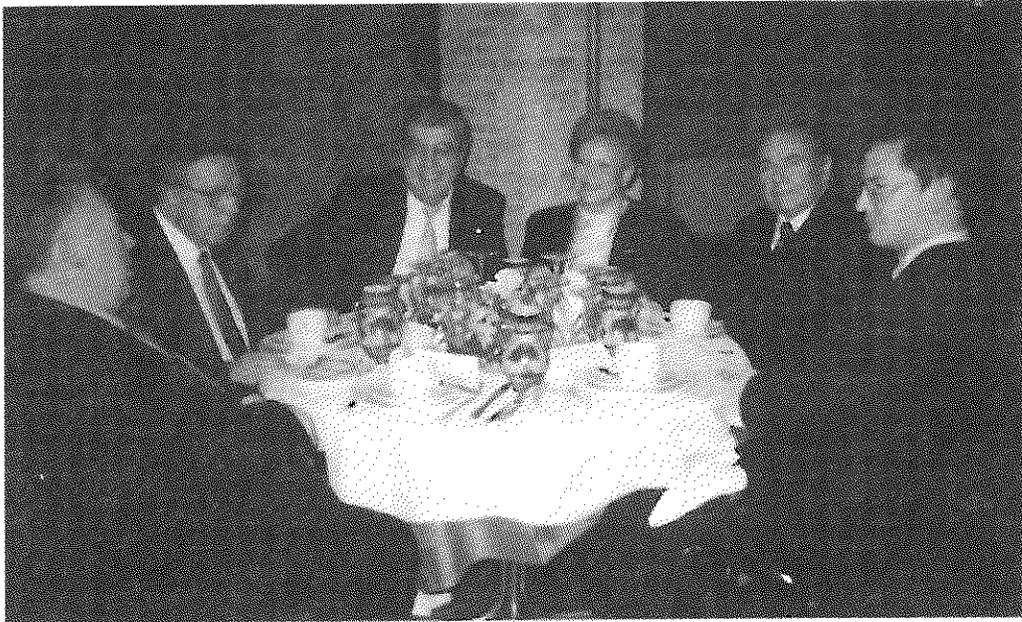
Desde la parte que me corresponde, os doy la bienvenida.

No sé qué se ha alabado más si la intervención de Luis esta noche o su trabajo en este hospital. A los amigos que compartíamos su mesa nos ha seguido hablando de la desaparición de gran parte de nuestro patrimonio artístico, irrecuperable ya, y yo evocaba entonces unas palabras de Kipling que leí hace mucho tiempo: «todo esto, no digáis que no lo aviso, tan perdido está ya como la Atlántida». Afortunadamente ahora se está realizando una gran labor de recuperación de los pocos edificios que aún nos quedan. Sin embargo, a esta cronista le ha llamado mucho la atención el hecho de que, durante la restauración del Hospital de San Juan de Dios, se han podido borrar las manchas confusas que el tiempo va dejando en la piel de las cosas, pero se ha mantenido el palpito de sus desgraciados moradores, la energía, «la plegaria prendida en el interior de estos muros». Aunque la Cena está siendo tan atractiva y agradable como en años anteriores, no puedo dejar de pensar que en este mismo lugar, en tiempos remotos, «se cura[ba]n pobres de lições y calenturas de heridas y llagas y se dan unzioni y tiene y sustenta yncurables jeneralmente hombres y mujeres».

• • •

Ángel Viedma, va de un lugar a otro reteniendo la fugacidad del momento con su cámara fotográfica. Sus compañeros de mesa, Juan Higuera, Pedro Jiménez Cavallé, Luis Armenteros e Ignacio Ahumada, mezclan latines, músicas, conversación, y, según observo, no ponen nin-





gún reparo a los manjares; claro, nada tienen que temer teniendo tan cerca a un ilustre galeno.

Nadie parece darse cuenta de mis cavilaciones; todos han celebrado con entusiasmo la aparición del plato jaenero por excelencia, habas fritas salteadas a las que no les falta jamón y cebolla, y es que «la olla sin cebolla es boda sin tamborín», como la pícara Aldonza decía. Antes el maestresala José Miguel Cobo Cueto nos ha ido preguntando si deseamos acompañarlas con huevos fritos. Durante la organización de la cena y la elaboración de la minuta, se había pensado que, al ser pesada la cena y los Amigos de San Antón algo veteranos, seríamos parcios en la comida, tal y como recomiendan las buenas costumbres de la salud. Pero, una noche es una noche. Uno tras otro fuimos asintiendo a la pregunta y, aunque pocos se enteraron, una buena cronista debe tener un pajarito que la informe. No escribe tan bien como Gacelo, pero a mí me fue de gran ayuda. Nuestro Prioste —como buen padre de familia— se quedó sin poder comer huevos fritos. Faltaron huevos.

Con mis compañeros de mesa es imposible que la conversación decaiga, seguro que no habrá ni un momento de aburrimiento. Charla amena, entretenida, incluso cuando Juan Eslava desgrana sus problemas de salud. ¡Cómo presume de achacoso! El inconveniente que tienen quienes se conocen desde niños es que no pueden mentir con la edad, y él, estoy segura, pretende dárselas de viejo. León Esteban, siempre edu-

cado y galante, interviene para decir que las mujeres de cierta edad disimulamos muy bien los años. Empiezo a preocuparme. En unas horas, es la segunda vez que se habla de la edad de la mujer.

Mientras anoto ciertos detalles observados desde mi mesa, pierdo un poco el hilo de las palabras de mis contertulios. Me parece que estoy tras la celosía de Robbe-Grillet. No puedo saber más que lo que pasa ante mis ojos, pero me gustaría, «deus ex machina», poder oír las conversaciones de todas las mesas.

La campanilla del Prioste lanza un aviso fúnebre. El poeta, huérfano, va a hablarnos de su compañero, y lo hace, como mejor sabe hacerlo, con un romance, bien medido y sentido hasta en lo profundo de su alma, que nos traspasa a todos de tristeza. Parece que Miguel Calvo ha ido tomando sentimientos de cada uno de nosotros para comprimirlos y condensarlos en su poema. Asentimos con dolor a la afirmación de Miguel, ya no escucharemos nunca los Amigos de San Antón leer el verso como lo hacía Felipe.

Es inevitable que en las mesas las conversaciones se tornen manriqueñas. Hablamos de Felipe, de Rafael, de Manuel, de Juan Miguel, de Alfonso. Deambulando entre nosotros, ellos nos contemplan.



Versos que Miguel Calvo dedicó a Felipe, nuestro poeta.

A FELIPE QUE MURIÓ JUNTO AL OTOÑO

*En las Piedras Angulares el verdín es un lamento
que la lluvia de la muerte va dibujando en silencio.
La muerte, Señor, la muerte, como voluta de incienso,
pasó con su mano pálida y su guadaña de acero,*

para talar un ciprés de limpio y sonoro verbo.
 El otoño se vistió de color Morado Épico
 y una Rapsodia de luz, con mil sutiles acentos,
 por El Lírico Jaén se transformó en un salterio.
 Una moña de jazmines, de un tardío jazminero,
 trajo una niña morena, o tal vez un ángel bueno,
 que puso nieve olorosa en tu perfil marfileño.
 Una niña que bajó casi descalza, corriendo,
 por las calles de Jaén porque un poeta había muerto.
 Un poeta soñador, un melódico jilguero,
 un quijote que luchaba contra molinos de versos...

Con la cara embadurnada, evadida de un espejo,
 la Aldonza que tú cantabas, sin zaherir su atuendo,
 y que amable retratabas con pinceles de arabescos,
 en la esquina de la tarde, cuando cruzaba tu féretro,
 una lágrima con rímel dejó caer hasta el suelo.
 Madrid puso nana y cuna, Felipe era madrileño,
 y allí aprendió cortesías y modales palaciegos,
 y el arte conceptual de un dorado siglo inmenso
 de poetas y pintores de góngoras y quevedos,
 de rencillas literarias y famosos mentideros.

La tarde, con sol radiante, se transformó en azulejo,
 y el cañaveral del río, guitarra de fino arpegio,
 se arrancó por seguiriyas poniendo sombra en los cerros.
 Otoño pisó las gradas de los montes y barbechos
 y arrastró su primer día como un capote torero
 dejando media verónica sobre los mármoles yertos.
 Con las hojas desprendidas, oro que se lleva el viento,
 el camino semejaba la piel de un lagarto inmenso.
 El camino del olvido con pisadas sin reflejos.
 Tu corazón, blanca nube, se perdió en el firmamento,
 cruzando la tierra calma, cruzando por los viñedos
 con racimos que soñaban los salmos del vino nuevo,
 poniendo tules de bruma en el verde sortilegio
 de los olivos que aguardan un futuro de pozuelos.
 Tu corazón, una fuente de inagotable venero...
 Una nostalgia de nardos acrecentaba mis duelos.
 El lirio de mi dolor, desde el balcón de mis sueños,
 resbaló hecho un cristal en mi nevado pañuelo.
 Por mis pulsos caminaban los ecos de mi cerebro
 enhebrando con adelfas un puñado de luceros,
 que la herrumbre de mi pena transformaba en desconsuelo.

*El ángelus del ocaso besó con rayos de fuego
el surco que abrió la reja generosa de tu cuerpo.
Un surco de eternidades, una plazuela de pueblo
solitaria como un bosque donde no existe el regreso.
Casi rozando la Cruz salvó el castillo roquero,
como un pétalo violeta, el penúltimo vencejo.
La noche, plácida estrofa, de un poema azul intenso,
enterraba nuestro adiós en la tumba del recuerdo.
La luna fue trasformando los cipreses en almendros,
que el hisopo de una estrella fue asperjando con destellos.
Todo el campo «verdiolivo» rezó por ti un padrenuestro.*

LAUS DEO

• • •

Juan Eslava sigue haciendo el gasto de la conversación. Aunque él nunca se hace de rogar, le tiramos un poco de la lengua y aprovechamos su locuacidad para sonsacarle la mecánica de su producción literaria. Él, sencillamente, como si fuera la cosa más fácil del mundo, nos explica que lo primero que hace es plantear la acción. Sobre ella va aportando toda la documentación necesaria. Cuando alguien protesta diciendo que, tal como lo está explicando, todo el mundo sabría escribir, él con picardía replica que el estilo es lo de menos. Nos habla del día en que le dieron el «Premio Planeta». Ya se lo había oído contar, o, tal vez, se lo haya leído en alguna entrevista. Asegura que, cuando lo llamaron para invitarlo a la ceremonia del fallo del Jurado, no sabía absolutamente nada y que se pasó toda la noche negándose a sí mismo, como un San Pedro cualquiera, para que los periodistas no lo descubrieran. Hasta entonces, solamente su familia, sus amigos, sus alumnos conocían su rostro y se las compuso muy bien para pasar inadvertido aquella noche.

En estas estábamos cuando las cazuelas de merluza han hecho su aparición en la sala y, a su paso, van dejando un agradable aroma que anima la estancia; observo que más de una cabeza se vuelve a su paso. Digo yo si esta merluza habrá venido a través del Guadalbullón. Seguro que no, pero está tan buena como si fuera de Jaén.

Un nuevo toque de campanilla, sonido tan habitual antaño entre estos muros, hace levantarse a Antonio Martínez Lombardo. Si hay dos personas esta noche que merezcan estar aquí por derecho propio, esas son Luis Berges y Antonio. El primero, por devolvernos a los giennenses

este magnífico edificio, el segundo por revivir sus muchas horas de trabajo en este hospital. Con gracia y emoción nos desgrana algunas anécdotas. Su tono de voz me devuelve a mi infancia ¡Cuántas veces la he oído en la vieja radio de mi abuelo que era fiel oyente de don Furibundo!

De historias, vivencias y otros sucesos en el viejo Hospital contados por Antonio Martínez Lombardo.

Un año más Dios me ha permitido estar entre vosotros celebrando nuestra sin igual «Cena Jocosa».

Ha días que el Prioste me pidió que preparase alguna «cosilla» para leérsela. Le rogué que este año me dejase descansar. Se sonrió y me dijo: «Cuando recibas la carta del Criado Portugués y sepas dónde se celebrará, no tendrás más remedio que acceder a mi petición». Y así ha sido. ¿Cómo no hablaros de esta mi casa, a la que le debo todo lo que he sido? Ya en mi primera Cena hice una descripción de su patio y, aunque sea reiterativo, les recuerdo algo de lo que aquella noche decía: «Yo, tras cuarenta y cinco años de servicio activo entre mi desaparecido Hospital de San Juan de Dios y el moderno Princesa de España, tengo muchos recuerdos y vivencias. ¡Cuánto podría hablar de este centro! Necesitaría no horas, sino días. En él paseé ratos muy buenos y ratos muy malos...». Aunque sea de pasada, recordaremos algunos de estos últimos. (Omito, por creerlo conveniente, nombres y fechas que han tenido relación con ellos).

No habían transcurrido cuatro meses de mi ingreso en la Farmacia de este centro cuando empezó nuestra Guerra civil. Gran pena y estupor sentí al ver cómo eran expulsadas las hermanas de la Caridad, la capilla asaltada y sus imágenes destruidas. Fue utilizada como almacén de abastos y cochera.

Otro mal recuerdo, la tarde-noche del bombardeo de Jaén. Vi cómo entre los heridos traían en mal estado a un matrimonio y a una de sus hijas, vecinos, pared con pared, de mi vivienda en la calle del Rastro. No quiero relataros lo que pasó por mi mente, pensando qué habría sido de mi familia. (Por cierto que a nuestro Amigo de San Antón, Juan Cuevas, para su trabajo sobre el bombardeo de Jaén, le aporté algunos datos de los momentos por mí vividos). Otros momentos desagradables, las muertes repentinas de los doctores Santelices (mi jefe directo), ocurrida en el cuarto de los médicos de guardia, y la del doctor Arroyo, en el Decanato. También pasé por el trance de ver morir a mi padre en una de sus salas.

De personajes de Jaén que fallecieron en este centro, recuerdo las de «Juanillo el gitano», en la sala de San Juan de Dios, y la de «Pepe el largo», en la sala de San Lorenzo. Una de las que no logro olvidar, por lo demacrado de su cadáver, es la del novillero Juan Tirado. El cirujano, tras examinar su grave cornada, era partidario de amputar la pierna. La familia se opuso a ello. Murió de gangrena.

Estamos en la «Cena Jocosa» y la verdad es que no quiero amargarla con estos relatos. Pasaremos a otras vivencias más agradables.

Uno de los acontecimientos más esperados en el Hospital era la festividad de San Juan de Dios (por desgracia, otra de las celebraciones ya desaparecidas de nuestro Jaén). Con muchos días de antelación se empezaba a vivir. De entrada, se hacía una limpieza minuciosa de todo el edificio. Patios, fachadas, rejas, barandales...eran encalados, pintados y barnizados. La Capilla se engalanaba con tapices, maceteros con grandes ramos de flores, bancos tapizados de aterciopelado fieltro rojo y torneados sillones traídos de la Diputación. El altar de San Juan de Dios (la galardonada talla de Jacinto Higuera) era objeto de una esmerada iluminación y decoración. Llegado ese gran día, desde muy tempranas horas, una muchedumbre de personas venidas de distintas poblaciones de nuestra provincia hacían cola para esperar a que fuese abierta la puerta de la Capilla y hacer presentes sus ofrendas al Santo.



La campanilla situada a la entrada del Centro, junto a la portería, no cesaba en sus repiques, que nos anunciaban la llegada de autoridades: Diputación y Ayuntamiento, bajo emplumados maceros; señor Obispo y séquito, Gobernadores civil y militar, y representaciones de los principales organismos.

Antes de pasar a la festividad religiosa, las autoridades, acompañadas por el señor Decano y cuerpo médico, hacían un recorrido por varias salas de enfermos y dependencias: Farmacia, Radiología, lavadero mecánico... En su gran cocina apreciaban la confección de l menú extraordinario de ese día.

La gran solemnidad en la Capilla era acompañada por una escogida orquesta formada por los más destacados músicos y las voces de estimables cantantes jaeneros. Terminado el acto, en salas preparadas al efecto, era servido un aperitivo a las autoridades. Aperitivo que se hacía extensivo a todos los funcionarios y empleados de la casa. El broche final a la festividad lo ponían los estudiantes de la Escuela de Enfermería y la gente joven, con bailes y canciones en sus amplios pasillos y patios.

No quiero extenderme más, para dejar paso a intervenciones de otros amigos. Termino con una anécdota que sucedió una noche en que me encontraba como practicante de guardia. Nos traen, procedente de un pueblo, a una señora muy obesa en grave estado. Compruebo que viene con un «vientre en tabla». Llamo al médico de guardia y éste, a su vez, al cirujano de turno, el doctor don Ángel Salas (las guardias del cirujano no eran de presencia física en el Centro; tenían que estar localizados para que se les llamase en caso de urgencia). Avisado el doctor Salas, su respuesta fue: «Subidla al quirófano e id lavándoos, que en un momento estoy ahí». Le ayudamos en su intervención, una perforación intestinal. Cuando estaba terminando la operación, antes de cerrar, pidió unas grandes tijeras curvas para hacerle un poco de «cirugía estética» a la paciente, quitándole grasa del vientre. Llenó dos palanganas. Cuando daba los últimos puntos de sutura, nos dijo: «El marido de esta señora me hará un monumento en su pueblo. Me mandó una modelo de Rubens y le devuelvo una Venus de Milo».

Mi Prioste, un año más te he complacido. Amigos de San Antón, si el tema de mis vivencias en el Hospital de San Juan de Dios merece vuestra atención, dejemos para venideras Cenas, si Dios me lo permite, el continuarlo. Muchas gracias.

•••••

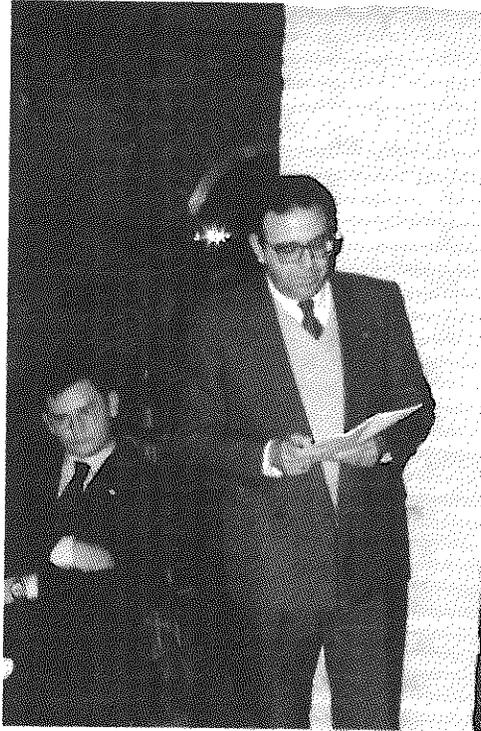
Cuando Antonio termina, Juan, que lleva algún tiempo sin hablar y, lo que debe de ser peor para él, sin escribir, me arrebató el cuaderno y me anota lo siguiente: «A la hora de los postres Furibundo acabó de levantarnos el estómago con el relato pormenorizado de una amputación...». Donde manda patrón, no manda marinero, así que yo transcribo fielmente sus palabras. Ojalá hubiera anotado más cosas y me hubiera ahorrado el esfuerzo al que he sometido mi memoria para redactar estas líneas.

Manjar de los dioses nos parece a todos el postre que delicadamente ha elaborado para esta cena Esperanza Casañas Llagostera, «De-

licias de membrillo», suaves y delicadas, ambrosía pura. Agradecidísimos quedamos todos a este regalo del paladar, para algunos casi pecaminoso; de lejos puedo comprobar que más de uno repite varias veces. La tentación es demasiado fuerte para Luis Coronas; aunque, puestos a pensar, bien pudiera ser que su amenidad, su jovial carácter, su sutileza procedan de ese gusto suyo por los dulces, cual dios clásico. Es una pena que no nos haya regalado esta noche con alguna intervención, porque seguro que su fino humor y sus vastos conocimientos históricos hubieran supuesto una buena mezcrolanza para nuestro deleite.

Pero intervenciones no faltan, la campanilla avisa para que prestemos toda nuestra atención a Manuel López Pérez. Miro el reloj y compruebo, entre sorprendida y asustada, que ya son las dos menos veinte.

Sobrio, bien trajeado, acompañado por el simbólico cerdito en el ojal, protegido previsoramente con un chaleco de lana, el convocado se levanta. Muy pausadamente, este amigo sanantoniano, introduce la mano en su bolsillo y muestra unos folios plegados de los que lee —este año lee— su intervención. No sé si el paso de los años le está restando memoria a Manuel López o es que no quiere que la emoción al recordar a Felipe le impida expresarse con claridad. Siempre habla con gran parsimonia, sentenciosamente; nos trae historias agudas, a veces punzantes, nunca en exceso; rebusca en la historia de las pequeñas cosas de Jaén, en esa historia que ha ido escondiéndose, agazapándose en archivos y escondrijos; revuelve en viejos papelotes para contarnos pasajes que de otro modo quedarían olvidados para siempre, despreciados por otros historiadores, que, atraídos por los grandes hechos, dejan a un lado los pasajes menudos e intrascendentes, ignorando que las grandes historias se nutren de las insignificantes como minúsculas teselas que van conformando el mosaico de la historia. Silencio, atendamos a nuestro estudioso amigo:



De cómo la Justicia prendió y ajustició a Juan de Dios Jurado Ortega «El Canena» y de los apuros que pasó el verdugo.

Como bien sabéis, a mí me atrae más de la cuenta, la historia menuda de Jaén. La anecdótica, la del puro y llano cotilleo. Y a reconstruirla me dedico dejando para ello esos retales de tiempo que de vez en cuando encontramos entre el corre corre de nuestra actividades cotidianas.

Muchos de esos episodios los hemos repasado aquí juntos en estas cenas, porque entiendo que vosotros sois gentes sensibles que sabéis de la indudable trascendencia de estas historietas en blanco y negro que sin duda tiene también su migajón.

Es por eso por lo que este año vuelvo a las andadas y os voy a narrar un suceso de mucho cuidado, que tiene ribetes de aquellos romances de ciego que se canturreaban por la caridad de unos céntimos en la penosa subida de la Cuesta de Belén en las mañanas bullangueras de las ferias de ganado. Es la historia de Juan de Dios Jurado (a) «El Canena», a quien cupo el inmerecido honor de ser el último interfecto al que dieron garrote en la vieja Cárcel de la Coronada. Así que mucha atención y oído al parche.

Corría el año de 1923 cuando un mocetón llamado Juan de Dios Jurado Ortega, que, al decir de algunas malas lenguas, era algo agitanado en su externa apariencia, se propuso, quizás sin quererlo, acrecentar su ya revoltosa hoja de méritos y servicios con una sublime tropelía.

Juan de Dios-Francisco Jurado Ortega había nacido en Canena (Jaén) el 24 de mayo de 1896. Era hijo de Juan y Mariana y se ganaba las habichuelas ejerciendo el noble oficio de matarife y chichotero.

A sus veintiséis años todavía no había sentado la cabeza. El era tranquilo, poquita cosa y no le gustaba ir por ahí armando bronca con los malasombras que pululan por las plazuelas. Era aficionadillo al juego por culpa de las malas compañías. Un día por unas deudas de ná, unos esabórios le salieron por peteneras. Juan de Dios, ¡bueno era él!, no se iba a estar mano sobre mano, achantao, como si llevara horchata en las venas. Así que para proveerse de numerario decidió entrar en cierta casa y afanar lo que pudiera.

No salieron las cosas como se pensaba, porque los inquilinos lo descubrieron. Así que entró al trapo y luego de cuatro voces, se llevó por

delante nada menos que a cuatro inoportunos que trataron de estorbarle ¡A cuatro personas! Que para eso era él muy hombre.

Cuando Juan de Dios se vio ante sus cuatro víctimas no se amilanó ni poco ni mucho. Echó mano de sus habilidades profesionales y con igual maestría que descuartizaba las reses colgadas en los garfios de la chichota, descuartizó a las víctimas y luego echó los trozos a la cochiguera de los cerdos, lo que sin duda ayudaría a que, en caso de compromisos con la justicia, no se pudieran conocer sus filiaciones.

Al principio la cosa fue bien. Pero, como según el infalible axioma de Guillermo Sautier Casaseca «el criminal nunca gana», pronto se descubrió el pastel y más de uno se llevó las manos a la cabeza calificando los hechos de inhumanos y horrorosos.

Y empezó la movida.

Juez, secretario, alguaciles, la Benemérita... todos se dedicaron con ahínco y celo profesional a indagar el asunto. Y mira tú por donde, uno de los médicos que intervino en el peritaje forense de los humanos fiambres, el Dr. Martínez Piña, se fue de la lengua y aseguró que, por la limpieza profesional que se observaba en los cortes de aquellos desfigurados restos humanos, el furibundo criminal debía ser médico o carnicero. Que bien a las claras lo delataba su dominio de la disección.

Y como por el hilo se saca el ovillo, tirando, tirando, pronto dio la Guardia Civil con Juan de Dios Jurado Ortega, que sin más pasó al cuartelillo para que le realizaran la correspondiente indagatoria. Así que como entonces era habitual, «hábilmente interrogado», confesó de plano su crimen. Y convicto y confeso se le puso en manos de la Audiencia Provincial, que en un santiamén le empapeló con algunas resmas de papel sellado y le metió en la prisión de La Coronada.

No estaba el horno para bollos por aquel entonces. Desde septiembre de 1923 el general D. Miguel Primo de Rivera se había propuesto meter a España en cintura y por villas, pueblos y ciudades saltaban chispas. En las capitales de provincia el alcalde, presidente de la Diputación y gobernador militar, aunque afectaban apariencia de probos paisanos, en realidad eran militares profesionales que disciplinadamente sintonizaban con el Directorio Militar acatado por D. Alfonso XIII. Mal momento pues para sentarse en el banquillo de los acusados.

Y malo lo fue para el pobre Juan de Dios Jurado Ortega, a quien ya se motejaba en razón a su naturaleza y vecindad con el alias de «El Caneña». Porque tras algunas idas y venidas de La Coronada a la Audiencia, acabó condenado a muerte.

Empezaban a correr los días de 1924. De Jaén a Madrid circularon apremiantes oficios y telegramas que transmitían tímidas voces de piedad y clemencia. Pero ya lo hemos señalado, no estaba el horno para bollos. Así que siguiendo lo que señala el Código «el Gobierno se dio por enterado». Y sin más se declaró firme la sentencia.

Vinieron pues los nervios y sofocos. Era el 11 de febrero de 1924 y en las sombrías galerías de aquella desaparecida Cárcel de la Coronada hacía un frío que pelaba.

Al pobre Juan de Dios le pusieron en capilla. El párroco de San Pedro, D. Francisco Morales Aballe, que ya estaba curado de espanto pues unos años antes vivió un trance similar cuando ajusticiaron al menor de los hermanos Nereos, fuese para la capilla y echando mano de su experiencia pastoral sermoneó como Dios le dio a entender y consiguió que el pavoroso «Canena» se pusiera a bien con el Señor, ya que no había podido hacerlo con los hombres.

Mientras tanto, una pareja de la Guardia Civil trajo desde Madrid al verdugo. Vino en un discreto departamento de tercera del asmático tren correo, contando sus penas a los civiles. Y traía en una maleta de sobada madera los infames hierros de su lamentable oficio.

El verdugo era un pobre hombre. Se llamaba Casimiro Municio Agueda y había ingresado en el escalafón de Ejecutores de la Justicia en 1915. Llevaba nueve años ¡nueve! sin estrenarse ni dar golpe, cuando le llevaron la papela anunciándole su presentación y debut en Jaén. Por eso el viaje lo hizo nervioso, azorado, febril.

En Jaén le prepararon habitación en la misma Cárcel para que die-
ra unas cabezadas mientras llegaba el momento. Pero apenas si pudo dormir atosigado con lo que se le venía encima. Además aquella prisión era pequeña; se oían todos los ruidos y la noche-madrugada fue un perenne jubileo de gentes, que unas por obligación y otras por morbosa curiosidad se acercaban al pre-velatorio del reo, que esperaba mohíno, pero entero, que llegara el momento fatal.

Las ocho daban en el cercano reloj de la torre de San Juan, cuando dos inexpresivos civiles y algunos funcionarios sacaron a un patizuelo lateral al «Canena». Le acompañaba, compresivo y solícito, el párroco Morales Aballe, el director de la Cárcel y un par de voluntariosos individuos de las Conferencias de San Vicente de Paul.

En un rincón, cabizbajos y apretados para darse ánimos, estaban los comparsas obligados: juez, médico, testigos... En otro, hierático y fúnebre, se alzaba el palo con el fatídico garrote. Y tras él, con más miedo que

vergüenza, vestido con un sobado traje negro, Casimiro Municio, verdugo de Madrid.

Juan de Dios Jurado Ortega (a) «El Canena» que a pesar de todo era un tío muy majo se despidió cortés de sus compungidos acompañantes y sin más se sentó decidido en el garrote. Casimiro Municio, el verdugo, empezó a amarrarlo con nerviosa torpeza. Los ojos del reo, fríos y desafiantes, se clavaban en él sin reparo y el pobre hombre empezó a temblar. Entonces, en el silencio de aquel patizuelo, un silencio que se podía cortar con un cuchillo, resonó entera y firme la voz del reo que inmisericorde le decía al verdugo:

Tengo yo más valor para morir que tú para matarme ¡Desgraciao! Si pudiera cogerte te estrangulaba con la misma tranquilidad que si degollara a un cordero... ¡Cobarde! Anda, mátame pronto, que para eso te pagan...

El verdugo, profundamente herido en su dignidad profesional hizo su trabajo con torpeza, tanto que «El Canena» pese al impedimento del férreo corbatín, le tiró una dentellada a la mano, que si lo coge más desprevenido, lo manca.

Aquellas palabras de desprecio hirieron al pobre verdugo en lo más íntimo y le traumatizaron para siempre. Por eso, acabada la faena y recogidos sus artilugios, no quiso esperar más y con su inseparable escolta de civiles, en un coche cerrado salió a escape en busca del tren que lo devolviera a Madrid. Una turba de chiquillos vociferantes siguió el vehículo por la Calle Martínez Molina regalándole floridos insultos e improperios. Y al pasar ante el Café de San Francisco, frente a la verja de la Diputación, unos mocicos le apedrearon mientras le llamaban de todo, menos bonito ¡Los habrá zafios y desagradecidos!...

En el balcón de la Cárcel pusieron una bandera negra. Al pobre «Canena» le metieron con caritativo respeto en una caja de pino sin pintar. El párroco, con los ojos llorosos le rezó el último responso, le bendijo y fuese raudo a su cercana sacristía para asentar la partida antes de que se le olvidasen los datos:

En la ciudad de Jaén, a 12 de febrero de 1924, como cura párroco de ésta de San Pedro, mandé dar sepultura eclesiástica con entierro de limosna al cadáver de Juan de Dios Jurado, soltero, de veintisiete años de edad, natural de Canena, que falleció a las ocho del día de la fecha en la Cárcel Correccional, habiendo recibido los sacramentos de la penitencia y la comunión. Y para que conste lo firmo. Ldo. Francisco Morales...

El juez, D. Juan Carrasco Cobo, y el secretario, D. Servando Cuadra Escobar, también se fueron discretamente con el pretexto de que no se podía dejar solo el Juzgado, que ya iban a dar las nueve...

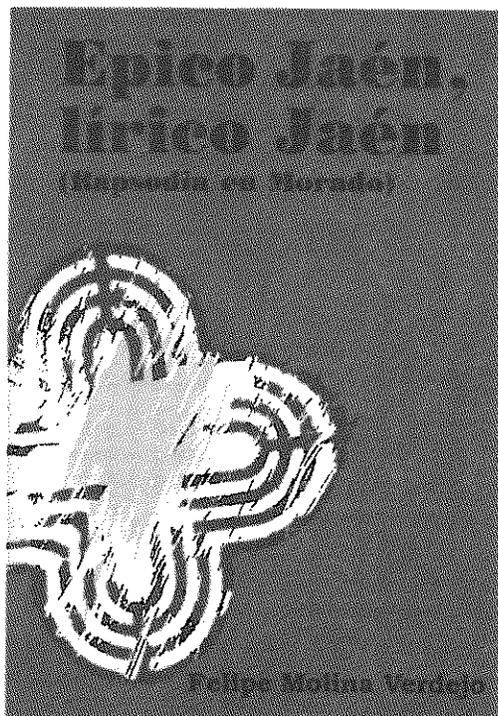
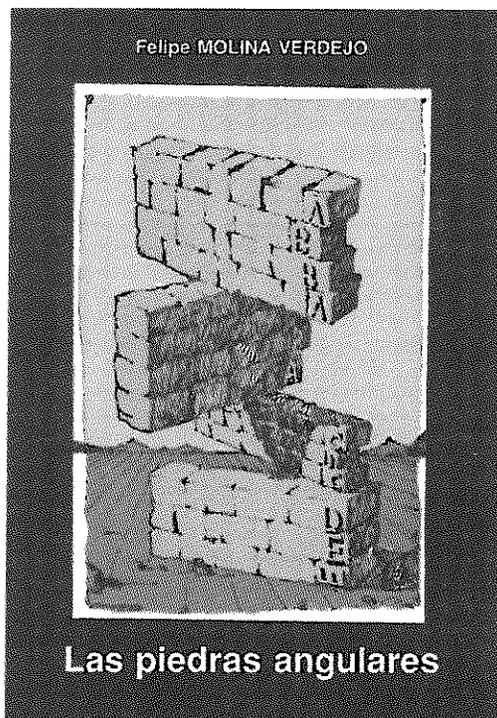
Las nueve daban, en efecto, cuando cuatro hospicianos de estrofa-laría catadura sacaban de la Cárcel la caja mortuoria con los restos del pobre «Canena». Tras ellos un grupo de señores caritativos que no quisie-ron dejar solo al pobre desgraciado. Los curiosos que se arremolinaban junto al cantón de la Ropa Vieja, se santiguaban respetuosos. Algunas viejucas dejaron escapar un doliente suspiro y una amorosa súplica: ¡La Virgen del Carmen le tenga en su gloria!...

Como el cortejo iba a buen paso, pronto llegaron al viejo Cemente-rio. Y allí, al fondo, en la tierra generosa de la «zona de Beneficencia», dejaron sus mortales despojos.

D. José Cruz, el capellán-administrador, le rezó un fervoroso Padre-nuestro. Y luego, muy diligente, hizo esta anotación en su libro de registro:

En la ciudad de Jaén a 12 de febrero de 1924, fue sepultado con entierro de caridad, adulto, en zanja o fosa de tierra, en el patio 4º, distante de la Sección 4ª quince pasos y 8 de la fosa del Nereo, el cadáver de Juan de Dios Jurado Ortega, natural de Canena, provincia de Jaén, de 27 años de edad, hijo de Juan y Mariana, soltero. Murió a consecuencia de ser ejecu-tado en el Correccional de esta capital...

Y para mayor seguridad de futuros historiadores, anotó al margen:



Frente al núm. 56 de la Sección 4ª, Patio 4º, 15 pasos y 8 del Nereo...

Y cumplida tan obligada obra de misericordia y musitando un inevitable ¡Dios le haya perdonado!, cada uno fuese por donde vino.

Era una mañana de febrero de 1924 y hacía un frío que pelaba. La opinión pública, aunque lo disimulara, se felicitaba porque el general Primo de Rivera estaba consiguiendo meter España en cintura. Pero eso al pobre de Juan de Dios Jurado Ortega, (a) «El Canena» poco le podía interesar. Que a él buena se la había jugado.



Algunas vueltas he dado –un año más– para que la chanza y la guasa apagaran el posible resquemor de la que en verdad ha de ser mi intervención obligada: hacer el elogio del amigo ido, del compañero que ya no volverá a partir el pan con nosotros: Felipe Molina Verdejo.

De su rotunda personalidad, de su talla excepcional de poeta podríamos decir muchas cosas; podríamos citar muchas realidades. Pero yo prefiero quedarme ahora con su talla humana, con su recuerdo de hombre justo y bueno, con su fraternal compañía en esta renombrada Cena desde aquella endemoniada noche de San Andrés de 1984 en que hizo su profesión en la Orden tercera de San Antón, bajo la bóveda de la Torre del Homenaje del Castillo de Santa Catalina.

Fue una noche especial. Por las cumbres del cerro el viento, el famoso viento de Jaén, bramaba con la furia de sus mejores tiempos. Una cortina de agua velaba las luminarias de la Plaza de Armas. Y allá en la sala medieval, Felipe con trémolos de gratitud en la voz y brillo de afectos en la mirada, nos manifestaba sus íntimos sentires al ingresar en esta pintoresca e inigualable congregación:

Cuando en el futuro se lean las crónicas de estas cenas –decía– tan bellamente escritas y descritas, se hará notar, junto a lo rico y bien trabado de vuestro equipaje, la pobreza de mi hatillo...

Y ese hatillo, donde en indisoluble comunión se fundían las exquisiteces del humanista con los pétalos fragantes del poeta, es el que yo quiero que registremos ahora desde el vacío punzante de la ausencia. Y me vais a permitir que lo haga desde el orgullo personal de quien tuvo en Felipe un maestro y un amigo. O un amigo y un maestro, que todo es uno mismo.

A Felipe Molina Verdejo me lo encontré hace ya muchos, muchos años, cuando yo andaba domando quimeras de adolescencia en las aulas

frías y destartaladas de aquel desaparecido Colegio de San Agustín en que muchos giennenses labramos los cimientos de nuestros modestos saberes.

Por ese tiempo Felipe, a medias con un probo y discutido funcionario de Telégrafos, regentaba una modesta academia a la que acudían los zagales buscando eso que ahora denominan pedantescamente «refuerzo educativo».

Parco y mísero templo del saber era aquella academia en la que los



estudiantes nos sentábamos sobre la tapa de sobadas arcas de ajuar y nos apoyábamos en toscas mesas tocineras. Pero era un reducto que paliaba sus carencias y comodidades mobiliarias con algunos complementos de lujo: tras los amplios ventanales veíamos el oriental contoneo de la esbelta palmera que señalizaba el chalet de D. Inocente Fe...; nos llegaba pausado y solemne el rito horario de la Torre del Concejo...; nos alegraba la tarde el clamoreo jubiloso y próximo de las campanas de San Andrés...Y sobre todo, sabíamos a nuestro exclusivo servicio la voz afable, el gesto medido y preciso de un singular maestro: Felipe Molina Verdejo.

las arideces del análisis gramatical y nos introducía, con mimo de poeta, por los múltiples vericuetos de la Literatura Española.

D. Felipe nos explicaba con infinita paciencia los secretos de la lengua latina; nos desentrañaba

Y ese triple oficio sabía hacerlo con dotes de excepcional maestro, con una peculiar metodología, con unos certeros planteamientos didácticos. Era sin duda el maestro convencido de lo que enseña, que vibra y sufre cuando intenta transmitir sus saberes a una cuadrilla de zagales atolondrados y revoltosos, más pendientes siempre de las señales horarias que de las citas clásicas de Cicerón o el análisis poético de Lope de Vega.

En aquellas clases, Felipe explicaba, corregía, orientaba, sugería...Y a veces, sin poder reprimirlo íbase a la ventana y se quedaba absorto secándose una furtiva lágrima nacida del recuerdo de un querubín, una chicuela que se le había muerto prematuramente por esos días...

Felipe escribía entonces mucho. Eran sus tiempos de Advinge, del Seminario de Literatura del Instituto de Estudios Giennenses, de las tertulias en la Real Sociedad Económica...Y eso, que duda cabe, acrecentaba nuestra juvenil admiración por su magisterio.

Luego su figura se esfumó. Su firma se eclipsó. La vida es cruel y Felipe tuvo que dejar en barbecho su fecunda sembradura lírica para abajarse a la prosa insulsa del día a día. Digna y honradamente quiso labrar el porvenir de su prole y tras la briega diaria en la oficina donde ganaba el pan, empleó lo mejor de su tiempo en hacer lo que mejor sabía: dar clases. Clases..., clases... y más clases con las que arrimar unas pesetas al sueldo.

Así bastantes años. Hasta que limpio su horizonte de preocupantes nubarrones volví a encontrarme con él un día cualquiera del año académico de 1979/1980, cuando tras vencer muchas resistencias conseguimos que se reconociese su labor designándole, muy justamente y tras la correspondiente votación, Consejero de Número del Instituto de Estudios Giennenses. Distinción que Felipe aceptó con discreta elegancia. Aquel fue sin duda el rescate de Felipe Molina Verdejo para la cultura local. A poco, en la Cuaresma de 1980 tuve el honor de hacer su presentación en el Pregón de Semana Santa...Y desde entonces Felipe ya no paró. Volvió a escribir con fecunda profusión...; publicó hermosos poemarios...; declamó bellísimos pregones... Donde le llamaron fue. Siempre sin pedir nada a cambio. Siempre regalando su natural elegancia de patricio romano. Siempre con un borbotón de afectos disimulados y contenidos tras su imponente bigotazo.

El tiempo ha corrido veloz. Quienes un día fuimos sus alumnos ya empezábamos a peinar canas y con secreto orgullo nos considerábamos sus amigos. Con nuevos bríos Felipe reactivó sus inquietudes. A su lado anduve metido en múltiples quimeras y puedo certificar que aquí y allá, Felipe se entregó sin reservas. Y eso que alguna que otra espina le clavaron. Entre ellas su alejamiento del Instituto de Estudios Giennenses al que tanto quiso, del que se le apartó en aquella traumática reconversión de hace unos años. Injusta e inicua torpeza que le hizo una herida que nunca cicatrizó. Pero es que la «docta corporación» fue siempre muy cicatera y casquívana para estas cosas. Algo se yo del tema, que por suerte o por desgracia ocupé la secretaría general de tan santa casa...

Este era el hombre. Y mucho hubiera dado de sí, si la mano infausta de la Innombrable no le hubiera salido al camino.

A nosotros sus amigos, sus compañeros, sus viejos alumnos, nos ha quedado el consuelo de su retrato de hombre justo, honrado, cabal. Un recuerdo que yo estoy seguro que ahora revolotea entre las mesas declamando en tono mayor los elogios funerales que acuñó Jorge Manrique:

*¡Qué amigo de sus amigos!
¡Qué enemigo de enemigos!
¡Qué gracia para donosos!
¡Qué seso para discretos!
Adriano en la elocuencia...
Teodosio en humanidad/ e buen talante...*

Un recuerdo que ahora está aleteando, como el poema de Hernández, por los altos andamios de las flores, de donde quisiéramos desamordazarle y regresarle.

Un recuerdo, que como en el verso machadiano, se hace en nosotros fraterno réquiem:

*...Su corazón repose
Bajo una encina casta,
En tierra de tomillos donde juegan
Mariposas doradas...*

Este año cuando el Prioste agite en el ocaso de la cena su prioral campanilla, ya no escucharemos la voz sentenciosa de Felipe quebrando silencios con aquel delicado poema donde evocaba a los compañeros idos:

*...Temprano levaron anclas,
temprano, cuatro navíos,
de todas la escuadra al paio,
los más garridos...*

Qué le vamos a hacer. Así es la vida. Lo que importa, lo que nos importa, es que allá en la otra orilla Rafael, Alfonso, D. Manuel, Juan Miguel...están compartiendo también mesa y mantel con Felipe y aunque lejos de estas venerables estancias, siguen muy cerca de nosotros en comunión de afectos y recuerdos.

Sigamos pues la cena. Como ellos querían. Sin duelos ni quebrantos. Pero, eso sí, con el legítimo orgullo de haber sido amigos de un hombre bueno, sencillo y cabal que en vida se llamó Felipe Molina Verdejo y que entre otras cosas fue, para nuestras gloria, amigo, Amigo de San Antón.

Si os habéis dado cuenta, como buen comunicador, ha dejado para el final el clímax, sus palabras dedicadas a Felipe. Al recordarnos el ingreso del poeta en la Confraternidad, me ha parecido advertir un tono

de emoción contenida, casi inapreciable, pero yo estoy muy cerca y doy fe de ello.

•••••

He repasado la Crónica de 1988 redactada primorosamente por Felipe Molina. Recomendaba que «cuando (...) el definitivo viaje nos priva de una presencia, se hace imprescindible llenar el hueco con la sentida evocación del ausente (...) en perdurable memoria». Ten por seguro, Felipe, que tu memoria será perdurable.

Para la sobremesa no cambiamos de lugar, los camareros traen a nuestras mesas tentadores platos de yemas de las Descalzas, sultanas de coco y roscos de anís. Con gran esfuerzo aún encontramos un rincón en los estómagos para acoger alguno de estos delicados dulces que remo-
jamos con anís «Castillo de Jaén» o crema de café.

Menos mal que ya no funcionan hospitales de este tipo. Si siguieran existiendo antiguos remedios, seguro que, después de una cena como esta, nos darían agua de carabaña, purgantes y vomitivos, nos aplicarían sanguijuelas o, incluso, utilizarían el bdelómetro, bomba guarnecida de puntas, sanguijuela mecánica de gran utilidad a decir de algunos médicos del pasado siglo. Ahora, afortunadamente, basta con que atendamos



los consejos del Criado Portugués y hagamos prudentes ayunos durante algunos días.

Los minutos avanzan peligrosamente. Pedro Casañas, sin quererlo, comprende que la Cena debe terminarse. Llama a Vicente Oya. A las dos y veinticinco, el amigo de Gacelo recuerda al poeta desaparecido. Rechaza la facilidad de su prosa para adentrarse por los derroteros del verso. No podía hacerlo de mejor forma en evocación del amigo. Todos atendemos en silencio, pero, cuando pide a Felipe y a Alfonso que no lo suspendan en poesía, se oye un murmullo de sonrisas contenidas, y observo que, leyendo los folios por encima de su hombro, Alfonso y Felipe entrecruzan muecas de complicidad y comprueban si, en efecto, Vicente es digno del aprobado.

De cómo el Cronista mayor se adentra en el verso para recordar a un poeta.

UNA TARDE DE OTOÑO CON FELIPE MOLINA VERDEJO

NUESTRO amigo, poeta, hermano Felipe Molina Verdejo, me leyó unos hermosos poemas suyos dedicados al tren y publicados en «Senda de los Huertos», núm. 7, septiembre de 1987, ha hecho ahora diez años.

ERAN poemas al viejo ferrocarril que nos llegó a Jaén, por vez primera, en 1981. Al tren renqueante que, con sus resoplidos, sus humos y sus pavesas, llenaba de ruidos los campos y añadía una nota más, a veces entrañable, al paisaje de nuestra campiña o a la tierra cubierta de olivares.

ME leía el poeta sus bien amados poemas, en la Plaza de Santa María, al atardecer, bajo las farolas que ponían luz tenue sobre el suelo, entre el murmullo de las grajas que a esas horas regresaban de los pagos cercanos, de las vegas del Guadalbullón, para acogerse a la hospitalidad de las torres catedralicias.

ENTRE verso y verso, bajo las nubes temblorosas de aquel otoño jaenero, me parecía oír, lejano, el monocorde ruido de los trenes de ayer y de hoy. Siempre ha sido lejano el tren para nuestro Jaén. Cuando nos llegó por vez primera se hizo ramal, derivación, para que los grandes trenes pasaran por Espeluy, raudos, veloces, como si no conviniera en Jaén hacer ni parada, ni fonda. El poeta Felipe Molina era tan bueno que se agarraba a los raíles de sus recuerdos y hacía tren de su vida por los caminos anchos, generosos, que abrían aquellos versos suyos. Pero el tren, lejano,

indiferente, pasó siempre de largo por Jaén. O no pasó. ¡Cuántos trenes perdidos a través de los tiempos! El poeta, tan sensible, mecía sus recuerdos en el convoy de la vida. Y sus versos, más que nostalgia, transpiraban emociones entrañables que quedaron para siempre grabados, en el alma.

ME impresionaron aquellos poemas que Felipe Molina había dedicado al tren. Ahora, cuando ya el poeta está en la estación terminal, a la otra orilla, en el eterno parnaso, guardo fiel memoria de aquella tarde. Le confesé entonces mis aficiones poéticas que, a veces, se escapan por mi prosa literaria. Me animó a escribir poemas. Hice varios y tenía el deseo de leérselos dando una vuelta por el viejo Jaén. Las ocupaciones habituales y su mal estado de salud, que ya le impedía andar, hicieron imposible aquel paseo. De un ramillete de mis poemas he seleccionado dos para leerlos aquí esta noche. El primero se titula «Escribir un poema» y lo hice pensando en lo que él me decía sobre el tema. El segundo es una escena de un patio de una casa antigua del viejo Jaén, titulado «Un canto de pájaros» inspirado en un texto suyo, de Felipe Molina, cuando escribió un delicioso artículo sobre doña Eduarda. Parece que la veo, en un butacón, en el patio, pasando las cuentas de un rosario de piropos por las calles de Jaén.

Te los leo, Felipe, con el deseo de que te gusten. Díselo a tu amigo, nuestro amigo, tu vecino ahora, Alfonso Sancho. Y, por favor, no me suspendáis en poesía. Yo sólo quería, esta noche, recordarte de esta forma.

ESCRIBIR UN POEMA

Y será al fin la palabra
la que guiará los pasos del mundo
Federico Mayor Zaragoza

ESCRIBIR UN POEMA

*es llorar sobre un papel immaculado
contra toda la inmundicia que progresa,
es arrancarse la amargura de la vida
para adentrarse en la bruma de los sueños,
es abrirse las heridas en el alma
hacia un mundo irremediable que se muere.*

ESCRIBIR UN POEMA

*es lanzarse a un terrible vacío indiferente
y zambullirse en el duro glaciar de la conciencia
donde mudas nos yacen las palabras,*

*es amar con tiza blanca, intensamente,
sobre la negra pizarra de la vida
y contra tanta confusión que nos inunda,
es arrancarse, desde dentro y desde fuera,
a navegar sobre todos esos vientos
que han soplado eternamente los amores.*

ESCRIBIR UN POEMA

*es gastarnos el alma inacabable
cada día, más allá de todo tiempo,
contra las hojas caducas que nos mueren,
es limarnos en el corazón cansado
y darle cuerda porque no quede sin horas
como reloj sumido en el silencio,
es un sueño de ojos claros en volandas
que ve todo al pasar de las almas imparable.*

ESCRIBIR UN POEMA

*es volar de la esperanza mariposa
contra la suciedad y la indiferencia,
contra las hojas secas y sin vida;
es zarandear los árboles cargados
para que den sus frutos y cosechas
y se dibuje la vida en los anhelos;
es sentir que la vida es una misma,
siempre igual, invariablemente.*

ESCRIBIR UN POEMA

*es un llanto perenne sobre el caos,
la herida siempre abierta y el amor
tatuado en nuestro corazón latente;
el alma que se gasta para todos
y los sueños como pájaros que cruzan
sobre cielos de esperanzas invencibles
y sobre nubes de riegos con urgencia;
es el viento que sopla como besos
en la rota mejilla de este mundo
dormido y añorando el despertar.*

PORQUE ESCRIBIR UN POEMA

*es agitar la más bella campana
que nos despierte y convoque a la asamblea
junto al fuego del amor y de la paz.*

UN CANTO DE PÁJAROS

Abrió el balcón y en espiral
recitaban poemas los vencejos

M^a Dolores Ruiz Almazán

*Es un canto de pájaros
animado de flores
y de plantas el jardín
soñador de primaveras.*

*Ponen ritmo monótono
escapado del tiempo
los repiques del agua
sobre el timbal de la fuente.*

*Una canción de amor
echan al viento los bronces
de una curiosa campana
asomada hacia el patio
desde la espadaña de la torre.*

*Silencios inefables que acompañan
la imperturbable soledad
mientras los hilos del sol
tejen la urdimbre celeste
de un invisible manto
para la fiesta íntima.*

*Mecen los pájaros su canción
en el espacio recortado
por la gracia ondulada
de una airosa palmera.*

*Persistente, reza la fuente
letanías monocordes
que se inscriben en el agua
y se pierden sus ecos
al imparable paso de las horas
que agrandan el ayer.*

*Hay un mudo diálogo cruzado
que rebota en la torre
y devuelve cimbreado
en el viento la palmera.*

*Gorriones testigos en volandas,
acopiando los saberes profundos
de viejos esquilonos,
van y vienen remando
por ese mar de cielos
batidos por las ramas de palmera.*

*Y en el patio de la vieja mansión,
se reclinan cansados en la rosa
mortalmente marchita
los desgastados ojos de una anciana;*

*evocación de silencios musicales
de las mismas canciones de los pájaros,
de la misma campana y la palmera,
de la fuente de ayer invariable.*

*Todo es pasar
como canción de eternidades
haciendo cauce y ruta de la ida
mientras se llenan los rincones de los patios
y los pechos olvidados
de escombros de los tiempos como historias
cubiertas de silencio.*

*Los pájaros, la fuente, la campana,
cubrirán con la palmera vientos
de suaves melodías olvidadas
para enterrarse en el patio para siempre.
Y los ojos marchitos de la anciana
apagarán la luz en el patios de la casa
al paso de su alma.*

La tensión que la desconocida poesía de Vicente dejó en el ambiente fue interrumpida por un estrépito en una de las mesas. Cuando más emoción vibraba en el aire, una cámara fotográfica da con sus tornillos por tierra y organiza un pequeño revuelo. ¿Saldrán las fotos este año? –Después hemos visto que sí–. Creo que voy a preguntar la marca, porque debe de ser muy buena si, después del batacazo que se pegó, sigue funcionando.

•••

Al comprobar que se van acercando imprudentemente las tres de la madrugada y que ni los cónyuges más tolerantes van a consentir que lleguemos a esas horas sin que se produzca algún sobresalto familiar, el Prioste da por terminada la Cena con estas palabras:

Amigos: Como todo en esta vida es finito, no lo iba a ser menos la Cena de 1997.

Cierto es que cuando más a gusto se está es cuando hay que irse. Y yo creo que es bueno, porque así se añora más la que acaba de acaecer y se desea más lo porvenir. Y en nuestro caso, en lo que se refiere a estas Cenas, lo porvenir está muy cercano. Porque, como ya creo que dije en alguna ocasión, tan pronto se pase la Navidad, el verano y la Feria de San Lucas, estamos de nuevo leyendo la carta del Criado Portugués anunciando la Cena de 1998.

Pero cuidado, que ya el reloj de la vecina Torre del Concejo, ha dejado oír las campanas de las dos de la madrugada.

Las calles de este viejo barrio jaenés han quedado desiertas y, acogiéndonos a su quietud, nos iremos retirando, pensando y rumiando, con perdón, las vivencias que han deparado estas horas que, como aquel que dice, han transcurrido sin sentir.

Bueno es pues, que en amor y compañía y muy discretamente nos recojamos, dirigiéndonos prestamente a nuestros hogares, y así no incurriremos en aquello que dice el refrán: «No volver de noche esquinas ni meterse en lo que hacen las vecinas», dos cosas que pudieran resultar un tanto peligrosas.

Ponemos así fin a la Cena de 1997, con el más sentido deseo de que la paz, la concordia y la fraternal amistad que la ha presidido, vuelvan a reunirnos y presidir la Cena de 1998.



Esquinas tuvimos que volver y revolver más de uno para llegar a los vehículos que habían de llevarnos a nuestras casas y que estaban aparcados en el patio trasero del Hospital. Antes de irnos, como es habitual, todos nos ponemos en pie para con gran ceremonia escuchar el himno a Jaén, pero los revoltosillos fantasmas a estas horas aún tienen ganas de jarana. Juguetones ellos, han trasteado en el magnetofón y, en lugar de las esperadas notas del himno, el aparato emite otra melodía totalmente desconocida, que, por mucho que he aguzado el oído, no consigo identificar. Y es que, en eso del mal oído, he tenido a quien salir. Pedro, diligente, soluciona el problema y los sanantonianos podemos, un

año más, representar un lucido play back, que ya lo quisieran en algunos programas de televisión. Esperemos que nuestro músico, Pedro Jiménez, pueda hacer algo para que llegue la Cena en que consigamos entonar medianamente nuestro himno. «Eso no pasaría si nos supiéramos la letra», digo muy bajito, casi para mis adentros, pero Juan Eslava que está a mi lado, me oye y apostilla: «no pasaría si tuviera otra letra».

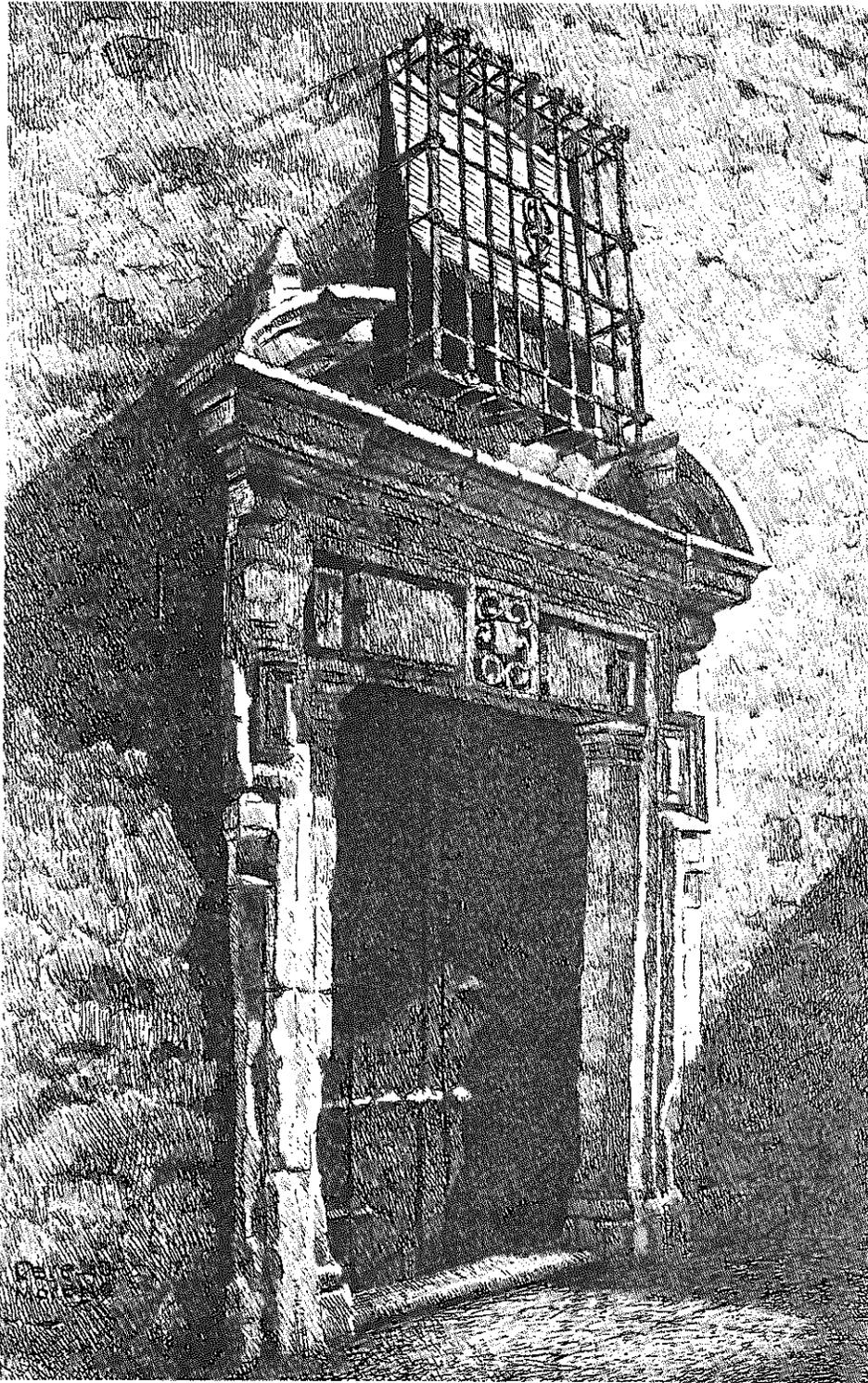
Con abrazos y buenos deseos para la Navidad, que ya está a la vuelta de la esquina, los Amigos de San Antón van saliendo sin prisas. «Agora nos partimos, Dios sabe el ajuntar» dicen Alfonso y Manuel y Rafael y Juan Miguel y Felipe. Ellos siempre estarán con nosotros. Nos veremos en la cena de Santa Catalina de 1998.

Pedro Jiménez, Luis Coronas y esta cronista iniciamos el camino de vuelta a casa. En estas horas plácidas de la madrugada, en el profundo silencio de la ciudad, mi ánimo se calma. Puedo comprender, al fin, que estas plazas solitarias, estas calles tortuosas, estos edificios cargados de historia constituyen el enlace de Jaén con el pasado, con los siglos, con el fluir del tiempo en ese continuo deslizamiento de las cosas. El escenario de la Cena Jocosa de 1997 ha sido motivo, un año más, para que los Amigos de San Antón se conviertan en testigos de esa relación con el pasado.



Yo, notaria de los Amigos de San Antón, certifico y doy fe de que todo lo que en esta crónica se cuenta responde con fidelidad a lo que mis ojos vieron y mis oídos oyeron, sean de los sentidos o de la imaginación, y que no he puesto ni añadido nada que en la noche del veintidós de noviembre de mil novecientos noventa y siete no sucediera. Aquí esta crónica tiene su fin y su acabamiento.

Si ha salido con barbas, San Antón y si no...que Santa Catalina me perdone.



Casa de Eufrasio López de Rojas. Dibujo de Francisco Cerezo Moreno.

Addenda

De lo que por falta de tiempo, debido a lo avanzado de la hora, no pudo leer Antonio Martos García.

EN LA PASADA CENA Y JUNTO CON OTROS BUENOS AMIGOS, GOCÉ DEL PRIVILEGIO DE COMPARTIR MESA CON FELIPE MOLINA VERDEJO.

SE NOS HA IDO DOS MESES ANTES DE LA CELEBRACIÓN DE ÉSTA, DEJÁNDONOS HUÉRFANOS DEL RECITAR DE SU HERMOSA POESÍA.

GLORIA Y RECUERDO PARA EL QUE FUE UN GRAN AMIGO Y MEJOR POETA.

Amigos:

Hasta setenta veces siete, pidió perdón el bueno de Miguel Calvo a propósito de un «ovillejo» que, sobre los apellidos de los allí asistentes, había compuesto.

Inolvidable cena la de aquella noche, celebrada en el acristalado patio del palacio de los Vilches, donde los Amigos de San Antón se ensanchaban con la incorporación de don León Herrera; don Pablo del Castillo demoraba una y otra vez su retirada y el recordado don Alfonso Sanchó nos hacía entrega de un opúsculo al libro publicado con motivo del homenaje que se le había tributado por su reciente jubilación.

Al hilo de este recuerdo, a uno, que no le llega la camisa al

cuerpo por la preocupación que le embarga, está dispuesto a duplicar y aun a centuplicar la dicha petición de perdón, si a quien esto leyere o escuchare, no le parece lu-

gar adecuado para que lo que viene a continuación aparezca en crónica tan afamada y en donde, de forma tan discreta como educada, han quedado plasmados interesantes retazos de nuestra historia.

Pero no es menos cierto que todo lo que se relata, ocurrió. Forma parte de nuestro vivir y, nos guste o no, estimo ha de que-

dar escrito (con mejor o peor fortuna, que eso ya es otra cosa) para conocimiento de unos y recuerdo de otros.

En muchos de estos últimos,



estoy seguro, es fácil el embozo de picarona sonrisa evocadora de vivencias juveniles a las que sin duda se transpondrá, cobrando plena vigencia el dicho de que «cualquier tiempo pasado, fue mejor».

Si por «exigencias del guión», alguien encuentra de mal gusto algún que otro calificativo, he de hacer constar en mi descargo, que los mismos figuran en el Diccionario de la Real Academia de la Lengua, por lo que deberán de asumir la culpas que de ello se deriven, los ilustres encargados de limpiar, fijar y dar esplendor.

Si, por el contrario, algún mal sonante adjetivo, no ha sido clasificado por tan docta asamblea, no es menos cierto que forma parte del acervo cultural del pueblo. Y a tal respecto, ya se sabe: «Vox populi, vox Dei».

Hechas estas salvedades y con las carnes flojas por la preocupación, encaro esta intervención sobre las llamadas «enfermedades secretas de la mujer» que ya os anticipé el pasado año.

Para que se produzca el efecto, necesariamente ha de existir la causa, por lo que empezaremos por lo último para desembocar en lo primero.

Las permisivas leyes dictadas por la II República en materia de casamientos y separaciones, agravadas después como consecuencia del estallido de la guerra, donde bastaba la presencia de cualificado miembro de sindicato o cualquier grado militar para officiar la ceremonia de casamiento, cuando no la incorporación al campo de batalla de mujeres llamadas «milicianas» que, vestidas con mono y provistas de armamento y cartucheras, confraternizaban con la tropa hasta las últimas consecuencias, así como inflamadas proclamas de tipo libertario sobre el amor libre, en un país en el que el matrimonio era considerado no solo indisoluble, sino que se le aplicaba el calificativo de sagrado, produjo una notable conmoción en el comportamiento de muchas mujeres que, desaparecidas las trabas impuestas por lo que pudiéramos llamar «decencia», experimentaron un notable relajo en las hasta entonces morigeradas costumbres, que terminó llevándolas, en muchos casos, al ejercicio de la prostitución.

Terminada la incivil contienda, un espeso manto de miseria se abatió sobre las clases más desprotegidas del país.

Hombres presos, huidos o expatriados, cuando no muertos, dejaron en el mayor de los desamparos a sus familias en una época en que la escasez de los alimentos era pavorosa, agravada por el enorme nivel alcanzado en los precios en beneficio de unos agiotistas (también llamados estraperlistas) que amasaron fortunas a costa del hambre de los más necesitados.

Y como llenar el bandullo era asaz preciso, fueron muchas las que, no encontrando otra salida, se dedicaron a ejercer el llamado «oficio más antiguo del mundo».

Aquellas licencias y estas carencias, hicieron de nuestra Patria un inmenso lupanar, viéndose barrios enteros –en las grandes ciudades– convertidos en casas de prostitución.

Ni qué decir tiene que también las había que lo hacían por una vida más lujosa, otras que ya de por sí tiraban al monte y las que, perdidos los sentidos por promesas que luego ¡ay! resultaban incumplidas, se vieron arrojadas al arroyo por un padre de espíritu calderoniano que limpiaba el supuesto baldón prescindiendo de la hija. Y es que aún no se había acuñado el término de «madre soltera» tan de uso hoy en día.

Esta situación trajo consigo el enorme florecimiento de enfermedades venéreas que alcanzarían cotas nunca vistas hasta entonces.

En lo que a nuestra ciudad se refiere, se podrían dividir en varias las clases de mujeres que ejercían el trato carnal con varones.

Estaban las vergonzantes o de «tapaillo», que en muchos casos eran casadas o solteras de familias «decentes» (como entonces se decía) que disponían de alcahueta que, al tiempo de buscarle varón, propiciaba el encuentro en casas de complacientes inquilinos (que cobraban) o en pensiones cuyos propietarios se hacían los distraídos.

Naturalmente eran las mejor pagadas, pues no deja de tener su morbo el «adornar» a un marido (unas veces ignorante, consentidor otras) o yacer con hembra soltera, aspirante a matrimonio y en muchos casos con novio.

Existían también las «entretenidas» o «queridas» (conocidas ahora como compañeras sentimentales) que pertenecían a personajes de buena posición económica y que en muchos casos habitaban en viviendas facilitadas y pagadas por ellos, donde eran visitadas sin mucho disimulo, en ocasiones después de acompañar a las devotas esposas a la novena de turno o al rezo del Santo Rosario.

Tampoco faltaban las que, por una u otra causa, vivían como barraganas, lo que en aquellos tiempos de moral tan estrecha y muy a pesar de ellas, las clasificaba como prostitutas. Su matrimonio (por llamarlo de alguna manera) no había sido santificado.

A pesar del interés de las autoridades por apriscar a las hoy llamadas «trabajadoras del amor», no faltan las que ejercían su «oficio» por los aledaños de la población, en los restos de huertas y descampados que

había por Millán de Priego, por donde empezaba una incipiente urbanización que dejara trazada el arquitecto Berges.

Con el tiempo, y conforme la zona se fue poblando, se fueron retirando hacia la carretera de Córdoba, por donde en la actualidad se ubica el cuartel de la Guardia Civil, terreno de feraces huertas provistas en muchos casos de profundas albercas.

Eran, por lo general, mujeres de desolador aspecto, conocidas como «pajilleras» o «peseteras», lo que desde el principio las marcaba como el presto desahogo a urgencias sexuales por módico estipendio.

Estas desgraciadas, cuando eran cogidas en cualquier organizada redada, eran conducidas al pabellón existente a la entrada de la alameda (del que ya en ocasión anterior dejé constancia) siendo desposeídas de sus aborascadas cabelleras por mor de ultrajante y trasquiladora maquinilla manejada por torvo y desmañado alfajeme. De ahí que también fueran conocidas como «pelonas».

Este contratiempo, lo procuraban disimular cubriendo la monda cabeza con un pañolón de dudosa limpieza y así seguir, de esta guisa, su «tarea».

Dicho queda en otra parte, el terreno por el que se desenvolvían, por lo que no tenía nada de particular que, en la oscuridad de la noche y con el acelerado de la huida, más de una vez, alguna y también algunos clientes, fueran a parar a inopinadas albercas con el consiguiente repulso debido a sus escasas capacidades natatorias o al frío de ventosas noches invernales.

Eran mujeres que estaban horras de cualquier tipo de reconocimiento médico y por tanto, terreno abonado para la transmisión de enfermedades venéreas o parasitarias.

Las otras, las más presentables y de mejor prestancia, se acogían a casas que entre el pueblo llano eran conocidas como «casas de citas», «casas de mujeres malas», «casas de mujeres de la vida», «casas de trato», «casas de niñas», «casas de leonas» y las más de las veces y de forma directísima, «casas de putas», no faltando el que, con lenguaje un tanto rebuscado, las calificaba como «casas de mujeres malas –que están muy buenas– fuman, hablan a los hombre de tú y se sientan sobre sus rodillas». Que el ingenio popular no conoce fronteras a la hora de los calificativos.

Para el lenguaje oficial, quedaba la denominación de prostíbulo o mancebía y aun esta última con reparo, que no en vano había hecho la censura cambiar la letra de una canción interpretada por afamada cantante en la que hablaba de unos «ojos verdes con brillo de faca» y a la que

se le hacía decir: «Apoyá en el quicio de la casa mía» en lugar de «apoyá en el quicio de la mancebía». Y es que entonces éramos la reserva espiritual de Occidente y había que guardar las formas.

Naturalmente que, como en toda república que se precie, las había de toda clase y condición. Las de mejor ver, se ubicaban como «pupilas» en las casas de más empaque y por tanto más caras.

Una de las más afamadas debió de ser la regentada por «Paquita la Gallo», en donde se presentó un cliente que, sabedor de las excelencias del «ganado» por lo que tenía oído, antes de que la «encargada» profiriera lo de: «niñas al salón», preguntó con todo comedimiento si aquella era la casa de «D^a Francisca la Gallinácea».

Las que estaban a caballo entre éstas y las «pelonas», obtenían refugio en casas más modestas y por lo natural de más bajo precio.

Casas en las que alguna que otra vez, se encontraban padres que bajaban la escalera, con hijos que las subían, saludándose de forma ceremoniosa no exenta de cierto embarazo.

Ni qué decir tiene que el secreto era guardado con fidelidad absoluta, como corresponde a dos bien nacidos caballeros.

Otras veces, era la «encargada» la que avisaba al jacarandoso padre de la presencia del hijo, o viceversa, que también se daba.

Y en una relativa armonía, convivían desde la afamada «madama» que regentaba reputado establecimiento que, en llegando Semana Santa, prestaba lo más florido de sus joyas a una cofradía para que alhajaran a su Virgen titular, como la que, en Linares, resolvía arduos problemas matemáticos a los por entonces estudiantes de peritos industriales, entre los que era conocida como la «puta ilustrada», dicho sea con el mayor de los respetos.

Estas mujeres de «vida airada» como también eran conocidas, sí estaban censadas, por lo que necesariamente estaban sujetas a una revisión sanitaria, cosa que hacían todos los martes en un consultorio abierto en la calle de Santo Domingo Bajo, muy cerca de donde nos encontramos y frente a un colegio de niños regentado por monjas. Casa que, aunque muy deteriorada, aún se mantiene en pie.

Según su estado sanitario, o bien eran retiradas hasta nueva revisión, o, por el contrario, autorizadas a seguir desarrollando «sus labores».

Por entonces, las empresas que explotaban los distintos cines de nuestra ciudad, establecían el miércoles de cada semana para dedicarlo al espectador.

En ese día, ponían cualquier tipo de película de argumento intrascendente tirando a «rosa» y permitían la entrada de hombre acompañado por hembra, mediante el pago de una sola localidad. Eran conocidos como «miércoles fémica» en los que los novios de pocos posibles (y aún los otros) llevaban a sus novias.

Apuntado quedó que las llamadas «mujeres de vida alegre» (aunque su procesión fuera por dentro) pasaban consulta los martes y como esos días gozaban de la tarde libre, eran muchas las que la empleaban en ir al cine, pero eso sí, nada de patio de butacas ni de entrar a las localidades de palcos. Faltaría más. Había que guardar las formas y evitar posibles encuentros entre el asiduo cliente que acompañaba a la santa esposa, o al descocado calavera que hacía lo propio con celosa novia.

De ahí que sólo podían adquirir entradas de «gallinero» o, todo lo más, de delanteras de anfiteatro.

Algunas de ellas, se dejaban sofaldar por propincuo espectador. Su aparente entrega más tenía de limosna amorosa hacia quienes sabían faltos de medios para visitarlas, que de otra cosa.

Estos días, en el lenguaje un tanto golfo de la juventud de entonces, eran conocidos como los «martes pútima».

En Semana Santa, iniciada el Domingo de Ramos, el personal menudo se trasladaba a las parroquias, antes de ver la procesión de «la borriquilla» o «la mulica» (como también era conocida) con algunas ramas de olivo y variopinto muestrario de envases que tenían por objeto recoger agua bendita.

Bendecidas la primeras y llenados los segundos, se procedía a sujetar las unas en las rejas de ventanas o barrotes de balcones, rociando a continuación por todos los rincones de la casa unas gotas de agua bendita. Esto, decían los mayores, ahuyentaba al demonio.

Durante dicho período de tiempo, se cerraban los cines, la emisora de radio local dejaba de emitir «discos dedicados» para, en su lugar, hacerlo con música sacra (el Viernes Santo, ni eso) y las calificadas como «casas de alterne» veían cerradas sus puertas a cal y canto. Se prohibía pecar por decreto.

Llegado el Sábado de Gloria, eran echadas al vuelo las campanas de todos los templos, al tiempo que la chiquillería, provista de recios garrotes, puesto en fila india y a paso ligero, sacudía furiosos estacazos contra las puertas de las casas, soliviando más de un iniciado sueñecillo de la abuela que, aprovechando el vaivén por ella emprendido para dormir al nieto, se había quedado traspuesta.

Había que espantar al demonio y mejor cuanto más ruido.

Y es que, según la tradición, era posible que quedara algún diablo distraído o remolón a quien el agua bendita no había hecho efecto y podría permanecer aún dentro, por lo que tan descomunales garrotazos no tenían otra misión que ponerlos en definitiva fuga.

Lo malo de esto, era la incomprensión de los mayores que, lejos de agradecer el favor, a veces decían palabras malsonantes referidas a inocentes madres o padres, cuando no a fallecidos.

Eso, si no eran obsequiados con algún que otro sostrazo.

Y era a partir de este sábado mágico, cuando con el mayor de los ímpetus, se reanudaba el tráfico carnal en los establecimientos y alrededores dedicados a ellos, viéndose ya con alguna frecuencia a pudorosas damas que, de forma un tanto distraída y con el mayor de los disimulos (que las hacía más visibles) entraban en pensiones de mala nota.

Así se ponía fin a una sequía no deseada de ingresos que tenía su máximo exponente en el dicho: «Tengo menos dinero que una puta en Cuaresma».

Y era ese tráfico carnal el que, en más ocasiones de las deseadas, deparaba desagradables sorpresas en forma de parásitos o enfermedades venéreas.

Esto, con ser engorroso y en muchos casos peligroso, no era mal visto entre los varones.

De ahí que, como prueba de machismo, se usara el símil taurino para calificar al que había sido «favorecido» con cualquier clase de este tipo de enfermedad. De él se decía que había sido «enganchado» o «cogido» por «haber saltado la barrera».

Eran enfermedades engorrosas que si las recibía el casado, tenían mala justificación, eso si no dejaba «enganchada» a la inocente madre de sus hijos, aunque es necesario aclarar, en honor a la verdad, que más de un ignorante o complaciente marido recibió, sin haberlo comido ni bebido, algún que otro «regalito» de este tipo.

Expuestas quedan las causas, veamos ahora los efectos.

Entre las enfermedades parasitarias, la más conocida era la llamada ladilla.

Para combatir tan molesto parásito, se hacía un preparado a base de mercuriales, debiendo realizarse la cura cada doce horas.

Asimismo, había que pasarse una lendreras con vinagre sublimado caliente, con el fin de despojar a las zonas pilosas de las liendres depositadas en ellas.

Por entonces, los periódicos insertaban un anuncio de más o menos este tenor: «Aceite Ynglés, parásito que toca, muerto es».

La aparición del D.D.T. puso en franca retirada a un parásito que producía fuertes picores en incómodos rincones del cuerpo de los que lo padecían.

Una de las enfermedades de tipo infeccioso considerada benévola, era la gonorrea.

Por vía oral, se administraba al afectado preparados con sulfamidas.

Al mismo tiempo, debería de efectuarse lavados uretrales a base de permanganato potásico, o con compuestos de plata. También se utilizaba el sándalo y el kawakawa.

La aparición de la penicilina, puso en vías de curación rápida tan engorroso «recuerdo» de tempestuosas citas amorosas.

La sífilis, con mucho, era la más temida.

Se trataba con un compuesto de arsénico y bismuto, siendo la dosis de nueve gramos del primero y dos del segundo para el periodo del primer año.

Para los tres años siguientes, se reducía a seis gramos y uno y cuarto, respectivamente.

Era una enfermedad de muy larga duración y de curación problemática que podía dejar graves secuelas a quien la padecía, enfermedad que, en la Edad Media, fue conocida como «el mal francés».

Si el tratamiento antes señalado fracasaba, lo que ocurría en muchos casos, se hacía preciso la aplicación de otro más enérgico a base de mercurio.

El chancro blando era una enfermedad que se las traía.

Su tratamiento era a base de antipiréticos con vacuna estreptococilar.

Se usaban además, curas locales con sulfato de cobre, el cual, al ser cáustico, precisaba de anestesia local.

Entre cura y cura, al producirse una quemadura, era preciso una desinfección lo más suave posible a base de sulfamidas o ácido bórico.

Si aparecía supuración, se administraba al afectado sulfamidas por vía oral. Como se verá todo un «premio» por parte de las peripatéticas del placer.

Hecho el relato del desarrollo de la «vida galante» en el Jaén de la postguerra, a uno le queda cierta desazón por aquello del «qué dirán».

A tal efecto, quiero dejar constancia de que una cosa es haberlo VISTO u OÍDO, y otra muy distinta, haberlo VIVIDO.

Buen ejemplo de ello, lo tenemos en el miembro de este Confraternidad y prolífico escritor, Juan Eslava Galán, quien hace algún tiempo, dio a la imprenta una obra intitulada «EL SEXO DE NUESTROS PADRES» en la que se adentra, como un consumado entendido, por el mundo de la prostitución.

Teniendo en cuenta que el susodicho nació en los finales de los cuarenta y que los burdeles fueron clausurados en el comedio de los cincuenta, fácilmente se puede colegir que lo que narra, en modo alguno ha sido VIVIDO por él, a no ser que hubiera sido un niño prodigio en el difícil arte del pendoneo, como lo fueran, salvando las distancias, Pierino Gamba en la dirección de afamadas sinfónicas, o Arturito Pomar ante el complicado tablero de ajedrez.

A lo largo de estas intervenciones y tomando como referencia determinadas enfermedades y su curación, (algunas ya desaparecidas), he tratado de reflejar un periodo de tiempo en la vida de las gentes de nuestro Jaén. Periodo que, como todos, tuvo sus luces y sus sombras.

Mucho se podría decir de él, pero tengo por más conveniente que lo juzgue quien lo haya vivido.

Y la paz.

P. S. Durante un cierto tiempo de su vida profesional, don Antonio Brandi, junto con su compañero don José Piqueras (ya fallecido) y pertenecientes ambos a la por entonces llamada «policía secreta», (cosa que todos sabían) fueron los encargados de velar por el orden en los prostíbulos jienenses.

Se ocupaban de que se cerraran a las doce de la noche, (hora mágica en la que cesaban todas las actividades lúdicas) que las fichas abiertas en la Comisaría fueran las correspondientes a las «pupilas» y si se producía algún «fichaje» dar el alta provisional, ya que la definitiva había que hacerla en la Comisaría, retirarla, caso de encontrarse con alguna menor, dando parte al Patronato de Protección a la Mujer y de que en todo momento, el orden y la concordia reinaran en tan conflictivos lugares.

A la amistad que me une al primero y a su buena memoria, debo la siguiente relación de mancebías, debiendo advertir que en muchos casos he procurado omitir el nombre de las calles y en todos, el número de las casas, muchas de ellas reconvertidas en honradas casas de vecinos. Tengo para mí, que de no haberlo hecho así, más de uno se hubiera sentido ofendido.

Son las siguientes: En calles aledañas al convento de Santa Clara: «la Clarita», «la Sorda», «la Villa» (de clara procedencia marteña), «la Ángeles», «Dolores la Gitana», «la Gallo» (con dos casas, una frente a la otra), «la Potrica», «la Ramona», «el Parralillo» y «Encarnita y sus hermanas».

En la calle Santiago: «la Fidela» (por sobrenombre "doña Orza") casa provista de noble portada sobre la que campeaba orgulloso el blasonado escudo de los Benavides (no somos nadie).

En la calle Cruz verde: «la Sole» y «la Mari Carmen».

«La Litra» en Baños de la Audiencia.

«La Pepilla» en la calle de Las Higueras.

«La Asunción», «la Maruja», «la Crista» y «la Gitana» en la carretera de Córdoba, en el lugar conocido como «La Bola de Oro». Anterior, y también en la citada carretera, «El Candílico».

«La Catalina» en la plaza de San Juan.

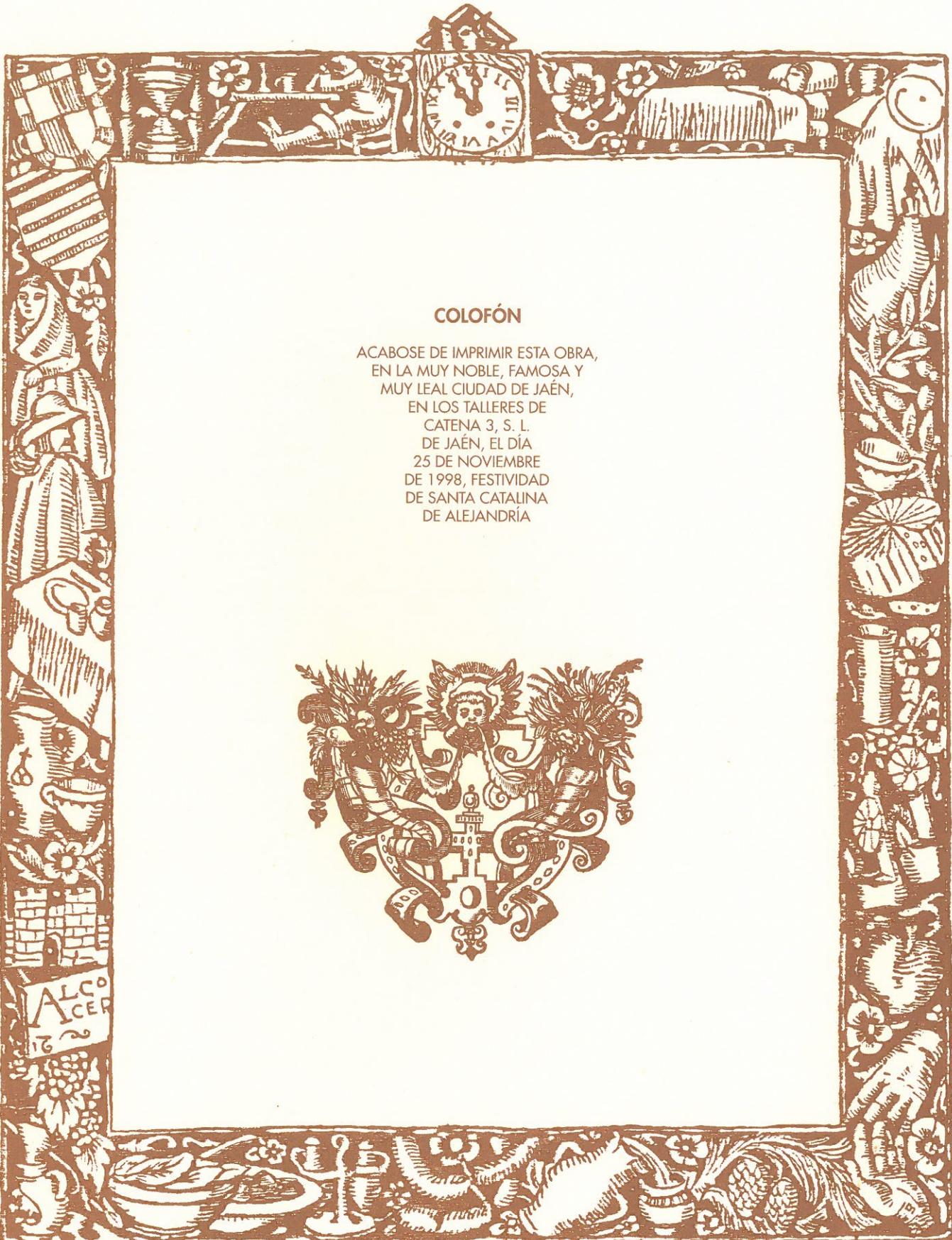
En la calle de Isabel Méndez, «la Visita».

Si a la anterior relación, le unimos alguna que otra que puede haberse quedado trasconejada en la memoria, las «ambulantes» y las de «ta-paillo», amén de las numerosas queridas, veremos que, en cuestión de «furchias», nuestra ciudad estaba bien abastada.

Como bares de alterne provistos de reservados, se podrían citar «El Taburete» en Arroyo de San Pedro, y «El Turismo» en la plaza de Los Huérfanos, sin olvidar a «Las Feas» en donde más de uno templó su estragado estómago con una tacica de caracoles con nutritivo y picante caldo.

En las afueras, establecimientos sitios en la Fuente de la Peña y La Imora, fueron testigos de innumerables noches de farra con taxis, «tocaos» y algún que otro cantante.

Entre los «tocaos», uno de los más solicitados era el llamado «Simón Goteras», a quien no era raro ver retirarse a sus cuarteles bien entrada la mañana ayudado por su guitarra, que le servía para descansar su bien cogida borrachera.



COLOFÓN

ACABOSE DE IMPRIMIR ESTA OBRA,
EN LA MUY NOBLE, FAMOSA Y
MUY LEAL CIUDAD DE JAÉN,
EN LOS TALLERES DE
CATENA 3, S. L.
DE JAÉN, EL DÍA
25 DE NOVIEMBRE
DE 1998, FESTIVIDAD
DE SANTA CATALINA
DE ALEJANDRÍA



